

A man with a beard, wearing a dark suit and a white shirt, is holding a small, ornate gold mirror. The mirror's glass is shattered, with a spiderweb pattern of cracks. The background is a solid blue color.

# María Acosta

## *Bajo la* **MALDICIÓN** *de Adonis*

Selecta 

# Bajo la maldición de Adonis

*María Acosta*

*Selecta*

*La belleza no hace feliz a quien la posee,  
sino a quien puede amarla y adorarla*

Hermann Hesse

## Capítulo 1

El primer día de las vacaciones de verano amaneció soleado.

El edificio donde vivían —ubicado en el barrio NoMad, de Manhattan— había sido un ajetreo constante durante toda la mañana. A la hora del almuerzo, la mayoría de sus compañeros de universidad ya se había ido y solo quedaban unos pocos rezagados que, como ellas, aguardarían hasta la tarde para iniciar su viaje de vuelta a casa.

Acababa de dar la una cuando Suze apareció en el umbral de su cuarto. Estaba terminando de hacer el equipaje y, al elevar un segundo su oscura cabeza, vio aquella figura de modelo californiana apoyada en el marco de la puerta.

—¿Estás lista? —preguntó su amiga, mirándola expectante con sus preciosos ojos verdes.

—Ya casi estoy —aseguró mientras metía las últimas prendas en su bolsa y cerraba la cremallera—. ¡Listo! —Esbozó una sonrisa triunfal—. ¿Me ayudas a bajarlo todo?

—Por supuesto. —Suze correspondió a su gesto y se hizo con una de las bolsas, mientras ella cargaba con la otra.

—¿Te acordaste de devolverle las llaves al señor Cole? —inquirió al tiempo que dejaban cerrado el apartamento y se encaminaban hacia el ascensor.

—Se las di esta mañana. Vino a despedirse y me dijo que le avisara si me decidía a abrir consulta en la ciudad, que me enviaría algunos clientes.

—Qué detalle por su parte.

—Sí que lo es. Y lo cierto es que aún no me he decidido —confesó—. Nueva York está muy bien para empezar, pero creo que mis servicios harían más falta en Munysporth; allí solo tienen un dentista, y me han dicho que va a jubilarse pronto.

—¿Así que planeas robarle el puesto? —bromeó.

—Es posible. —Sonrió.

Salieron al vestíbulo y, de ahí, al exterior, donde cruzaron el sendero de piedra que conducía hasta la verja de hierro forjado que las separaba de la calle. Justo frente a su edificio, estaba aparcado el Nissan rojo de Suze.

Guardaron su equipaje en el maletero, subieron al coche y se pusieron en marcha. Tenían por delante cuatro horas y media de viaje hasta Munysporth, así que su amiga encendió la radio en cuanto pararon en el primer semáforo.

La música de Stereophonics las acompañó en su periplo.

El edificio Healh, en la calle 72 Oeste, era una mole de piedra construida poco antes de la Gran Guerra. Situado no muy lejos de Central Park, su fachada de color crema se elevaba hasta una altura de diez pisos, y tanto el exterior como el interior habían sido decorados siguiendo el estilo *art déco*.

A última hora de la tarde, Patrick Welsh salía de uno de los espaciosos ascensores en la sexta planta, donde residía. Lucía atuendo deportivo, y su corto cabello negro todavía estaba humedecido tras su paso por las duchas del gimnasio de la planta baja. Era un hombre esbelto, de poco más de un metro ochenta. Rondaba los treinta años y su porte elegante, sus perfectos rasgos faciales y sus grandes ojos azules a menudo lo convertían en el centro de todas las miradas cuando estaba en público.

En este momento, sin embargo, no había nadie presente para verlo cruzar el pasillo hasta su apartamento, mientras hablaba por teléfono.

—Pues claro que iré a verte en septiembre —decía al tiempo que introducía la llave en la cerradura y abría la puerta. Se quedó un instante en el umbral, con una sonrisa en los labios que era cariñosa y triste a la vez—. Yo también te echo de menos, mamá. Estoy deseando verte. Me gustaría...

No pudo decir lo que le gustaría porque en ese instante recibió otra llamada. Se apartó el aparato de la oreja para ver el número y no tardó en reconocerlo.

—Mamá, tengo otra llamada, lo siento —se disculpó haciendo una mueca—. Sí, es del trabajo. Te llamo mañana, ¿vale? Hoy voy a estar ocupado. Te quiero. Adiós.

La madre colgó y el joven tardó unos segundos en pulsar el botón para

aceptar la llamada entrante, porque estaba ocupado en cerrar la puerta y dejar su bolsa de deporte colgada en el perchero de la entrada, como era su costumbre.

—Hola, Alicia, ¿qué tal? —respondió, por fin, al adentrarse en el amplio y minimalista salón—. ¿Una propuesta? ¿Decente o indecente? —bromeó e hizo reír a la mujer del otro lado—. No hay problema: tengo la agenda libre hasta septiembre. Y me han dicho que el condado de Essex es de los más bonitos de Nueva York. Sí, por supuesto. ¿Tu hija nos acompañará? —preguntó con curiosidad—. Me dijiste que pasabais los veranos juntas... Claro, estará ocupada con su amiga. Muy bien, entonces. ¿Nos vemos en el aeropuerto? ¿Me mandas el billete o lo llevas tú? De acuerdo, pues el lunes nos veremos a las cinco, en Teterboro. No, no hace falta que me recojas; el portero me pedirá un taxi. Adiós, Alicia, cuídate. Y gracias por invitarme.

Patrick colgó y permaneció en silencio un momento, antes de exhalar un suspiro. Giró sobre sí mismo y encaminó sus pasos hacia el baño, ubicado al final de un corto pasillo que comunicaba el salón con el único dormitorio del apartamento.

Sus proyectos inmediatos eran una ducha caliente y una cena ligera. Había quedado, dentro de una hora, con sus amigos en el OK Club y lo esperaba una noche de juerga hasta la madrugada. Tenía el fin de semana libre, por primera vez en varios meses, y quería disfrutarlo.

Mañana llamaría a su madre y se despediría de ella hasta septiembre... Y el lunes volvería a sus quehaceres.

Comenzaba a anochecer cuando tomaron el desvío hacia Keene y abandonaron la carretera nacional.

Atravesaron la pequeña ciudad y condujeron durante aproximadamente media hora hasta llegar a Munysporth. La carretera se convirtió, de pronto, en la calle principal del pueblo y ambas se vieron sumergidas en un paisaje de colinas y mar, con casitas y edificios victorianos que se apilaban juntos a lo largo de un puñado de calles, las cuáles discurrían en paralelo hacia el interior. En el extremo opuesto se extendía hasta donde alcanzaba la vista el océano Atlántico, bordeado por diez kilómetros de playa de arena dorada.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Phoebe, cuyos ojos negros lo esculcaban

todo alrededor.

—Es precioso. ¡Parece salido de una postal!

—Bienvenida a Munysporth, señorita Dillan.

Phoebe rio y la miró divertida.

—Gracias a usted por invitarme, señorita Tindale.

Siguió conduciendo en dirección sur, y pronto dejaron atrás el pueblo. Habían recorrido ya un buen trecho de la sinuosa carretera cuando tomó el desvío a la derecha y el paisaje volvió a cambiar. El océano quedó a sus espaldas y el campo las engulló por completo. A uno y otro lado del camino, surgían de forma intermitente las elegantes mansiones, construidas —algunas de ellas— varios siglos atrás, cuyos moradores solo las habitaban durante el verano y —a veces— en Navidad.

Llegaron hasta el final del camino y este se abrió, de pronto, para mostrarles una gran casa señorial hecha de rústica piedra y madera, con tejado de pizarra y rodeada —por sus cuatro costados— por un muro de piedra oscura que había sucumbido a la invasión de las enredaderas.

—Todo esto es impresionante —dijo Phoebe mientras recorrían el sendero de entrada.

—Es Tindale House —declaró sin poder ocultar el orgullo en su voz—, el hogar de mis ancestros.

—Es fantástico.

Cuando llegaron a la rotonda, la rodeó con el coche y se detuvo frente a la fachada principal. Allí estaba Brenda, el ama de llaves, vestida con ropa de faena y luchando —con sus tijeras de podar— contra la rebelde enredadera.

Al oír llegar el coche, la anciana se dio la vuelta y una sonrisa de bienvenida apareció en su cara.

—¡Hola, Brenda! —la saludó jovial.

—¡Señorita Tindale! —Dejó a un lado las tijeras y se quitó los guantes para acercarse hasta ellas—. Llegan ustedes pronto. No las esperábamos hasta las cinco y media, por lo menos.

—El tráfico se diluyó en cuanto salimos de la nacional —alegó. Acto seguido, se giró para presentarle a su amiga—. Brenda, esta es Phoebe, una

compañera de la universidad. Se quedará a pasar el verano con nosotros.

—Encantada, señorita.

—Igualmente, Brenda.

—¿Dónde está Brian? —inquirió con curiosidad.

—Peleándose con el filtro de la piscina. —Suspiró y frunció el ceño—. No sé cómo un gorrión ha hecho su nido allí.

—Vaya.

—No es un buen sitio para anidar. Le he dicho a mi marido que tenga cuidado para no dañar a la madre ni a los huevos.

—No les hará daño; estoy segura. ¿Mi madre ha llamado ya?

—Hace rato. Llegará pasado mañana; Brian irá a recogerla al aeropuerto. Parece que trae un invitado —comentó no sin cierta contrariedad.

—¿Un invitado? ¿Mi madre?

—Me pidió que preparase una habitación extra.

—Será alguna de sus amigas.

—Eso será, señorita.

—Bueno, nosotras vamos a dejar el coche en el garaje. Cuando estemos listas, ¿podremos cenar?

—Por supuesto, hoy tenemos filetes rusos... Sé que son sus favoritos. —Sonrió con cariño—. Los serviré en el comedor en cuanto acabe con esto. Mientras, pueden ir ustedes a refrescarse. Sus habitaciones están listas.

—Perfecto. Gracias, Brenda.

Se despidieron de ella y dieron vuelta a la casa para dirigirse a la parte de atrás, donde se encontraban el garaje, el patio y la piscina. Por el espejo retrovisor, pudo ver al ama de llaves calarse de nuevo los guantes y, con un suspiro resignado, recoger las tijeras para volver al trabajo.



## Capítulo 2

La casa de los Ainsley estaba a quinientos metros de la de los Tindale. Según le había contado Suze, la moderna residencia de piedra había sido construida para recrear la antigua mansión familiar, desaparecida muchos años atrás. Y donde antes había solo ruinas, se alzaba entonces una suntuosa casa de tres plantas de estilo federal, con un precioso tejado a dos aguas de pizarra oscura y con unas elegantes ventanas blancas de guillotina que resaltaban en el austero gris de la fachada.

Rebecca Ainsley las había invitado a pasar el día y, en esos momentos, se encontraban disfrutando junto a la piscina. Reclinadas en tumbonas, se resguardaban del sol del mediodía bajo las sombrillas y picaban unos aperitivos ligeros o se refrescaban con un vaso largo de té helado.

—Entonces, ¿tu madre no vendrá hasta la semana que viene? —preguntó Suze a su amiga, volviéndose a mirarla con curiosidad.

—Así es. Parece que la auditoría de McFarlane's la está entreteniendo más de lo que ella creía.

—Pues esperemos que llegue a tiempo para el domingo. Sería un desastre que se perdiese su propia fiesta de cumpleaños.

—Antes se muere. —Rio divertida y sus rizos pelirrojos se agitaron—. Ya sabes que le encanta que su fiesta sea la que abra la temporada veraniega en Munysporth. Se ha convertido en una tradición a la que no soportaría faltar.

—Lo cierto es que cada año se supera —reconoció Suze—. Me pregunto qué nos tendrá preparado esta vez.

—Eso puedo decírtelo yo. —Rebecca sonrió con una chispa en sus felinos ojos esmeralda—. Mi madre ha construido una cámara secreta.

—¿Una qué? Pero ¿lo estás diciendo en serio? ¿Una cámara secreta, como en

*Harry Potter?*

—Pero sin basilisco —señaló—. La construyó el verano pasado para guardar su colección de arte.

—Así que tu madre es coleccionista —intervino ella, lo que atrajo la atención de Rebecca.

—Le encanta. —Asintió—. Sobre todo, exhibir las piezas. Hace un mes compró un Degas en una subasta en Sotheby's y va a mostrarlo al público en su fiesta. Será la pieza estrella de la colección.

—Una exposición privada —declaró Suze y esbozó una sonrisa—. Tu madre sí que sabe fardar.

—Es la reina; ya lo sabes.

—A mí me parece una idea estupenda —dijo ella—. Y me encanta la pintura de Degas. Estoy deseando ver el cuadro.

—¿Queréis que le echemos un vistazo? —propuso Rebecca, quien de pronto se incorporó en la tumbona.

—¿Ahora? —preguntó Suzanne contrariada.

—¿Cuándo mejor?

—¿Tienes acceso a la cámara? —preguntó ella.

—Soy su guardiana oficial hasta que llegue mi madre. ¿Qué me decís? ¿Os apetece?

—¿Phoebe? —Suzanne se volvió para mirarla pidiendo su opinión.

—Por mí, encantada. Siempre que no sea una molestia...

—No lo es —aseguró la pelirroja.

Se pusieron las tres en pie y abandonaron la piscina para entrar en la casa. Cruzaron la cocina hasta el vestíbulo; de ahí pasaron al salón y a una pequeña sala adyacente decorada con paneles de madera clara y con una generosa profusión de ventanales que la convertían, sin duda, en la habitación más luminosa de la casa. Estaba amueblada con unos cuantos sofás de aspecto cómodo aquí y allá, y un precioso piano de cola negro descansaba mudo en un extremo. La pared del fondo estaba presidida por una elegante chimenea con dintel de mármol blanco labrado, que permanecía apagada desde el final del invierno.

—Por aquí —indicó Rebecca mientras se acercaba hasta un panel no lejos de la chimenea.

Lo presionó con la mano; ese se elevó y reveló una cerradura electrónica con teclado numérico. La joven introdujo el código de cuatro dígitos; la cerradura volvió a ocultarse tras el panel, y una pieza de madera del tamaño de una puerta se hizo a un lado y les franqueó la entrada a la cámara. El panel volvió a cerrarse a sus espaldas cuando accedieron al interior de la sala.

Tanto Suze como ella se quedaron maravilladas ante lo que vieron: la cámara era una estancia espaciosa de planta rectangular, con suelo de madera clara y lámparas de luz suave acopladas al techo. Las paredes, totalmente blancas, estaban adornadas con diversos cuadros de Degas, de Matisse, de Pollock, de Rubens y hasta de un Velázquez.

La colección de arte de Sylvia Ainsley era extensa, conformada —en su mayor parte— por cuadros y esculturas. Aunque también había espacio —en pequeños expositores repartidos por toda la habitación— para algunas piezas de cerámica y de plata, e incluso para muestras de antigüedades. Esas últimas se limitaban, principalmente, a objetos cotidianos relacionados con el mundo femenino: peinecillos, espejos, joyas, un reloj, una caja de música, un sombrero isabelino... Incluso había expuestos un par de trajes (masculino y femenino) de la época napoleónica.

—¿Qué os parece? —preguntó Rebecca, de pie junto a ellas.

—Es genial —dijo Suze.

—Impresionante —corroboró ella.

—Podéis mirar con total libertad, pero no toquéis nada, o saltará la alarma —advirtió—. La cámara se sellaría y nos quedaríamos aquí encerradas.

—Vale, no tocaremos nada —prometió Suze.

Se separaron para recorrer la habitación. Mientras observaba todo a su alrededor, se fijó en un par de detalles que llamaron su atención: había asientos colocados en puntos estratégicos, para poder admirar las piezas de forma cómoda y discreta, y un sofá en el centro de la habitación, ubicado justo frente a unos monitores de televisión que estaban apagados en ese momento.

«Un circuito de seguridad cerrado», pensó. No cabía otra explicación.

Se quedó mirándolo durante algunos segundos y de pronto se dio cuenta de que había algo raro: tras la pantalla de uno de los monitores, se observaba un extraño reflejo. ¿Un objeto? ¿Quién guardaría algo dentro de un monitor de televisión? Era absurdo...

Incapaz de resistir la curiosidad, hizo pantalla con las manos y se inclinó para mirar más de cerca. De repente, la pantalla del monitor cedió y reveló un escondite secreto donde, efectivamente, un pequeño objeto de color negro se mostraba sin ningún pudor; por su forma y tamaño, parecía una memoria USB. ¿Quién sería capaz de guardar algo así en un lugar semejante y con qué propósito?

Miró alarmada en torno a ella, maldiciendo su torpeza y temiendo que en cualquier momento Rebecca o Suze pudiesen descubrir su fechoría. Pero, por fortuna, esas se hallaban al fondo de la estancia, contemplando una escultura de Rodin mientras charlaban, totalmente ajenas a lo que ella había acabado de hacer.

«Tengo que arreglarlo», se dijo nerviosa. Comenzó a toquetear el monitor de forma temeraria, hasta que finalmente pulsó el botón correcto y la pantalla volvió a cerrarse. Suspiró aliviada. Era una auténtica suerte que no hubiese hecho saltar la alarma. Solo eso le faltaba...

—¡Phoebe! —Suze la llamó, lo que la arrancó de sus pensamientos—. ¡Ven, vamos a ver el Degas!

—¡Voy!

Se reunió con ellas, todavía asustada por su aventura.

El viaje desde Nueva Jersey les llevó, aproximadamente, dos horas. En el aeropuerto de Teterboro, tomaron un avión privado que los dejó en una pista de aterrizaje a las afueras de Keene, donde los aguardaba el mayordomo de los Tindale, de pie junto a un elegante Bentley de color negro.

Al verlos llegar, el anciano los miró contrariado. Era evidente que no esperaba ver a su señora acompañada de un hombre tan joven. Sin embargo, enseguida recobró la compostura y se ocupó de atenderlos y de acomodar su equipaje en el maletero antes de partir.

Menos de una hora después, habían dejado atrás la ciudad y se dirigían hacia

Tindale House, atravesando Munysporth en el proceso. Y mientras miraba por la ventanilla, no pudo evitar quedarse ensimismado con lo que veía.

—¿Te gusta? —preguntó Alicia volviéndose a mirarlo con una sonrisa.

—Es precioso —declaró devolviéndole la mirada—. Todo ese verde y el mar, las casitas... es mucho más bonito de lo que me habías contado. Es como estar dentro de una postal victoriana.

La sonrisa de la mujer se amplió.

—Te dije que te gustaría.

Él le devolvió el gesto y asintió.

No tardaron mucho en llegar a su destino. Tindale House surgió, ante sus ojos, como una sólida mole de piedra invadida —aquí y allá— por las enredaderas, que contribuían a hacerla parecer todavía más imponente. Tuvo que contener su emoción cuando al fin bajaron del coche.

—¡Qué maravilla! La fachada es claramente renacentista. —Miró intrigado a Alicia—. ¿Siglo XVI?

—XVII. Estilo palladiano. La hizo construir un antepasado de mi difunto marido en 1672. *Sir Alfred Tindale* decidió instalarse aquí con su familia, cuando vino hasta América desde Cornualles.

—Oh.

—Si te fijas, en uno de los recovecos, junto a la puerta, están inscritas la fecha de construcción de la casa y el nombre del arquitecto —reveló Alicia mientras señalaba con la mano en la dirección correcta—. Pero antes de ponernos a jugar a los arqueólogos, creo que deberíamos ir a refrescarnos para estar presentables para la cena...

—¡Mamá!

Ambos se volvieron al oír aquella voz. Rodeando la casa vieron venir, en su dirección, a dos jóvenes vestidas con atuendo veraniego, cada una cargada con un bolso de playa. Le llamó la atención lo dispares que eran. Reconoció a Suzanne Tindale porque era una versión más joven de su madre: esbelta, rubia y de ojos claros. Su amiga, en cambio, era bajita, de cabello y ojos oscuros, con una figura curvilínea pero bien proporcionada.

Las dos se detuvieron al llegar hasta ellos.

—¡Suzie, cielo! —saludó Alicia contenta de verlas—. ¿Venís de la playa?

—No, Phoebe y yo hemos pasado la tarde en casa de Rebecca.

—Ya veo. —Esbozó una sonrisa y se adelantó para saludar a la amiga de su hija—. ¿Qué tal, Phoebe? Soy Alicia, la madre de Suzie. Es un placer conocerte.

—Lo mismo digo, señora Tindale.

—Tutéame, por favor. Me alegra que hayas venido a pasar el verano con nosotras. Suzie me ha hablado mucho de ti.

—Le estoy muy agradecida por invitarme.

—¿Y este quién es? —inquirió Suzanne mirándolo con el ceño fruncido.

A su lado, Alicia dejó escapar un leve resoplido, un gesto que delataba su contrariedad e irritación.

—Suzie, cariño, parece mentira; te he enseñado mejores modales. El señor es Patrick Welsh, un amigo de Nueva York. Lo he invitado a pasar el verano con nosotras. Patrick, estas son mi maleducada hija Suzanne y su encantadora amiga Phoebe.

—Encantado.

—Deberíamos entrar ya. Brenda se enfadará si nos retrasamos. Estoy deseando ponerme cómoda y comer algo. Nos veremos en la cena, chicas. Patrick, ven conmigo; te enseñaré tu habitación.

Se despidieron de ellas y entraron en la casa. No necesitaba darse la vuelta para saber que las dos muchachas no les quitaban los ojos de encima; podía sentir sus miradas en la espalda, especialmente la de Suzanne... Como si le clavasen un maldito puñal.

Suspiró para sí. Aquello era lo último que pretendía.

Arrojó sus cosas sobre la cama en cuanto llegaron a su habitación. Se dio la vuelta y encaró enfadada a Phoebe.

—¿Te has dado cuenta?

—Suze, cálmate.

—¿Que me calme? Pero ¿tú lo has visto!? Ese tío podría ser mi hermano mayor. Debe de tener, al menos, veinte años menos que mi madre. ¿Qué hace ella con él?

—Nos ha dicho que es un amigo.

—¿Y tú te lo crees? —rezongó—. Por Dios, Phoebe, piensa con la cabeza.

—Es lo que intento hacer —replicó molesta—. No conocemos a ese hombre de nada, y no creo que debamos alarmarnos solo porque tu madre haya decidido traer a casa a un invitado...

—Ese no es un invitado.

—Tampoco tenemos pruebas de que sea nada más. De entrada, deberíamos darle el beneficio de la duda. Que sea guapo y mucho más joven que tu madre no quiere decir que estén liados.

—Yo no me trago el cuentecito ese del amigo. ¡Venga ya! El último sentimiento que despertaría un tío como ese en una mujer es el de amistad, ¿no crees?

—Bueno, es verdad que no está mal —admitió. Ella le lanzó una mirada aviesa que la hizo confesar—. ¡Está bien, es un adonis! ¿Qué tiene eso de malo?

Indignada se llevó las manos a la cintura.

—¡Tiene edad para ser su hijo! ¿En qué estaba pensando mi madre? O mejor dicho: ¿con qué estaba pensando?

—No seas borde, Suze —la amonestó. Suspiró—. Mira, perdóname pero, sea lo que sea, no creo que debamos llevarnos las manos a la cabeza. No sacarás nada enfrentándote a tu madre por esto.

—¿Pretendes que me quede cruzada de brazos? ¿Qué consienta algo así?

—Pretendo que seas prudente. Si te equivocas, meterás la pata hasta el fondo sin necesidad. Y si no..., bueno, enfrentarla solo provocaría que tu madre se aferrase más a él, y eso no te beneficiaría en nada.

—Esto no se va a quedar así. Te lo juro, Phoebe. No pienso permitirlo...

—Espera, Suze. —La detuvo antes de que pudiese abandonar la habitación—. Las cosas no deben discutirse en caliente. Vamos a cenar con ellos y a ver qué pasa. Si después sigues pensando lo mismo, entonces habla con tu madre. Pero hacer una escena no te ayudará; solo conseguirás agriar las cosas y hacernos pasar a todos un mal rato, incluida tú.

Se rebulló enfadada. Lo que la movía en esos momentos era el deseo de buscar a su madre y a su nuevo novio y cantarles las cuarenta, conseguir expulsar a ese hombre de allí... Pero su amiga tenía parte de razón. Phoebe tenía

tendencia a pensar las cosas con frialdad y, a veces, eso funcionaba mejor que actuar de manera visceral, como solía ser su estilo.

Aun así, seguía siendo una afrenta que su madre se hubiese atrevido a meter a ese tío en casa, la misma que había compartido con su difunto padre. ¡Era un insulto! Sin embargo...

—Está bien —cedió a regañadientes—, lo dejaré estar por ahora, porque no quiero que nadie pase un momento desagradable, pero mi madre tiene mucho que explicar.

Giró indignada sobre sus talones y se dirigió al baño, con planes de tomar una ducha antes de hacer frente al esperpento de cena que las aguardaba.

Pudo oír el suspiro de Phoebe a sus espaldas. Aquella iba a ser una velada muy larga.



### Capítulo 3

La primera parte de la cena estuvo dominada por el silencio.

Cuando retiraron la ensalada y pasaron a la lubina asada, aprovechó para observar disimuladamente a sus compañeras de mesa. En la cabecera se encontraba Alicia, una anfitriona digna, con su elegante vestido negro y con el cabello recogido en un moño desenfadado; a su derecha y directamente frente a él, estaba Suzanne, preciosa con un mono celeste de escote palabra de honor, pero con un semblante tan pétreo y una cola alta tan apretada como los labios de una institutriz germana; y finalmente Phoebe, con el pelo suelto y vestida de blanco..., parecía querer volverse invisible en su silla y no levantaba apenas la vista del plato.

Satisfacción, incomodidad y enfado. Le quedaba claro que su presencia en la casa había causado impacto. Alicia actuaba como si nada, mientras su hija daba muestras de su rebeldía y carácter lanzándole miradas aviesas con frecuencia. Pensaba, quizá, que él no se daba cuenta o directamente lo sabía y le importaba un pimiento. Fuera como fuera, era evidente lo que a la muchacha se le pasaba por la cabeza en esos momentos: lo mismo que todos, incluidos los criados, a los que su discreción no les impedía mirarlo con recelo desde el fondo de la habitación. Debían de sentirse desconcertados y no podía culparlos.

Suspiró para sí con disgusto. Había sido una mala idea aceptar la propuesta de Alicia: unas vacaciones en un idílico pueblecito costero. Se le había antojado una agradable ocurrencia en su momento pero, si el precio que pagar por ello era tener que lidiar con los cuchicheos, miradas y susurros a sus espaldas —amén de con una joven indignada que sentía cualquier cosa por él menos simpatía...—, en fin, no era ese la clase de ambiente en el que le gustaba trabajar. Precisamente era el tipo de situaciones que evitaba, como a la peste, pues no tenía ninguna

intención de causar problemas y mucho menos de soliviantar los ánimos de la gente.

Estaba considerando seriamente la idea de regresar a Nueva York en el primer avión que saliese de Keene por la mañana o, en su defecto, en el primer tren que partiese desde la estación de Munysporth. Hablaría con Alicia sobre ello después de la cena; no tenía sentido quedarse atrapado durante dos meses en un lugar donde no era bien recibido por nadie, salvo por su anfitriona... A excepción, tal vez, de Phoebe, quien hasta el momento era la única persona en Tindale House que no le había mostrado abiertamente su desconfianza.

La contempló con discreción mientras degustaba un delicioso bocado de su lubina. La chica lo intrigaba porque no dejaba ver sus cartas, aunque estaba bastante seguro de que había decidido adoptar una postura neutral, relegándose a su papel de simple invitada, hasta ver qué pasaba... y seguramente rogando por que las circunstancias no la obligasen a tomar parte en aquel incómodo asunto.

¡No podía imaginarse cuánto la comprendía!

—Patrick —habló Suzanne en ese momento, lo que lo sacó de sus pensamientos—. Mi madre ha dicho que eres de Nueva York.

—Así es —respondió volviéndose a mirarla.

—¿De qué parte de la ciudad eres?

—Manhattan.

—¿Y cómo conociste a mi madre?

—En una fiesta; nos presentó una amiga en común.

—¿Qué amiga?

—¿Tiene eso algún interés? —inquirió Alicia al tiempo que dejaba caer suavemente el tenedor en su plato.

—Bueno, teniendo en cuenta que nunca me habías hablado de él —replicó Suzanne girándose hacia su madre con el ceño fruncido—, yo diría que sí lo tiene.

—Nos presentó Sylvia Ainsley —declaró él esforzándose por suavizar la tensión del ambiente—. Tu madre me ha dicho que su hija Rebecca y tú sois buenas amigas.

—Es verdad —admitió la joven haciendo una mueca. Estiró la mano para

hacerse con su copa de vino y supo que, por el momento, la había vencido. La mención a su amiga la había pillado por sorpresa, y no parecía muy contenta con eso.

Aprovechó él también para beber un sorbo de vino, mientras aguardaba pacientemente el segundo asalto, que no tardó en llegar.

—¿A qué te dedicas?

—Suzie, me parece que te estás inmiscuyendo —intervino Alicia en un tono sutil pero perentorio.

—Yo no lo creo —replicó lanzándole una mirada de disgusto—. ¿O acaso temes que me dé una respuesta equivocada?

Alicia frunció el ceño y dejó su servilleta a un lado, tomó aire ante semejante desafío. Estaba a punto de darle una merecida contestación a su hija cuando él decidió zanjar la discusión.

—Me dedico a la publicidad.

—¿Publicidad? —Suzanne lo miró escéptica—. Déjame adivinar. Eres modelo, ¿no?

—¿Tiene algo de malo? —preguntó Alicia molesta.

—¡No! ¡Qué va! Queda bastante claro que tu amigo es una caja de lindezas, mamá.

—Suzie, basta ya. Estás siendo impertinente.

—Tengo derecho a hablar.

—A hablar, no a incordiar. Deberías aprender a comportarte como una mujer adulta, ya tienes una edad.

—Tú sí que tienes una edad —afirmó Suzanne perdida de paciencia—. Tal vez tendrías que empezar a comportarte acorde a ella...

—¿¡Qué quieres decir con eso...!?

—¡Patrick! —exclamó de improviso Phoebe y atrajo hacia ella la atención de la mesa. Incluso las beligerantes madre e hija se volvieron a mirarla, desconcertadas por su intromisión—. Dime, ¿qué tal...? ¿Qué te parece la temporada de teatro este año?

La miró parpadeando.

—¿Teatro? —¡Menuda ocurrencia! Aunque, tal vez, sirviera—. Oh, sí, esta

temporada está siendo bastante buena. En el último mes, he acudido a un par de obras en Broadway y las he disfrutado mucho. ¿Tú eres aficionada al teatro?

—Acudo siempre que puedo.

—¿Eres de Nueva York?

—De Queens. —Asintió—. Pero ahora vivo en NoMad; está cerca de la facultad.

—¿Qué facultad es esa? —quiso saber, curioso.

—La de Medicina. Si todo sale bien, me graduaré el año que viene.

—Enhorabuena. —Sonrió—. ¿Serás médico general o has pensado en especializarte?

—Aspiro a ser cirujana... si me aceptan en el programa de residencia, claro.

—Seguro que lo harán. A mí me pareces una mujer capaz; sin duda serás una buena cirujana.

—Gracias, eres muy amable.

—Digo lo que pienso nada más.

Al otro lado de la mesa, Suzanne emitió un resoplido. La joven enfrentó con disgusto la mirada de todos al tiempo que arrojaba su servilleta y se ponía en pie.

—Perdonadme, me voy a la cama.

—Acábate primero el pescado —la regañó Alicia—. Es de mala educación retirarse antes del postre.

—Acábatelo tú; a mí se me ha cortado el apetito.

Se marchó sin más. Los ojos de su madre la siguieron mientras abandonaba el comedor. Él intercambió una mirada con Phoebe y, casi al unísono, ambos devolvieron la vista al plato. Al menos, lo habían intentado.

—No sé por qué lo ha traído —dijo Brian haciendo una mueca, mientras colocaba en el lavavajillas el plato que acababa de entregarle su esposa.

La cena había concluido hacía apenas media hora, con la retirada de todos los comensales a sus respectivos dormitorios. Entonces la casa había quedado en silencio, un silencio pesado y desagradable. A Brenda y a él les había tocado, como siempre, la tarea de recogerlo todo y aún seguían con el malestar en el cuerpo tras la escena que habían presenciado en el comedor.

—Creo que es un insulto —continuó disgustado— traer a ese joven a la casa

que en vida fue de su marido y donde ella convivió con él. ¿Cómo puede...?

—No debemos meternos en los asuntos de los señores, Brian —le recordó su esposa entretanto le pasaba una copa de vino recién enjuagada—. Nos pagan para mantener su casa limpia y en buen estado, no para inmiscuirnos en sus vidas.

—Pero no me negarás que el proceder de la señora Tindale no ha sido precisamente correcto. Ese muchacho es casi, con total seguridad, su amante; solo hay que ver cómo se comportan. ¡Por Dios, si podría ser su hijo! ¿Cuántos años crees que tiene?, ¿veinticinco? Yo no creo que llegue a los treinta.

—Sea como sea, déjalo estar. Ya hay bastante mal ambiente en la casa. Lo que haga o deje de hacer la señora Tindale con su vida no es cosa nuestra. Lo mejor que podemos hacer es desempeñar nuestro trabajo como siempre: bien hecho y con discreción. Para eso nos pagan.

—La señorita Suzanne está furiosa —insistió tras una pausa—, y no es para menos. Ya viste lo que ocurrió en la cena.

—No me lo recuerdes; creí que iba a desmayarme de tanto contener la respiración. ¡Cuánta tensión!

—La señorita Dillan tampoco sabía dónde meterse. —Hizo una mueca—. Pobre muchacha, qué situación tan bochornosa para ella.

—No sé si aguantará todo el verano aquí —reflexionó su esposa—. Si se marchase mañana, no la culparía.

—Yo tampoco. Lamento tener que decirlo, pero la señora Tindale se ha pasado de la raya. Traer a su amante a esta casa, con su hija de testigo..., es indigno y totalmente impropio de ella.

Brenda suspiró.

—Es triste ver a una señora como ella hacer estas cosas. Su matrimonio con el señor Tindale fue tan feliz..., y ahora le da por arrimarse a ese jovencito. Debe de ser la edad: se acerca a los cincuenta sin un compañero a su lado y con su hija a punto de abandonar el nido.

—Eso no es una excusa.

—No, no lo es, pero estoy intentando entenderlo. Una mujer que jamás ha traído hombres de ese tipo a esta casa... No me lo puedo explicar.

—Debería haber guardado la compostura. Siempre ha sido una dama y a su edad debería utilizar más la cabeza. Los cotilleos se van a disparar —vaticinó irritado—. Sería mejor que le buscara a ese joven un alojamiento discreto en el pueblo. La gente hablaría, pero menos, y de esa manera no avergonzaría tanto a su hija.

—Pobre señorita Suzanne. Pero me temo que es inevitable: Munysporth es un pueblo pequeño, y en cuanto la gente los vea juntos...

—Tienes razón. La señora Tindale no tendrá a su invitado encerrado en casa todo el día. Es posible, incluso, que lo lleve con ella a la fiesta de la señora Ainsley. —Chasqueó la lengua—. Esto se va a convertir en un hervidero.

—Si la señorita Suzanne no lo hace explotar primero.

—Dios nos libre —deseó y la miró inquieto solo de pensarlo.

A la mañana siguiente, Suzanne despertó temprano. Todavía molesta por lo sucedido la noche anterior, se metió en el baño para darse una ducha rápida, vestirse y calzarse las botas de montar. Tenía la intención de dirigirse al club de campo.

El Achilles Country Club poseía sus propios establos, donde se podían dar clases de equitación o alquilar monturas para recorrer alguna de las rutas ecuestres que existían en los alrededores. Asimismo, los establos de la familia Fowler (propietarios y fundadores del club) daban acogida a los caballos de algunos de sus vecinos quienes, por una módica tarifa anual, podían contar con todos los cuidados para sus animales y con la total confianza de un buen servicio.

Era por eso (y porque los antiguos establos de Tindale House habían sido reconvertidos en cocheras muchos años atrás) que su yegua Nymphadora residía permanentemente allí. De vez en cuando, ella iba a visitarla para hacer algo de ejercicio, despejarse y preocuparse por su bienestar. En esos momentos, necesitaba la ayuda de un caballo para templar su genio...

Lo vio, al volver la esquina, y se quedó petrificada. De la habitación de su madre, acababa de salir Patrick Welsh. Vestía la misma camisa blanca y pantalones oscuros que la noche anterior, y su cabello se veía ligeramente alborotado, como si hubiese intentado adecentarlo con los dedos.

¿Qué estaba ocurriendo allí? ¿Qué demonios hacía ese hombre, abandonando dormitorio de su madre, a las siete de la mañana? ¿Y con semejante facha? Parecía aprovechar el momento en que todos estaban durmiendo para regresar a su cuarto sin ser visto.

Sintió cómo su indignación se reavivaba. Cuando Patrick echó a andar en su dirección, retrocedió sobre sus pasos y se ocultó tras la esquina. Lo vio adentrarse en el pasillo que conducía a su habitación y, en cuanto oyó la puerta cerrarse a sus espaldas, salió de su escondite y se dirigió con decisión hacia el dormitorio de su madre, en el que entró sin llamar.

Su madre estaba sentada en la cama, de espaldas a la puerta, poniéndose el camisón.

—¡Suzie! —La miró sorprendida—. ¿Qué haces aquí y a esta hora?

—Me gustaría más saber qué hacía *él* aquí, a estas horas.

—¿De qué estás hablando? —Frunció el entrecejo.

—Acabo de ver a Patrick salir de tu habitación. Llevaba la misma ropa que anoche, y ahora te encuentro a ti aquí, medio desnuda. ¿Qué te crees?, ¿que soy estúpida?

—Suzie, cálmate. —Se puso en pie—. No es necesario que hagas una escena.

—¡Ja, una escena! Ahora resulta que es lo más normal del mundo ver a ese tío salir de tu cuarto de buena mañana, ¿no?

—¿Qué es lo que tienes tantas ganas de reprocharme? —la encaró cruzándose de brazos, con gesto enojado.

—¡Te parecerá poco! Tienes un amante que es, por lo menos, veinte años menor que tú y te permites el descaro de traerlo a esta casa, mi casa, la casa de mi padre...

—También es mi casa; te recuerdo que ambas la heredamos cuando tu padre murió. Y desde entonces soy una mujer libre, no tengo por qué darle cuentas a nadie de lo que hago, mucho menos a ti.

—Soy tu hija. ¿No has pensado en cómo vas a avergonzarme cuando todos os vean juntos y las habladurías se disparen?

—¡Oh, así que eso es lo que te molesta! Temes que te avergüence en

sociedad —resopló—. Por Dios, Suzie, no estamos en la época victoriana. Parece mentira que una chica tan joven tenga un pensamiento tan conservador en este siglo.

—No se trata de ser conservadora, sino de tener un poco de vergüenza.

—¿¡Me estás llamando sinvergüenza!?

—¡Sí! ¿En qué estabas pensando? No solo es mucho más joven que tú, sino que encima lo traes aquí...

—Soy libre de traer a quien quiera a mi casa. Tú has traído a tu amiga y has traído a chicos cada vez que has querido. ¿Acaso yo te lo prohibía?

—Yo era una adolescente, y ninguno de esos chicos era mi novio.

—Patrick no es mi novio; solo hace unos meses que nos conocemos. Simplemente es un amigo con el que me gusta pasar el tiempo.

—Pasar el tiempo, ¿así lo llamas? ¿Y por qué no llamarlo por su nombre, mamá? Las dos sabemos que ese hombre es tu amante.

—¿Y qué si lo fuese? —replicó altiva—. ¿Te crees con derecho a juzgarme? ¡Ni que fueses una santa! Yo soy una mujer libre, Suzie, igual que tú. Tengo derecho a hacer con mi vida lo que se me antoje. Y ciertamente, lo que haga o no con ella no es de la incumbencia de nadie más que mía.

—Y mía. Soy tu hija y también vivo en esta casa. —La traspasó con la mirada—. Quiero que ese hombre se vaya.

—No. Patrick es mi invitado y se quedará con nosotras todo el verano.

—No pienso consentirlo.

—Pues lo harás porque no puedes hacer nada por impedirlo.

—Entonces, me marcharé yo.

—¿Y adónde pretendes ir? Dependes de mí, Suzie: no tienes casa ni dinero. Y créeme que vas a necesitarlos si lo que buscas es ser independiente.

—Tengo el fondo que me dejó papá en herencia.

—Y que no podrás cobrar hasta cumplir los veintidós —le recordó.

—Un mes no es nada. Me mudaré a la casita de invitados y, en cuanto cobre el dinero, me iré de casa. No volverás a verme el pelo.

Alicia bufó.

—¿Es que vas a comportarte como una cría en este asunto? Esperaba más



madurez de ti.

—Y yo de ti, pero lo único que haces es comportarte como una adolescente con ese tío. Te lo advierto: o le dices tú que se vaya, o lo haré yo.

—No me amences, Suzie, no tienes ningún derecho. Y las dos sabemos que no serás capaz de hacerlo.

—¿Ah, no? ¡Pues mira! —Giró sobre sus talones y se marchó rabiosa.

Su madre fue tras ella.

—¡Suzie! ¡Suzie, ven aquí! ¡Ven aquí, inmediatamente! ¡Suzie!

Ignorándola siguió adelante.

## Capítulo 4

Estaba tumbada frente a la piscina. A su lado, en una mesita baja, descansaban un plato y taza que contenían los restos de su desayuno. Se lo había preparado ella misma, para no molestar a Brenda, y lo había traído consigo desde la cocina porque le apetecía desayunar en un lugar tranquilo. Quería empezar el día con algo de paz después del desagradable episodio de la noche anterior.

Comprendía perfectamente el enfado de Suze y la conocía lo suficiente como para saber que estaba en su naturaleza el reaccionar así cuando algo la ofendía. Estaba en todo su derecho de sentirse indignada por el proceder de su madre, pero gritar y patalear no iba a llevarla a ninguna parte. La respuesta de Alicia a la actitud de su hija lo había dejado muy claro: lo único que Suze había conseguido al rebelarse durante la cena era hacerles pasar a todos un momento incómodo, incluidos Brian y Brenda, de los cuales no quería ni pensar cómo se habrían sentido al verse obligados a presenciar semejante espectáculo.

Apretó los labios. Ella estaba de parte de Suze en aquel asunto, aunque no podía evitar sentirse mal por los demás. Inclusive por Patrick, al que no conocía de nada, pero lo consideraba una víctima más de la situación. Él había sido un testigo incidental en aquella mesa tanto como ella...

—Hola.

Al oír su voz, miró sorprendida hacia arriba. Ahí estaba el susodicho, luciendo un favorecedor bañador azul que le llegaba hasta la rodilla, listo para disfrutar de la piscina.

Esbozó una sonrisa amable para ella y no pudo evitar sentir un revoloteo en el estómago. Si de ordinario decir que Patrick Welsh era guapo era quedarse corta, con aquella sonrisa las palabras sobraban directamente. El gesto le

iluminaba toda la cara, resaltaba unos rasgos que eran casi perfectos, desde los hermosos ojos azules hasta la nariz recta y la boca de labios sensuales. Podía intentar encontrarle defectos a su físico, pero le costaba mucho desde tan cerca. Ojalá lo conociera lo suficiente para poder achacarle, al menos, algún fallo de personalidad. Eso, quizás, lo hiciera más fácil...

«Tranquila —se dijo—. Recuerda que ser un adonis no lo hace menos humano. Es solo un hombre; no es para tanto», reflexionó.

—¿Qué tal? —inquirió adoptando una actitud educada.

—Bien, ¿y tú?

—Bien, gracias.

—¿Disfrutando de la piscina? —preguntó mientras tomaba asiento en la tumbona de al lado.

—Sí.

—Hace un día estupendo para tomar sol y darse un baño.

—Cierto. La temperatura es excelente.

Hubo un silencio entre ellos, hasta que Patrick se animó a romperlo de nuevo.

—Tú has estado aquí más tiempo que yo. ¿Es tan encantadora la zona como parece?

—Lo es. —Asintió—. A mí me parece precioso, aunque apenas he podido conocer un poco del pueblo, de la playa... y de la piscina de Rebecca —bromeó, lo que le arrancó una sonrisa—. ¿Y tú? ¿Has podido ver algo?

—Solo un poco del paisaje desde el coche. Sin embargo, he podido apreciar que todo lo que me dijeron sobre la belleza del condado es cierto.

—A mí me gusta mucho estar aquí —confesó relajada ante lo inofensivo del tema—. Estoy muy contenta de que Suze me haya invitado.

—¿Suzanne y tú sois amigas desde hace mucho?

—Tres años. Nos conocimos cuando comenzamos a compartir piso. Yo había sido aceptada en la facultad, y ella iba ya por su segundo año. Desde entonces, hemos sido compañeras. Aunque ahora, que Suze ha terminado sus estudios, tendré una nueva compañera de piso a partir de septiembre.

—Espero que te vaya bien con ella.

—Creo que así será. Nos conocimos antes de que acabasen las clases, y me pareció una chica muy agradable.

—Me alegro. No siempre es fácil encontrar a un buen compañero de piso...

De pronto, los interrumpió una algarabía de pasos acelerados y de palabras pronunciadas en un tono demasiado alto. Se volvieron para mirar en dirección a las dobles puertas francesas, que separaban un pequeño vestíbulo del área de la piscina, y vieron aparecer —a través de ellas— a Suzanne, quien —nada más localizarlos— se dirigió directa hacia ellos... con una expresión en su rostro que no auguraba nada bueno.

—¡Quiero que te largues! —le gritó a Patrick tan pronto como los alcanzó.

Hubo un momento de confusión durante el cual, tanto ella como el joven, se quedaron mirándola, sin entender lo que ocurría.

—¿Perdón? —inquirió Patrick frunciendo el ceño.

—Ya me has oído, ¡largo! —exclamó Suzanne furiosa—. ¡Vete de aquí!

—¡Suze! —Se levantó estupefacta de la tumbona—. ¿Qué estás haciendo?

—Lo que debería haber hecho en cuanto lo conocimos. —Se volvió de nuevo hacia Patrick—. ¡Lárgate de mi casa ya! ¡No quiero volver a verte por aquí!

—No es necesario que grites; ya te he comprendido. Me marchó.

—¡Y no se te ocurra volver!

Patrick se fue sin decir palabra. Los ojos furibundos de Suze lo siguieron hasta que abandonó la piscina. Ella, incrédula, se volvió a mirarla.

—Suze, ¿qué haces? No puedes tratarlo de esa forma...

—Es mi casa y echo a la gente como me da la gana. No debería haberte hecho caso. Ya estaba tardando en expulsarlo. Esta mañana lo he visto saliendo del cuarto de mi madre, y estaba muy claro lo que había estado haciendo allí. Pasaron la noche juntos.

—Pero... —Miró a su alrededor confusa e impotente. ¿Qué podía hacer en semejante situación?

Unos metros más adelante, ambas vieron a Patrick encontrarse con Alicia en el vestíbulo. La mujer presentaba un aspecto un tanto trastocado, en pijama y con el pelo ligeramente alborotado, como si hubiese ido corriendo hasta allí.

El joven y su anfitriona intercambiaron algunas palabras y, aunque Patrick trató de impedirlo, no pudo frenar a Alicia, y esa terminó cruzando las puertas para dirigirse hacia ellas con la determinación de un tren de alta velocidad.

—Discúlpate inmediatamente con Patrick —le exigió a su hija, nada más alcanzarlas.

—¿Qué? —Suzanne la miró indignada—. Ni lo sueñes.

—Lo has echado de casa. ¿Qué derecho tienes de hacerlo?

—El derecho que me da el ser dueña de la mitad de esta propiedad.

—Pues yo soy dueña de la otra mitad y exijo que Patrick se quede; es mi invitado.

—Pero no el mío.

—A mí eso no me importa. Por esa regla de tres, yo también podría echar a la calle a Phoebe, ¿y qué harías tú?

—No te atreverás...

—No, claro que no, no tengo motivos para hacerlo. Pero, si lo hiciera, estaría en mi derecho.

—Perdón —las interrumpió. Ya había tenido bastante de aquello—. Si me disculpáis, creo que será mejor que os deje a solas. Esta parece ser una conversación privada.

Alicia, petrificada, la observó al darse cuenta del efecto de sus palabras.

—No pretendía...

—Lo sé, pero ahora mismo preferiría estar en mi cuarto. Si no os importa...

Dio media vuelta y se marchó. A su espalda pudo oír las voces airadas de ambas mujeres.

—¡Mira lo que has hecho! —le reclamó Suze a su madre.

—No, mira lo que has hecho tú. Si no te hubieses comportado como una energúmena en todo este asunto...

Eso fue lo último que oyó. Dio gracias por ello mientras cerraba las puertas francesas a su espalda y suspiraba al contemplar el vestíbulo vacío. Pensó en ir a hablar con Patrick, en prestarle su apoyo después de semejante bochorno, pero se dijo que no era necesario. No ayudaría en nada a la situación y, además, él era un hombre adulto, no un niño que necesitase su consuelo.

Echó a andar hacia su cuarto, tomando la decisión en ese mismo momento.

Cuando atravesó el umbral del cuarto de Phoebe, lo hizo con la sana intención de comunicarle sus planes de mudanza... y la encontró inclinada sobre la cama, haciendo la maleta. Se quedó petrificada, mirándola entre sorprendida y preocupada.

—¿Qué haces? —inquirió al tiempo en que se adentraba en la habitación.

—Creo que será mejor que vuelva a Nueva York —dijo muy seria—. Pasaré el verano con mis padres.

—¿Pero...? —No tardaron en asaltarla los remordimientos—. Oye, lo siento. No pretendía que te sintieses incómoda con esa discusión en la piscina.

—Suze, las cosas entre tu madre y tú no están bien. No te lo tomes a mal, pero no me apetece pasarme el verano presenciando cómo os despellejáis mutuamente por un hombre.

Suzanne, avergonzada, desvió un momento la vista.

—Tienes razón. Hemos montado un numerito; lo siento mucho, pero no tienes por qué irte —le rogó—. Escucha, pienso mudarme a la casita de invitados ahora mismo, y tú puedes venir conmigo. A mí tampoco me apetece aguantar a mi madre y a ese tío todo el verano.

—A mí Patrick no me importa, pero no quiero tener que volver a presenciar una escena semejante nunca más. Ha sido muy desagradable, por no hablar de incómodo.

—Lo sé y lo siento. Perdóname. Estaba tan enfadada que no medí mis palabras. —Una mueca apareció en su rostro al recordar el hecho que lo había desencadenado todo—. Mi madre ha sido tan descarada... Cuando he visto a ese tío saliendo de su cuarto esta mañana, le he pedido explicaciones y me ha soltado tan pancha que él es solo un amigo con el que le gusta pasar el tiempo. ¡Sí, claro! —resopló enfadada—. Le gusta pasar el tiempo follando.

—¡Suze! Por amor de Dios, estás hablando de tu madre.

—Lo siento —se disculpó. Al momento siguiente, apretó los labios—. Pero tengo razón.

Phoebe suspiró.

—Mira, comprendo que esta situación con Patrick no te guste; es normal.

Pero lo que no es normal es que tu madre y tú os dediquéis a pelearos por él de esa manera. Si están liados o no, eso es asunto de ellos. Tu madre no es la primera ni será la última mujer madura de la historia en tener una relación con un hombre más joven.

—Eso no me molesta tanto como el hecho de que lo haya traído aquí —confesó—. Esta es la casa de mi padre y, aunque ya lleve siete años muerto, ella debería respetarlo. Mi padre siempre la amó, y ella a él. ¡Si hasta fundaron una empresa juntos!

—Estoy de acuerdo con que tu madre ha cometido un error al traer a Patrick a esta casa, pero él no es responsable de eso. Y tú lo has tratado como a una mierda: echándolo a patadas. Ha sido muy violento, Suze. Por Dios, ¿viste su cara? No tenías por qué tratarlo así.

—Tengo todo el derecho y, desde luego, no se merece menos.

—Te estás equivocando.

—¿Tú crees? A saber lo que pretende con mi madre. —Se cruzó de brazos y su rostro adoptó una expresión desconfiada—. Seguro que viene a por el dinero. Será un trepa o un vividor, o ambas cosas.

—A mí me ha parecido un hombre normal, agradable.

—Sí, claro. Ya he visto lo agradable que te parece —ironizó molesta—. Le das conversación cada vez que tienes oportunidad, como anoche.

—Intenté ser civilizada. Tu madre y tú estabais a punto de iniciar una batalla campal, y yo solo traté de que la sangre no llegase al río. Francamente, lamento tener que decirlo, pero siento mucha vergüenza ajena por lo ocurrido... y prefiero no pensar cómo se habrá sentido Patrick. O peor aún, Brian y Brenda; ellos no tenían nada que ver en esto y se convirtieron en testigos forzosos del espectáculo.

Suzanne hizo una mueca.

—No había pensado en eso —dijo con expresión de arrepentimiento.

—Pues, tal vez, deberías hacerlo. No es agradable para nadie presenciar algo así.

—Vale, perdón. Perdón por todo —se disculpó una vez más—. No volveré a hacerlo, ¿de acuerdo? Te lo prometo. Ven conmigo a la casita de invitados —

pidió—. Allí estaremos las dos tranquilas, viviremos como en el apartamento de Nueva York: sin que nada nos moleste.

—¿Y no volverás a sacar las garras la próxima vez que nos crucemos con Patrick o con tu madre?

—Lo intentaré —concedió. Phoebe la miró ceñuda—. Está bien, lo haré, me controlaré —prometió—. De todos modos, estando ellos en la casa, no los veremos mucho. —Suspiró frustrada—. No quiero que te vayas. Si te he invitado es porque somos amigas, y estos son nuestros últimos meses juntas. En septiembre volverás a la universidad, y yo me quedaré aquí. Solo Dios sabe cuándo volveremos a vernos.

—Vamos, Suze. Nueva York está lejos, pero no tanto.

—Ya sabes lo que quiero decir. Aunque estemos en contacto por teléfono o por *e-mail*, no será lo mismo. Ambas llevaremos caminos distintos.

—Eso es cierto.

—Por esa razón no quiero que te vayas antes de tiempo y tampoco quiero que lo hagas estando enfadada. No es así como deseo que acaben las cosas entre nosotras.

—Pues, a partir de ahora, será mejor que te comportes —le advirtió—. Una escenita más como la de hace un momento, y te juro que me vuelvo con mis padres. Sabes que lo digo en serio.

—Lo sé. Anda, deja que te ayude con tus cosas —se ofreció conciliadora.

Phoebe suspiró y le hizo caso. Sabía que aún estaba disgustada, pero había logrado apaciguarla.



## Capítulo 5

—Patrick, espera.

—No hay motivos para esperar —declaró mientras colocaba la bolsa abierta sobre la cama e iba a buscar al armario la primera remesa de ropa—. Lo mejor será que me vaya.

—Mi hija no tiene autoridad para echarte de esta casa. No le hagas caso; solo está enfadada...

—Fue muy contundente —afirmó irritado—. En sus palabras no había lugar a equívoco, Alicia: me pidió a gritos que me marchara.

—Está dolida porque piensa que he manchado la memoria de su padre al traerte aquí. —Mortificada, hizo una mueca—. Jamás pensé que reaccionaría de esa forma...

—Por eso te pregunté por ella antes de aceptar venir aquí. Quería estar seguro de que no habría ningún problema, y tú me aseguraste que sería así: que tu hija estaría entretenida con su amiga. —La miró con seriedad—. Suzanne ha mostrado su disconformidad con mi presencia desde el principio. Y ahora, más que nunca, creo que deberías haberme hecho caso cuando te dije que lo mejor era que yo me marchase o me buscase algo en el pueblo.

—Estamos en temporada alta; tendrías suerte si encuentras alojamiento.

—En ese caso...

—Patrick, por favor, reconsidéralo. Te daré un plus si te quedas.

—No se trata de eso, es que simplemente no hay nada que reconsiderar. Esta casa es tan tuya como de tu hija; por lo tanto, si ella me echa, tendré que irme.

—Pero, si Suzie tiene autoridad para echarte, yo la tengo para hacer que te quedes —musitó empecinada.

Patrick suspiró.

—No pienso pasar el verano en esta disyuntiva. Sería absurdo, no hay necesidad.

—Te prometo que no tendrás que volver a cruzarte con Suzie. Hace un momento me ha dicho que va a mudarse a la casita de invitados. Antes de que acabe el verano, estará buscando casa propia; solo le faltan unas semanas para cumplir los veintidós y, entonces, cobrará su herencia. Y añadiendo a eso que ya ha terminado sus estudios..., solo Dios sabe cuándo volveré a verla. —Suspiró mientras tomaba asiento a los pies de la cama—. Mi única hija está a punto de iniciar su vida, y yo apenas tendré cabida en ella.

Él se detuvo, con una prenda en la mano, y se la quedó mirando. Con la cabeza gacha y con su aspecto de recién levantada, Alicia presentaba una apariencia vulnerable. Se dio cuenta, de repente, de lo que en verdad la atormentaba, y no era el hecho de quedarse sin su compañía.

—¿Por eso me trajiste contigo? —inquirió comprensivo—. ¿Para no sentirte sola?, ¿porque tu nido pronto estará vacío?

—Quizá —admitió. Alzó el rostro para mirarlo, entristecida—. Patrick, yo solo quería...

—Lo sé. —Soltó la prenda con un suspiro y rodeó la cama para tomar asiento junto a ella y tratar de brindarle el apoyo y consuelo que necesitaba—. Tú solo querías pasar un verano divertido, con una compañía aceptable.

—Tú eres más que aceptable. Desde que te conocí, has hecho que me sienta bien conmigo misma..., y hacía mucho que eso no me ocurría. No sé qué habría sido de mí, en estos nueve meses, sin tu compañía.

—No quiero que mi presencia provoque malestar entre tu hija y tú.

—A Suzie se le pasará. Lo que ocurre es que, desde siempre, ha sido el ojito derecho de su padre, con todo lo que eso conlleva. Y claro, ahora eso le está pasando factura —se quejó disgustada, frunciendo el ceño.

—No puedes culparla; se trata de sus padres.

—Podría ser un poco más comprensiva, más madura. Ya tiene edad para serlo, es una mujer adulta.

—Apenas ha abandonado la adolescencia, y convertirse en adulto no es tan fácil.

—Supongo. —Se encogió de hombros. Acto seguido, lo miró expectante—. ¿De verdad no puedo convencerte de que te quedes?

Patrick meneó la cabeza.

—No debería permitir que lo hicieras. Esta situación es demasiado desagradable para todos.

—En eso tienes razón. ¿Sabes? Sospecho que Phoebe también se irá; parecía tan disgustada como tú cuando se marchó a su cuarto. Me temo que Suzie y yo hemos dado el espectáculo... otra vez. —Hizo una mueca—. Qué vergüenza.

—Phoebe no debería irse —declaró frunciendo el ceño—. Ella no tiene nada que ver con este asunto y no debería verse perjudicada. Espero que Suzanne pueda convencerla de que se quede.

—Lo cierto es que mi hija y yo le hemos dado una nefasta impresión.

—Pero seguro que lo comprende. Parece una chica inteligente y ya conoce el carácter de Suzanne. Aunque, si me permites dar mi opinión, creo que tu hija y tú deberíais dejar esas escenas a un lado.

—Te prometo que no habrá ninguna más. Con Suzie viviendo en la casita de invitados, ni siquiera tendremos que vernos. Lo siento por Phoebe, pero..., en fin, habrá que esperar hasta que a la princesita se le pase el enfado.

—No la llares así. Es normal que, en estas circunstancias, tu hija esté resentida.

—Pues no pienso permitir que nos estropee el verano —resopló. Lo miró con expresión esperanzada—. ¿Te quedarás?

Era difícil resistirse a esa mirada, pero trató de no ceder.

—Alicia...

—Unas semanas, por lo menos. Puedo...

—No quiero que me des nada, ya te lo he dicho. Y tampoco deseo pasarme dos meses aquí encerrado, sintiéndome como la manzana de la discordia.

—No habrá más discordias; puedes confiar en mí —aseguró. Posó con cariño una mano sobre la suya—. Anda, quédate. Podemos pasarlo muy bien. Haré que no te arrepientas.

Dudó durante varios instantes, pero en el fondo sabía lo que terminaría pasando.

—Me quedaré una semana —cedió—. Si para entonces no he encontrado alojamiento en la zona, volveré a Nueva York. Y no trates de convencerme —interrumpió cuando vio que ella iba a replicar—. No pienso quedarme en esta casa más días de los necesarios. Ya tengo bastante con lo que ha pasado y con que tu hija haya decidido mudarse por mi culpa.

—Pero no ha sido culpa tuya. Suzie...

—Suzanne está defendiendo la memoria de su padre, y no puedo culparla por eso. Tú tampoco deberías hacerlo.

—Es una cabezota —se quejó frustrada.

—En eso sale a su madre, me temo.

La mujer lo miró disgustada por un momento. Luego, suspiró.

—Está bien, pero que conste que tenía muchos planes para nosotros, y te los vas a perder casi todos. El festival, las exposiciones, el ciclo de cine clásico, la coronación de la reina de Munysporth...

—Nunca he sido aficionado a los concursos de belleza.

—Oh, Patrick, ¿de verdad que no puedo convencerte de que te quedes, al menos, hasta agosto?

—No, ya lo he decidido. Hago una excepción contigo porque somos amigos, pero hasta ahí llego. Tendrás que conformarte.

—Si no hay más remedio..., al menos, he conseguido detenerte antes de que salgas por la puerta con la maleta.

Esbozó una sonrisa.

—Has tenido suerte —bromeó y, al ver su gesto, Alicia lo correspondió.

—Ya lo creo. —Le dio un rápido y afectuoso beso en los labios—. Ven, te ayudaré a deshacerla.

—Está bien.

El Achilles Country Club se alzaba sobre un promontorio al final de la carretera que atravesaba el pueblo.

Las treinta hectáreas de terreno incluían un extenso bosque de coníferas que podía recorrerse en rutas programadas a caballo o a pie y donde, según la temporada, podían organizarse jornadas de caza menor o de recogida de bayas y setas silvestres, al gusto de los clientes. Para aquellos con intereses más activos,

había pistas de pádel, críquet y cróquet disponibles.

El edificio principal (antaño mansión familiar de los Fowler) había sido construido sobre un acantilado que lo rodeaba por tres de sus cuatro lados y en cuyo costado oeste había sido esculpida una escalera de piedra que daba acceso a la cala privada, de tres kilómetros de extensión. La mansión estaba coronada por un moderno tejado a cuatro aguas, y sus cuatro pisos de altura albergaban un amplio sótano y un desván reconvertido en sala de juegos, un salón de reuniones, un bar-restaurante, una pequeña biblioteca, una sala de baile que abría los sábados hasta la madrugada, un *spa*, una piscina cubierta y un gimnasio. En el ala este, con acceso directo a los terrenos, se había habilitado —además— un salón de celebraciones adyacente a la capilla privada de la casa, y ambos podían alquilarse —durante todo el año— por un módico precio para llevar a cabo diversos eventos.

Ese día, la brisa salada que subía desde el océano ayudaba a refrescar la temperatura, que era bastante cálida gracias a un sol que caía a plomo sobre el pueblo, desde un cielo completamente despejado, de un azul intenso.

Faltaba poco para el almuerzo cuando Phoebe atravesó el umbral del gimnasio. Caminó directa hacia el fondo de la sala, donde colgaban en hilera los sacos de boxeo. Dejando su bolsa en el perchero que había sujeto a la pared, sacó la toalla y la botella de agua, y se dispuso a colocarse los guantes para dar comienzo a su rutina de entrenamiento.

Al darse la vuelta, la joven se quedó petrificada. No lejos de donde se encontraba, había varias máquinas y tablas de ejercicios y, en la más cercana, Patrick Welsh estaba haciendo abdominales. Él también se quedó sorprendido al verla, con las piernas abiertas a ambos lados de la tabla y con las manos colocadas detrás de la cabeza.

—Phoebe —musitó mientras las bajaba a los costados.

—Patrick.

—¿Qué haces aquí? —inquirió. Al instante se dio cuenta de la estupidez de su pregunta—. Has venido a hacer ejercicio, por supuesto.

—Quería descargar un poco de adrenalina con el saco —contestó la muchacha, sin poder evitar sentirse un poco incómoda.

Patrick se levantó y se acercó hasta ella, al tiempo que se secaba los últimos restos de sudor con la toalla. Había transcurrido una semana desde la última vez que habían hablado y, durante todo ese tiempo, ni Suze ni Phoebe habían vuelto a aparecer por la mansión. A pesar de que Munysporth era un pueblo pequeño y de que la posibilidad siempre había estado ahí, ninguno de ellos pensó que fuesen a encontrarse.

—¿Practicas boxeo? —preguntó Patrick con interés, mientras señalaba el saco con un gesto.

Phoebe asintió.

—Desde el instituto. Fui campeona *amateur*.

—Pobre del que se meta contigo —bromeó y la hizo sonreír—. ¿Te importa si te ayudo?

—No, adelante.

Patrick se colocó detrás del saco y, cuando lo tuvo bien sujeto, la chica comenzó a descargar los puños contra él. Empezó con un ritmo suave para calentar y, luego, fue aumentando la intensidad y combinando distintos tipos de puñetazos, golpeando de forma directa a los lados y desde abajo. Él encajaba sus embates mientras la observaba con atención.

—¿Es la primera vez que vienes a este gimnasio?

—La segunda. Hoy he venido con Suze y dos amigas, pero ellas están haciendo una ruta a caballo.

—¿Y tú prefieres el boxeo a la equitación?

—Me caí de un poni en la feria cuando era niña —confesó—. Desde entonces, me mantengo a distancia de cualquier cosa que se parezca remotamente a un caballo... Con un tobillo roto en esta vida me basta.

—Comprendo.

Se hizo el silencio, roto solo por el quedo sonido de los puños de la joven contra el saco.

—¿Qué tal están las cosas en la casita de invitados? —se atrevió a preguntar Patrick—. ¿Cómo se encuentra Suzanne?

Phoebe hizo un alto y lo observó durante un momento. Una mezcla de sentimientos podía verse en el rostro del hombre. El tema era incómodo para

ambos y, para ella, decía mucho en su favor que él se preocupase por el estado de su amiga... Especialmente, teniendo en cuenta la forma en que esa lo trataba desde que había llegado.

—Suze sigue enfadada —declaró al tiempo que retomaba su entrenamiento—. Es bastante terca, no quiere ver a su madre; aunque sé que espera que se disculpe con ella.

Patrick asintió comprensivo.

—Ni su madre ni yo imaginamos que las cosas serían así. Personalmente, no vine aquí a causar ningún conflicto...

—No es culpa tuya —musitó. Hizo una mueca—. Yo no debería opinar porque no es asunto mío, pero la señora Tindale ha metido la pata hasta el fondo. Perdóname por la franqueza pero, si te acuestas con un hombre y de repente lo metes en casa con tu hija, una hija que idolatra a su padre muerto..., no puedes esperar que no haya problemas. Pensar lo contrario es, como poco, ser ingenua.

—Tienes razón. —Suspiró Patrick—. Alicia pecó de confianza, aunque no era su intención herir a nadie. Esta situación es lamentable.

—Tú no tienes que lamentar nada, solo aceptaste una invitación. No eres responsable de lo que ha pasado.

—De todos modos, espero que se resuelva pronto.

—Y yo, aunque será difícil; Suze es terca y orgullosa..., y tengo la sensación de que lo ha heredado de su madre.

Patrick calló y asintió, lo que reveló que él pensaba lo mismo. De nuevo se instaló el silencio entre ellos, pero esa vez fue Phoebe quien lo rompió buscando un tema que ayudase a eliminar la tensión.

—Durante la cena mencionaste que vivías en Manhattan. ¿Tu familia es de allí?

—No, somos de Maryland.

—Tu acento es totalmente neoyorquino. —Se sorprendió—. ¿Cómo llegaste a la Gran Manzana?

—En autobús.

Eso la hizo reír y consiguió arrancarle una sonrisa a él.

—Me refiero a si viniste a estudiar o a trabajar.

—Ambas cosas. Empecé a estudiar fotografía y me pagaba los estudios haciendo de modelo.

—Y al final te quedaste en la profesión.

Patrick se encogió de hombros.

—Paga las facturas. Tú eres de Queens, ¿no? ¿Vives allí con tu familia?

—Mis padres. —Asintió—. O al menos, viví con ellos hasta que empecé la universidad.

—¿A qué se dedican?

—Tienen una floristería en Rockaway. Petals&Thorns, por si te interesa. —Le dedicó una media sonrisa a la que él correspondió—. ¿Y tu familia cómo se gana la vida?

—Mi madre aún posee la granja familiar.

Al oírlo Phoebe se detuvo dejando un puñetazo en el aire.

—¿Te estás quedando conmigo? —preguntó estupefacta.

—No.

—¿Lo dices en serio? ¿Tú, un chico de campo?

—¿No se nota? —bromeó.

—¡Por supuesto que no! —Rio incrédula—. Mírate: nadie nunca diría que has salido de... ¿Qué parte de Manhattan?, ¿la Quinta Avenida?

—El Upper East End. Y no te fíes de las apariencias: a menudo engañan —declaró apoyado en el saco, mirándola con fijeza. Con esos extraordinarios ojos azules sobre ella, la joven no pudo evitar ponerse un poco nerviosa—. Diez años en la ciudad de Nueva York pueden cambiar hasta a un granjero como yo.

—Me resulta increíble. Está claro que no todo es lo que parece.

—No, no siempre —corroboró. Se miraron por unos instantes el uno al otro, hasta que él se irguió y se apartó del saco—. Tengo que marcharme ya, lo siento. Es casi la una y he quedado con Alicia para almorzar. Ella y sus amigas deben de estar a punto de terminar su partido de cróquet.

—Oh, bueno, a mí me queda todavía un rato aquí —afirmó mientras se ajustaba los guantes—. Ya nos veremos en otra ocasión, supongo.

—Será un placer. Hasta la próxima, Phoebe.

—Adiós, Patrick.



Él se alejó para recoger su bolsa de deporte, se la echó al hombro y se despidió de la muchacha con la mano, antes de abandonar el gimnasio. Ella lo siguió con la mirada hasta que desapareció de vista.

Tras algunos segundos de permanecer allí de pie, la joven se giró y volvió a enfrentarse al saco.

## Capítulo 6

La tarde transcurría con total tranquilidad en el *spa*. Después de un ameno partido y de un merecido almuerzo, tras haber disfrutado del circuito de aguas termales y haber recibido un masaje relajante de veinte minutos, las tres mujeres decidieron pasar el resto de la tarde acomodadas en tumbonas, junto a la piscina de agua fría.

Los primeros segundos transcurrieron en silencio, hasta que Jasmine Williams giró la cabeza en dirección a su amiga, para interrogarla sobre un tema que la venía carcomiendo desde el almuerzo.

—Alicia, ¿quién era ese joven con el que te vimos en el restaurante?

—Te fuiste enseguida con él —dijo Harriet Floyd tumbada a su derecha—. Nos habríamos acercado a saludar, pero nuestros maridos nos esperaban en la mesa. Y os vimos tan íntimos que no quisimos molestar.

—Oh, es Patrick, un amigo.

—¿De dónde viene?

—De Nueva York.

—¿Y se quedará en Munysporth mucho tiempo? —quiso saber la pelirroja, intrigada.

Alicia las miró con suspicacia a una y a otra. Ambas acababan de colocarse de costado en sus tumbonas para observarla más de cerca, evidentemente ansiosas por obtener respuestas.

—Estáis deseando tener algo de cotilleo, ¿verdad?

—Oh, vamos, Alicia —replicó Harriet con un brillo pícaro en sus azules ojos irlandeses—. Ya me han contado que el otro día os vieron paseando juntos por la playa. ¿Qué tienes que decir a eso, querida?

—¿Hay un romance en ciernes? —se interesó Jasmine. Su hermoso rostro de

rasgos indios se contraía por la expectación—. ¿Y no pensabas contarnos nada?

—¡Cómo sois! —exclamó en tono jocoso—. Patrick y yo no estamos viviendo ningún romance. Somos amigos; eso es todo.

Las dos la miraron escépticas.

—No pretenderás que nos traguemos eso, ¿verdad? —inquirió Harriet—. A la legua se ven los hechos.

—¿Qué hechos? Solo porque hayamos pasado algo de tiempo juntos no quiere decir que seamos pareja. Patrick es un amigo de Nueva York al que he invitado a pasar el verano..., y fuera de ahí no hay nada más.

—Mentirosa. —Jasmine la miró con desconfianza. Al instante siguiente, una sonrisa apareció en sus labios—. ¿Vas a llevarlo a la fiesta de Sylvia?

—¿Pretendes que lo deje en casa? Sería muy descortés por mi parte; ¿no te parece?

—Estarías loca si lo hicieras —corroboró Harriet—. A un hombre como ese no se lo esconde entre cuatro paredes..., a no ser que sean las del dormitorio. —Rio socarronamente y Jasmine la secundó.

—Sois perversas —las acusó fingiéndose ofendida—. Menudas brujas estáis hechas.

—Pues espera a que lo vea Sylvia —declaró Harriet—. Ella sí que te hará un interrogatorio a fondo.

—No será necesario: Sylvia ya conoce a Patrick desde hace tiempo.

Las dos la miraron sorprendidas.

—¿Ah, sí?

—No nos ha dicho nada —se quejó Harriet—. ¿De qué lo conoce?

—Por lo visto, hicieron negocios juntos en el pasado. De hecho, fue ella quien nos presentó.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Y a qué se dedica ese joven? —quiso saber Jasmine, intrigada.

—Es modelo.

Las otras se echaron a reír divertidas.

—¿Modelo? ¿En serio?

—¿Qué edad tiene? —interrogó Harriet.

—¿Y eso qué más da?

—Menos de treinta, seguro —apuntó Jasmine.

—¿Sabes en qué te convierte eso? —preguntó Harriet mirándola con picardía

—. Alicia Tindale, eres oficialmente una asaltacunas.

—¡Oh, venga ya! Mira que sois tontas; yo no soy ninguna asaltacunas.

—¿Hay más modelos como ese en Nueva York? —inquirió Jasmine—.  
Porque yo lo invitaría de cabeza a mi casa.

—Yo le pagaría una —confesó Harriet sin tapujos.

Sus amigas, escandalizadas, se volvieron a mirarla.

—¡Harriet! —la amonestó Alicia.

—¿¡Qué!? Vamos, no iréis a decirme que ninguna de vosotras lo ha pensado.

—Pero no lo decimos en voz alta, querida —replicó Jasmine.

—Bueno, es que la honestidad es mi gran cualidad —se ufanó la pelirroja.

—Yo diría que en ti es más bien un defecto.

—Todos tenemos alguno, querida.

—Eso es verdad —apoyó Jasmine—. Pero ahora dejémonos de tonterías,  
brindemos con un poco de zumo para no deshidratarnos. —Se dio la vuelta,  
extendió la mano para coger uno a uno los vasos y los fue pasando.

—¿Por qué brindamos? —quiso saber Harriet.

—Por la fiesta del sábado —dijo Jasmine mientras alzaba su vaso—. Que sea  
igual o mejor que la del año pasado.

—Y por el amigo Patrick —secundó la pelirroja—, con cuya presencia  
esperamos deleitarnos en la fiesta. —Sonrió con picardía.

—No se os ocurra acercaros a él, lobas —las amenazó Alicia.

Ambas rieron de forma perversa por lo bajo.

—En esta vida no hay que ser tan egoísta. Permítenos, al menos,  
contemplantarlo —pidió Harriet en broma.

Alicia las traspasó con la mirada. Suerte que eran más inofensivas de lo que  
aparentaban.

—Se ocupa de los establos durante el verano —dijo Rebecca mientras las  
tres cruzaban el umbral de las caballerizas—. Está estudiando veterinaria en

Ithaca, y esto le sirve para practicar.

—Apuesto a que lo nombrarán jefe de establo, o algo así, cuando acabe sus estudios, dentro de un par de años —declaró Olga.

—¿Jefe de establo? —La observó divertida—. No sé si su novia estará contenta cuando se le acerque apestando a estiércol de caballo.

—Pues yo le daría un buen revolcón en el heno, sin importarme nada de eso —afirmó la del cabello castaño. Sus ojos marrones brillaron encandilados.

Rebecca la miró con una sonrisa, aunque ella estaba estupefacta.

—¡Olga! —Se echó a reír—. ¿Estás segura? La última vez que lo vi, era un muchacho escuálido con gafas de pasta, con la cara llena de pecas y con el pelo tan rojo y rizado como el de un payaso —afirmó burlona.

Esa vez fue Rebecca quien se rio mientras Olga meneaba la cabeza y aguantaba la risa.

—¡Dios, Suze, estás muy perdida! Gerry ha cambiado mucho en estos años que llevas sin verlo.

—¿Gerry? —Intrigada contempló a la pelirroja, al tiempo que detenían sus monturas junto a los cubículos de los caballos—. ¿Desde cuándo tienes tanta confianza con él?

—Desde que salieron juntos, hace un par de años —aclaró Olga.

—¿¡Tú y Gerald Fowler estuvisteis saliendo!? No me dijiste nada.

—Solo fueron unos meses —se evadió—. No fue nada serio. Él solo tenía ojos para ti; siempre ha sido así.

—¡Oh, venga ya!

—¿No irás a decir que nunca te diste cuenta? —inquirió Olga incrédula—. Debe de llevar colado por ti, al menos, desde primaria. ¿Jamás te fijaste en cómo te miraba?

—Me parecía un poco siniestro —confesó renuente—. Era tan introvertido... y con esa pinta de cerebritito.

—Pues, gracias a ese cerebro suyo, se graduó con honores en la escuela —lo defendió Rebecca.

—Es verdad —apoyó Olga—. No te ofendas, Suze, pero esa visión, por tu parte, es muy superficial.

Se volvió a mirarla y tuvo que controlarse para no hacerlo con la boca abierta.

—¿¡Cómo!?

—No te lo tomes a mal, pero... —empezó Rebecca.

—O sea que esa es la idea que tenéis de mí —bufó comenzando a enfadarse—. Creéis que soy la típica niña rica que es incapaz de mirar más allá de las apariencias, ¿no?

—No hemos dicho eso —musitó Olga—. Es solo que..., bueno, mira, la verdad es que tú no dabas un céntimo por Gerry y no porque no te gustara... De hecho, ni siquiera te animaste a conocerlo... porque era feo. Y sí, eso es superficial.

Ante semejante insulto, tardó apenas unos segundos en reaccionar.

—¡Lo que faltaba! ¿Sabéis lo que os digo? ¡Que si eso es lo que pensáis, ya os pueden ir dando!

—¡Suze!

Se bajó indignada del caballo, le entregó las riendas al primer mozo que se le acercó y se encaminó con paso airado hacia la salida del establo. Pudo oír las voces de las otras dos a sus espaldas.

—¡Suze, espera, no pretendíamos ofenderte...!

—¿¡Adónde vas!? —preguntó Olga.

—¡Me voy con Phoebe! ¡Al menos, ella me considera una persona normal!

Desapareció furibunda por la puerta y casi enseguida dobló la esquina. Dejó a sus amigas allí tiradas y no le importó. Se sentía demasiado enojada y ultrajada para que le importase.

¡Pero, bueno, qué desfachatez! Se conocían desde que eran niñas, ¿y esa era la opinión que merecía después de tantos años de amistad? ¿Cómo podían pensar así de ella?

## Capítulo 7

La noche se acercaba. En la pequeña casita de los guardeses (una construcción de piedra de una sola planta que se levantaba en los terrenos de la finca de los Tindale, no lejos de la mansión familiar), Brian y Brenda se hallaban sentados a la mesa de la cocina, pelando las judías para la cena.

—Me alegro de que al fin se haya ido —dijo la anciana—. Las cosas en esta casa irán mejor sin él.

—Yo también me alegro —coincidió su marido—, aunque no estoy tan seguro de que algo vaya a mejorar con su marcha. Nos hemos librado de él porque ha encontrado alojamiento en el pueblo, pero eso no cambia su relación con la señora Tindale. Y esta aún sigue enemistada con su hija por su causa. No sé si van a poder solucionarlo.

—Ya hace ocho días que la señorita Suzanne se mudó; es tiempo de que los ánimos se atemperen un poco. Y sin ese hombre rondando por aquí, tal vez ella esté más receptiva.

—¿Eso crees? —preguntó Brian escéptico.

—Es lo que quiero creer. —Suspiró Brenda.

—No te hagas muchas ilusiones, por si acaso. El daño ya está hecho, y una ofensa así no se olvida fácilmente. La señorita Suzanne es una joven orgullosa y tiene mucho carácter.

—Pues la señora Tindale demostrará ser una mala madre si no le pide disculpas a su hija por lo que les hizo pasar... a ella y a su amiga —añadió haciendo una mueca al pensar en la señorita Dillan—. También estoy preocupada por esa muchacha —confesó.

—¿Y por qué habrías de preocuparte por ella? —inquirió su marido mirándola extrañado.

La anciana guardó silencio un momento.

—La han visto con él.

—¿Con quién?

—Con Welsh, en el club de campo. Me lo contó Mary Rhiannon, que trabaja en la limpieza. Los vio ayer, en el gimnasio, charlando muy animados. Estaban muy cerca el uno del otro, y él no le quitaba los ojos de encima a ella.

Brian suspiró y frunció los labios con desaprobación.

—Esa Mary es igual que su madre. Debería dedicarse a limpiar, que es para lo que le pagan, en vez de ir comentando por ahí los chismes que recaba sobre los clientes del club. Un día esa mala costumbre suya le acarreará un disgusto; ya lo verás.

—Bueno, tampoco es para tanto. Lo que a mí de verdad me preocupa es esa familiaridad entre la señorita Dillan y ese hombre.

—Ten en cuenta que él a ella no le ha hecho nada, así que no tiene por qué haber animadversión entre los dos.

—Pero sí le ha hecho daño a la señorita Suzanne, y la señorita Dillan es su amiga. Debería recordarlo y no pararse a charlar amigablemente con la persona que ha causado tantos problemas en esta casa.

—Es joven. Puede que esa cara bonita y ese encanto de ciudad la hayan deslumbrado.

—Por eso me preocupo. ¿Y si él intenta...? Ya sabes...

—¿Seducirla?

—Sí.

—Vamos, Brenda, no lo dirás en serio.

—Solo digo lo que me han contado. Mary dice que parecían una pareja flirteando. En fin, él es un hombre muy guapo y ella es una chica joven y atractiva...

—Él es mayor para ella —juzgó Brian.

—No tan mayor como la señora Tindale.

—¿Tú crees que sería capaz de engañar a la señora con la amiga de su hija?

—¿Por qué no? Si no le importa ser el amante de una mujer rica y veinte años mayor que él y, además, consiente en pasar el verano con ella en la casa de



su difunto esposo, con su hija presente..., bueno, seducir a una muchacha de veintiún años no debe de ser nada para él.

—Tal vez estás viendo peligro donde no lo hay.

—Pero yo creo que sí lo hay, querido. Me lo dice mi instinto..., y ya sabes que rara vez se equivoca.

—Esperemos que esta vez lo haga. Prefiero que este pueblo siga siendo Munysporth y no se convierta en Santa Bárbara.

—Confiemos en que eso no pase —declaró Brenda y ambos permanecieron en silencio mientras continuaban con sus quehaceres.

El Bentley de color negro se desvió a la izquierda, al llegar a la entrada del pueblo, y recorrió los quinientos metros de camino asfaltado que conducían hasta la casa.

La mujer que iba al volante detuvo el vehículo en la entrada, después de dar una vuelta en redondo para situar el coche debidamente y evitar así que más tarde tuviera que hacer maniobras para salir de allí. Acto seguido apagó el motor y, a luz de los faros del coche, contempló con admiración el patio y la fachada blanca de la casa.

—Siempre me ha parecido la más bonita del pueblo —declaró con una sonrisa, volviéndose a mirar a su acompañante—. Me alegro de que la hayas alquilado.

—Tuve muchísima suerte al encontrarla —replicó Patrick—. En plena temporada alta y con todos los alojamientos completos..., dar con ese anuncio en el periódico fue todo un hallazgo. Y la oferta del señor Barnard fue estupenda; no podía negarme.

—Te habría dado de bofetadas si lo hubieras llegado a hacer —bromeó. A continuación se lo quedó mirando pensativa—. Debiste de caerle muy bien; dicen que el viejo Barnard es muy selectivo con sus inquilinos.

—Bueno, en la conversación que mantuvimos cuando me enseñó la casa, me quedó muy claro que la adoraba. Es normal que quiera elegir bien a quien va a ocuparla, aunque sea de manera temporal. Vivió en ella buena parte de su vida, según me contó. Al parecer, hace apenas dos años que empezó a alquilarla.

Alicia asintió.

—Fue meses después de que su compañero muriese de cáncer. Llevaban juntos más de veinte años, ¿sabes? Es difícil... —musitó comprensiva— sobrellevar la soledad. Por eso se mudó al centro con su hija.

—Lamento oírlo.

—¿Te parece si entramos? —preguntó tras una pausa. Su mirada se desvió hacia el asiento de atrás, donde descansaba un elegante estuche, y esbozó una sonrisa al volver sus ojos hacia él—. Hay que consumir ese champán, y tú necesitas instalarte.

—Te dije que el champán no era necesario.

—Por supuesto que lo es. —Se inclinó para darle un beso en los labios y, al separarse, acarició con cariño su mejilla—. Después de una semana aguantando críticas y cuchicheos de todo tipo, creo que es justo celebrar que al fin tenemos un lugar privado donde pasar juntos el verano, sin testigos ni altercados indeseados.

—Bueno, en eso tienes razón.

Alicia sonrió y salieron del coche. Por encima del vehículo, Patrick le pasó el estuche y le dio las llaves de la casa para que pudiese entrar, mientras él iba hacia el maletero con la intención de recoger su equipaje.

Cuando poco después atravesó el umbral de la casa, se encontró de lleno en el comedor, que estaba formado por un antiguo aparador y por una bonita mesa de madera blanca rodeada por cuatro sillas. Al fondo había un pequeño salón y a la izquierda, pegada a la pared de enfrente, estaba la cocina. En esos momentos, Alicia se hizo con una cubitera llena de hielo y, tras depositarla sobre la encimera, metió la botella de champán dentro.

Le dedicó una sonrisa seductora mientras se hacía con dos copas y agarraba la cubitera para llevársela consigo hacia las escaleras, a cuyo pie se descalzó y comenzó a subir los escalones con un provocador contoneo de caderas.

Patrick dejó las maletas a un lado, cerró la puerta a sus espaldas y, conforme seguía a su compañera hasta arriba, se fue quitando la ropa.

—Me parece que no es para tanto —declaró mientras se tostaban, al sol de la mañana, en la playa.

Suze se volvió a mirarla con cara de enfado.

—¿Qué te parece que no es para tanto? Ambas admitieron que piensan que soy superficial, Phoebe. ¡Superficial! ¡Yo! ¡Es el colmo!

Suspiró.

—Ya pidieron disculpas. Creo que deberías dejarlo estar.

—¡Es que es injusto, además de ser mentira! Yo no soy superficial. No soy de esas niñas ricas que se creen superiores solo por estar podridas de dinero y ser guapas. Jamás he despreciado a nadie por eso, y lo sabes. Ellas también lo saben —se quejó.

—Te pidieron perdón por eso: se dieron cuenta de su error. Y tampoco pretendían ofenderte al decírtelo.

—Pues que se lo hubiesen ahorrado. Menudas amigas están hechas.

—Mira, tú y yo sabemos que no eres así. Y por otra parte, todo el mundo tiene una parte superficial —agregó—. Vivimos en una sociedad donde el éxito se mide en parámetros de dinero, belleza y poder..., por no hablar de sexo. Lo que de verdad importa, en mi opinión, no es si somos superficiales o no, sino que no nos dejemos guiar por dicha superficialidad. Y tú no lo haces, así que tranquila. Independientemente de lo que piensen Rebecca y Olga, lo cierto es que eres una buena persona y una buena amiga. ¡Qué coño, eres un tesoro! —exclamó medio en broma, lo que hizo reír a Suze.

—Uno de estos días debería contratarte como mi motivadora personal. ¿Qué haría yo si no te tuviese para decirme estas cosas?

—Seguramente continuarías cabreada y puede que decidieses ser mezquina y egoísta y nunca perdonases a tus amigas.

—Que les den —resopló—. La vida es demasiado corta para amargarse con niñerías.

—Bien dicho. ¿Les dirás, entonces, que aceptamos su invitación a almorzar mañana?

—¿Por qué no? Pero, primero, dame un abrazo —ordenó al tiempo que alzaba el brazo derecho para colocarlo sobre ella.

Meneó la cabeza.

—Tú y tu complejo de Teletubbie —declaró un segundo antes de corresponderla.

Se estrecharon mutuamente durante largos segundos. Luego, volvió cada una a su toalla, y continuaron su día de playa, tan amigas.

## Capítulo 8

**T**ras pasar la noche y buena parte de la mañana juntos, Alicia y Patrick fueron al centro para visitar una exposición de fotografía.

El ambiente dentro del museo de arte local era agradable y fresco gracias a las bondades del aire acondicionado. Dentro de la gran sala de exposición, con sus paredes blancas y su suelo de madera antiguo, la gente se movía con parsimonia, pasando de una obra a otra y comentándolas en un leve murmullo.

Patrick se encontraba, en ese momento, contemplando una de las fotografías: una panorámica nocturna del puerto de Munysporth. Ya había recorrido toda la exposición, y esa obra en concreto le encantaba. Admiraba la forma en que la autora (novel, pero de un talento indiscutible) era capaz de sacar a la luz la belleza de imágenes tan cotidianas. Estaba considerando seriamente el adquirirla...

—Preciosa, ¿verdad? —dijo una voz femenina a sus espaldas—. Laura es una fotógrafa increíble.

Se dio la vuelta y descubrió la delgada figura de Sylvia Ainsley, ataviada con un veraniego vestido color azafrán que combinaba a la perfección con el tono pelirrojo de su pelo.

—Sí, lo es —contestó esbozando una sonrisa de bienvenida.

La mujer lo correspondió; sus ojos grises brillaban con satisfacción. Se acercó hasta él para besarlo en la mejilla.

—¿Qué tal, Patrick?

—Bien, ¿y tú?

—Bien, cansada de la Gran Manzana, pero afortunadamente ya estoy de vacaciones.

—Lista para tu fiesta de cumpleaños, supongo.

—Por supuesto. —Lo miró con interés—. ¿Vendrás?

—Voy a acompañar a una de tus invitadas.

—¿Te refieres a Alicia Tindale? La he visto, hace un momento, hablando con unas amigas. Ya me han dicho que últimamente se te ve mucho con ella —dijo observándolo de forma significativa—. ¿Mi presentación en Nueva York ha dado sus frutos?

—Alicia y yo tenemos una bonita amistad. Ha sido muy generosa al invitarme a pasar las vacaciones con ella.

—Desde luego. —Sylvia se acercó para colocarse a su lado. Contempló la foto—. Esta es mi favorita; el juego de luces y sombras... me fascina.

—A mí también. ¿Has descubierto tú a la fotógrafa? —preguntó con curiosidad.

La mujer asintió.

—Fue pura casualidad. Nos conocimos en la tienda de fotografía donde trabaja; Laura estaba colocando en el escaparate unas fotos de estudio que había hecho, y me quedé encantada al verlas. El resto es historia... Ya sabes que siempre he tenido la ambición de convertirme en mecenas.

—Pues, en esta ocasión, has acertado —la felicitó.

Sylvia sonrió y volvió a mirarlo.

—Se me da bien descubrir talentos. —Enlazó su brazo con el suyo, en un gesto discreto que no tenía nada de casual—. Dime, ¿qué tan comprometido estás con Alicia?

—Estaré con ella hasta que acabe el verano.

—Me alegro. Has de saber que te he echado mucho de menos.

—No seas tonta. Con la vida tan ajetreada que tienes y con toda esa gente a tu alrededor, estoy seguro de que no piensas en mí ni un segundo.

—A veces lo hago —admitió—, lo cual me lleva a pensar que es una auténtica suerte que los dos vayamos a pasar el verano en Munysporth. Me encantaría recibir tus visitas de vez en cuando.

—En un pueblo tan pequeño, es inevitable que nos veamos. Pero no creo que pueda ir a visitarte, ya que estaré ocupado todo el verano.

—Oh, vamos, ¿ni siquiera una escapada? Querido, me rompes el corazón.

Después de todo lo que hecho por ti, ¿no merezco un poco de cortesía por tu parte?

—Sabes que te aprecio, Sylvia. Y siempre es un placer pasar tiempo contigo, pero esta vez no puedo. Alicia...

—Ni siquiera se dará cuenta.

—No. —Meneó la cabeza—. Lo siento, pero sabes que no es así como hago las cosas.

—Puedo darte incentivos —lo tentó.

—Gracias, pero no. En esta ocasión, no puedo. No insistas, por favor.

Desvió su atención, de nuevo, hacia la fotografía, dando el tema por zanjado. Sylvia se lo quedó mirando y pudo ver, por el rabillo del ojo, un rictus de disgusto aparecer en sus labios.

—Sabes que no estoy acostumbrada a que me rechacen, ¿verdad?

—No es que no quiera estar contigo. —Suspiró y volvió a mirarla—. Podemos vernos más adelante, si quieres, cuando ambos regresemos a Nueva York.

—Por supuesto.

La mujer se giró para seguir mirando la fotografía, como si nada. Él hizo lo mismo, esperando no haberla ofendido. Pocos segundos después, sintió que ella se desprendía con desgana de su brazo

—¿Sabes? Será una pena que no podamos vernos mientras estés en Munysporth. Podría aprovechar la ocasión para darte algo que tengo y que te pertenece.

—¿A mí? —inquirió volviéndose contrariado a mirarla.

—Lo descubrí hace meses, en mi casa. —Sonrió—. Fue un hallazgo totalmente inesperado.

Sus palabras le hicieron fruncir el ceño.

—No entiendo a qué te refieres.

—¿Alguna vez te has fijado en ese precioso bajorrelieve que decora el cabecero de mi cama?

—Sí.

—Es falso —aclaró—, oculta una pequeña caja fuerte donde guardo mis

joyas más preciadas. Y verás, el caso es que hace unos meses, revisando las grabaciones de video de la cámara de seguridad...

—¿¡Tienes una cámara de seguridad en tu cuarto!?

—Por supuesto, y enfoca directamente hacia la cama. ¿Crees que, con semejante tesoro oculto en el cabecero, no es pertinente tener algo de seguridad?

—Sí, claro...

—El caso —lo interrumpió— es que, revisando las grabaciones, encontré una muy interesante, contigo como protagonista. Eran tú y Dianne Coye, de hecho. Sabía que acabaría cayendo contigo. —Rio divertida—. Te comía con los ojos la primera vez que te vio. ¿Estuvisteis juntos mucho tiempo?

—Unos meses —respondió incómodo—. Sylvia...

—No sé qué hacer con la grabación. Soy consciente de que, por su contenido, es mi deber como ciudadana entregarla a la policía. —Él se puso pálido al oírla—. Pero no quiero perjudicarte, por eso tengo interés en devolvértela. ¿No sería horrible que te detuviesen a causa de ella? Te meterían en la cárcel, querido. Tendrías una ficha con antecedentes, te verías obligado a convivir día y noche con los reclusos y, para cuando salieses de allí..., ¿quién iría a contratarte, a no ser que fuera por una cuestión de morbo? Ya sabes, esas mujeres que se pirran por los expresidarios. La verdad, no quiero ni imaginármelo. ¿Y si tu madre se llegase a enterar?

—Sylvia, tienes que devolverme esa grabación —le pidió, casi suplicó—. Por favor.

—Lo haría, pero lamentablemente no tenemos tiempo porque tú y yo no vamos a poder vernos, ¿cierto?

La observó impotente. Ella le sostuvo la mirada, en espera de su respuesta. Sabía que estaba jugando con él, utilizando su mejor baza para conseguir lo que quería... y, por desgracia, lo tenía bien pillado. No podría librarse de aquello sin ceder.

—¿Qué es lo que quieres? —inquirió resignado—. Pídelo y te lo daré.

—Aquí no. Reúnete conmigo durante la fiesta del sábado —le indicó—. No va a ser gratis; tendrás que ganártela. —Sonrió—. Vas a tener que mostrarme algunas de las habilidades que pusiste en práctica con Dianne.



—Pero Alicia estará allí...

—Sabrás librarte de ella; estoy segura. No podemos permitir que esa grabación termine en una comisaría. Me imagino el provecho que le sacarían los agentes de Antivicio. Al fin y al cabo, es su trabajo.

Tragó saliva. Sentía como se le licuaban las tripas de solo pensar en las consecuencias.

—Cuando te dé lo que quieres, ¿me entregarás la grabación? ¿Puedes prometerme que no hay copias?

—No necesito una copia: tengo el video grabado en mi memoria —afirmó y acarició su mejilla. Tuvo que hacer un esfuerzo para no apartarse, pues no quería provocarla más—. Ven a verme durante la fiesta, y te la daré si te portas bien. Ahora, si me disculpas...

Lo rodeó y se acercó caminando alegremente hasta un corro cercano de mujeres donde, al parecer, reconoció a alguien. Mientras la veía alejarse, su corazón palpitaba y su estómago se revolvía de miedo. Jamás habría imaginado que podría suceder algo así. No tenía ni idea de lo de la cámara. Había sido idea de Dianne colarse en el dormitorio de Sylvia durante la fiesta, y a él no le había parecido mal. Aquella había sido su cuarta cita, y no había nada de malo en lo que habían hecho...

Pero, si esa grabación salía a la luz, si acababa en manos de la policía, lo hundiría, arruinaría su trabajo y su vida. No solo se trataba de los antecedentes, de quedarse sin empleo o del peligro de tener que pasar por la cárcel; también estaba su madre. Ella vivía feliz en su ignorancia, creyendo que su hijo era modelo en Nueva York. Un descubrimiento semejante le partiría el corazón. ¿Cómo iba a volver a mirarla a la cara después de eso?

No podía permitirlo. Debía hacer cuanto estuviese en su mano para impedirlo.

## Capítulo 9

El sol iba perdiéndose en el horizonte. Apenas se distinguía un arco delgado de luz sobre las aguas, y el cielo se había teñido con los familiares tonos de dorado y ocre.

Suze había vuelto a casa una hora antes para hacer la cena y, como su amiga tenía tendencia a ocupar tiránicamente la cocina mientras cocinaba, ella había preferido quedarse un rato más y disfrutar de la tranquilidad de la playa, desprovista —a esas horas— de la marabunta habitual de turistas y bañistas.

Detuvo sus pasos un momento para contemplar los últimos vestigios de sol, mientras ese era engullido por las aguas del océano. Luego, emprendió la marcha de nuevo y, al hacerlo, a lo lejos vio algo: un hombre sentado en la arena, abrazado a sus propias rodillas. Miraba el horizonte, pero no parecía apreciar la belleza del atardecer. De hecho, su rostro se le antojaba serio, incluso preocupado.

Sintió el repentino impulso de acercarse a preguntar si se encontraba bien, pero de inmediato se dijo que aquello sería absurdo; si aquel desconocido tenía problemas, no iba a compartirlos con ella.

«Será mejor que regrese a casa —pensó—. Suze se enfadará si la dejo esperando para cenar», reflexionó.

Apenas había recorrido doscientos metros del camino que llevaba hasta Tindale House cuando se dio cuenta (viéndolo más de cerca) de que conocía a aquel hombre. Y fue esa comprensión lo que la hizo detenerse en seco.

—¡Patrick! —Se le acercó sorprendida. Él giró la cabeza, reaccionando al sonido de su voz—. Hola, ¿qué haces aquí?

—Nada, me distraigo con las vistas.

Eso era una mentira evidente, pues nadie que observase aquel paisaje lo haría

con tanta indiferencia. Algo debía ocurrirle.

—¿Te importa si me siento contigo un momento? Llevo andando un rato y me duelen un poco los pies.

—Adelante, la playa no es mía.

Patrick volvió a contemplar el horizonte y ella tomó asiento a su lado. Dejó pasar varios minutos sin decir nada, mientras aguardaba a que el joven se decidiese a hablar.

—¿Hay algo que te preocupe? —le preguntó al fin, tomando la iniciativa al ver que él no lo hacía.

—No es nada.

—No tienes que hablar de ello si no quieres. Tú y yo no nos conocemos mucho..., pero puedes contar conmigo si necesitas desahogarte o, simplemente, quieres hablar con alguien.

Él le dedicó una mirada y la expresión de su rostro se suavizó. Aun así, la tristeza que percibía en sus ojos no se disipó.

—Gracias. Me tratas con demasiada consideración, sin conocerme de nada.

—Es que me caes bien. Sospecho que eres algo más que el amante bandido que todos dicen —bromeó.

Patrick estuvo a punto de reír.

—En realidad, tengo poco de bandido y, menos aún, de amante.

—Entonces, coincides conmigo en que eres un hombre normal: con virtudes, defectos y peculiaridades.

—Básicamente.

Esbozó una sonrisa y, por un momento, pareció que el buen humor iba a ganarle la batalla a la apatía. Sin embargo, Patrick se pasó de repente la mano por el pelo en un gesto nervioso y le dirigió una mirada que era, a la vez, acorralada y suplicante. Comprendió que acababa de rebasar sus defensas y que estaba a punto de sincerarse.

—He cometido un error —confesó.

—¿Qué clase de error? —inquirió preocupada.

—Uno que podría llevarme a la cárcel.

Tragó saliva con dificultad, golpeada por la magnitud de sus palabras.

—¿Has... cometido un delito?

—No he hecho daño a nadie. No es más que una tontería, pero me destrozaría la vida si llegara a salir a la luz.

—¿Y cómo podría hacerlo? ¿Acaso alguien más lo sabe?

—Sí.

—Y amenaza con contarlo —dedujo haciendo una mueca al ver su expresión.

Patrick desvió la vista avergonzado.

—A menos que yo le dé algo a cambio.

—¿Cuánto?

—No es cuestión de dinero.

—Entonces, ¿qué quiere esa persona? ¿Quién te está chantajeando?

—No importa quién —se evadió—. Importa que hay una grabación en video y, si la entregaran a la policía, yo podría ir a la cárcel, lo perdería todo. Si mi madre llega a enterarse... —Meneó la cabeza angustiado—. Ella no sabe nada. Es una anciana; el disgusto la destrozaría. Haría lo que fuera por evitar que esto llegase a sus oídos...

—Y con eso cuenta el chantajista —dijo Phoebe afectada por su situación. No era de extrañar que estuviese tan preocupado—. ¿Qué te ha pedido a cambio? ¿Cuál es el precio? Quizás, Alicia...

—No —la interrumpió tajante—. No quiero meter a Alicia en esto. Ella no tiene por qué saberlo. Además, ya te he dicho que no se trata de dinero.

—Entonces, ¿qué es?

—Nada importante, pero debo entregarlo en la fiesta del sábado.

—¿¡La fiesta de los Ainsley!?! —Lo miró sorprendida—. ¿El chantajista estará allí?

—Sí.

—Entonces, es alguien de Munysporth ¿o ha venido aquí de vacaciones?

—¿Qué importa eso?

—Importa mucho porque no es un detalle insignificante que esa persona esté invitada a la fiesta: significa que es un conocido o amigo de los Ainsley. Quizás, podríamos...

Él suspiró abatido. Tras una visible lucha consigo mismo, finalmente confesó.

—El chantajista es Sylvia Ainsley.

—¿¡Sylvia Ainsley!? —Sus ojos se abrieron como platos y lo observó petrificada—. ¿¡Pero cómo!?

—Descubrió la grabación por accidente en su casa; lo sucedido ocurrió allí.

—Y ahora ella pretende que tú... —Frunció el ceño suspicaz—. ¿Qué es lo que quiere exactamente? Por supuesto que no es dinero; no le hace falta. Es una de las personas más ricas del pueblo. ¿Qué pretende que le des a cambio de la grabación?

—Nada importante, ya te lo he dicho. Pero, si se lo doy, me la devolverá y todo esto acabará.

—O podría volver a por más. ¿Qué se lo impide? ¿Te vas a arriesgar? Tiene que haber otra salida —agregó al tiempo que puso su cerebro a trabajar—. Esa mujer no puede salirse con la suya. No es justo que te haga esto.

—No hay otro remedio. Lo he pensado mucho y tiene que ser así. Desairarla no es conveniente: Sylvia no está acostumbrada a que no le den lo que quiere y no le gusta perder. No es peligrosa —aclaró—, pero por despecho sería capaz de perjudicarme.

—Pues no hay que permitírselo. No tiene ningún derecho a hacerte esto, Patrick. Y no deberías consentir que abuse de ti de esa forma.

—No hay nada que podamos hacer para detenerla.

—Verás cómo sí —le aseguró decidida a intervenir—. Dime, ¿la señora Ainsley te ha dicho algo importante acerca de la grabación? ¿Ha hecho copias? ¿Te la ha mostrado?

—No, tan solo me ha dicho que la tiene grabada en la memoria. No es tan tonta como para descubrir sus cartas y decirme dónde está. Pero tranquila, estoy seguro de que no ha hecho ninguna copia.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque la conozco mejor que tú; Sylvia no es una chantajista profesional. Lo que pasa es que me he negado a estar con ella y eso la ha cabreado... Ya te he dicho que no le gusta perder.

—Y ahora te exige sexo a cambio de la grabación o te denunciará y arruinará tu vida. ¿Es eso?

Patrick no contestó, pero sus mejillas se tiñeron de color. Sintió como la indignación la inundaba. ¿¡Quién se creía que era esa mujer!? ¿De verdad estaba dispuesta a enviar a Patrick a la cárcel si se negaba a acostarse con ella? Era sencillamente despreciable, y no pensaba consentirlo. No permitiría que abusase de ese pobre hombre de aquella forma..., mucho menos llevándose por delante a su madre, una anciana inocente que no tenía nada que ver en eso. No, ni hablar.

—Encontraré la forma de ayudarte —le prometió—. Tú déjalo en mis manos; yo me encargo.

Él se la quedó mirando. Había temor en sus ojos, pero también una cierta sorpresa y una inconfundible gratitud.

Al amanecer del día siguiente, tras haber pasado casi toda la noche en vela dándole vueltas, al fin había trazado un plan.

Tenía una corazonada respecto a lo que la señora Ainsley le había dicho a Patrick sobre la grabación: que la tenía grabada en la memoria... Eso le había hecho pensar en el pequeño USB que había encontrado por accidente en la cámara secreta. ¿Por qué alguien guardaría un objeto semejante en un lugar así? ¿Y por qué los monitores de seguridad quedaban justo enfrente de un sofá? ¿Para disfrutar de las vistas, quizás?

Pensándolo bien, Rebecca y su madre eran las únicas que manejaban la clave de acceso a la cámara, lo cual le daba a esa última una casi total privacidad. Y si era lo bastante mañosa, ni siquiera su hija tenía por qué conocer su pequeño secreto.

«Si no estoy equivocada, se le va a acabar el juego muy pronto y para siempre», se dijo mientras entraba en el coche de Suze para poner rumbo a casa de los Ainsley.

Llegaron pasado el mediodía. La propia Rebecca les abrió la puerta y, tras los saludos de rigor, las condujo hasta el comedor, donde las aguardaba el almuerzo. Saludaron a Olga y tomaron asiento para disfrutar de la comida... Pero, antes de ocupar su silla, se excusó y pidió permiso para ir al baño. Ninguna de ellas encontró raro que abandonase el comedor sin desprenderse de su bolso.

Atravesó el vestíbulo tan deprisa como pudo. Sabía que debía ser rápida, pues su excusa no la cubriría por más de diez minutos..., como mucho. La parte buena era que, a esas horas, el resto de la casa estaba completamente desierta; todo el mundo estaba ocupado con su almuerzo (la propia señora Ainsley había salido con su marido para comer con unos amigos, en el club de campo) y la cámara secreta no quedaba muy lejos. Si se daba prisa, podía lograr su objetivo y estar sentada junto a las demás en menos de lo que canta un gallo, degustando su plato y sin levantar la más mínima sospecha.

Alcanzó la sala de música y fue directa hacia el panel. En ese momento, sacó un guante del bolso (por las huellas dactilares) y se lo puso antes de pulsarlo, para dejar a la vista el teclado numérico. Introdujo el código, que todavía recordaba de su última visita, y accedió sin más a la sala, sin preocuparse por las cámaras de seguridad.

En su visita anterior, le había preguntado —por curiosidad— a Rebecca sobre ellas, y la chica le había explicado que solo las mantenían encendidas por seguridad durante la noche, pero que no necesitaban hacerlo durante el día porque ningún ladrón se acercaría a robar a una casa en sus horas de mayor actividad. Tampoco es que la delincuencia fuera el punto fuerte de Munysporth; allí la gente ni siquiera cerraba con llave la puerta de sus casas al caer la noche.

«Es una suerte», pensó mientras se dirigía directa hacia los monitores.

Pulsó sobre la pantalla del pequeño monitor y, mientras esa se elevaba, sacó la *tablet* del bolso y la encendió. El sistema operativo tardó solo unos segundos en estar disponible. Entonces se hizo con la memoria USB, la enchufó en el correspondiente receptáculo, y se dispuso a revisar el contenido.

El primer problema era que no había uno, sino cuatro videos. Los nombres de archivo eran un conjunto de letras mayúsculas sin ningún sentido. Arrugó el entrecejo. No tenía tiempo de revisarlos todos, a no ser que lo hiciese muy rápido. Suponía que podía escoger uno al azar...

«PWDC», leyó para sí; era el nombre del segundo video. «¿Qué significa», se preguntó.

Cuando ya comenzaba a frustrarse, una idea le pasó por la mente. ¿Y si se trataba de iniciales? PW podría ser Patrick Welsh... De forma impulsiva, decidió

probar. Al fin y al cabo, no tenía nada que perder. Desconectó el sonido en el último momento, para evitar que ese pudiese delatarla, y pulsó el botón que daba comienzo a la reproducción del video.

Para su gran alivio, Patrick apareció enseguida en pantalla. Iba acompañado por una atractiva mujer de cabello oscuro, de unos treinta y tantos, embutida en un elegante vestido de fiesta de color gris perla. Ambos se abrazaron y comenzaron a besarse frente a la cama que coronaba el dormitorio de estilo clásico en el que se encontraban. Encontró aquello ligeramente incómodo, mas no delictivo... Aunque, cuando la cosa se puso candente y empezaron a desprenderse prendas de ropa de sus cuerpos, decidió que ya había tenido suficiente.

«Vale, los momentos privados mejor dejarlos para luego», se dijo al tiempo que pulsaba en la grabación para llevar el video hasta el final.

La última escena duraba apenas unos segundos. La mujer —la susodicha DC, según suponía— se acercaba a Patrick para abrazarlo cariñosamente y besar su cuello desde atrás, mientras él esbozaba una sonrisa y terminaba de abotonarse la camisa. Ella le deslizó algo en la mano mientras pronunciaba unas palabras junto a su oído. No pudo ver bien lo que le había entregado, pero parecía una especie de papel blanco...

Él se quedó contemplando su propia mano por unos segundos, con una expresión contrariada en el rostro. Para ese entonces, la mujer ya había abandonado la habitación. Echando un vistazo más de cerca, Phoebe fue capaz de comprobar que, efectivamente, lo que la desconocida le había entregado era un papel doblado. Por la forma y tamaño, podría tratarse de un cheque...

Patrick, apretando los labios, se lo guardó en el bolsillo rápidamente y salió colocándose la chaqueta, sin mirar atrás. El video concluía ahí, justo en el momento en que él abandonaba el plano. Se quedó unos instantes mirando la pantalla en negro, con una sensación extraña en el estómago. ¿De verdad era testigo de lo que sus ojos parecían haber visto? ¿Esa mujer le había pagado a Patrick después de haber mantenido relaciones con él?

«Bueno, en realidad, eso no es asunto mío —pensó irritada—. Yo he venido a ayudar, no a juzgar. No es de mi incumbencia la vida que él lleve o deje de



llevar», reflexionó.

No tenía tiempo para esas tonterías. Debía regresar cuanto antes al comedor si no quería atraer la atención de las chicas.

Dándose toda la prisa que pudo, pasó los videos del USB a su disco duro, los borró de aquel y devolvió el dispositivo a su escondite dentro del monitor. Luego, hizo que la pequeña pantalla descendiese de nuevo, apagó la *tablet* para guardarla en su bolso, junto con el guante. Echando un último vistazo para cerciorarse de que todo estuviera en orden, salió por la puerta y —mientras esa se cerraba a sus espaldas, por inercia— dio un pequeño rodeo para regresar al comedor.

Apenas habían pasado diez minutos desde su marcha cuando volvió a reunirse con las otras en la mesa. Ocupó su asiento con una sonrisa y, tratando de parecer distendida, degustó su plato en compañía de las demás.

## Capítulo 10

Regresaron a casa horas después del almuerzo. Suze se sentó en el sofá, con su ordenador portátil, y ella aprovechó para meterse en su habitación y volver a consultar su *tablet*.

De camino a Tindale House, algo en relación con los videos la había estado carcomiendo y quería cerciorarse de que su suposición fuera acertada. Haciendo uso de unos auriculares, para que nadie más pudiera oír lo que aparecía en las grabaciones, comenzó a revisarlas y al fin pudo corroborar sus sospechas con el video de Patrick... Pero eso no fue todo, porque el resto de las grabaciones la llevaron a revelaciones aún más sorprendentes e inquietantes.

Dudó durante largos minutos, sentada en su cama, sobre qué sería más prudente hacer con el material, y finalmente decidió transferirlo todo (excepto el video de Patrick, que tuvo a bien eliminar para siempre) a su *smartphone*... De esa forma podría usarlo como arma si fuera necesario. Esperaba no tener que hacerlo pero, si las cosas se ponían feas, era mejor tener a mano un seguro con el que pararle los pies a la señora Ainsley. Deseaba que su teoría no se confirmase pero, visto lo visto, estaba casi segura de que aquel asunto iba más allá del chantaje a Patrick, y ella no podía simplemente mirar hacia otro lado y dejarlo estar.

Avisó a Suze de que se iba a dar una vuelta y puso rumbo a la mansión para buscarlo y tratar el tema. Quería comunicarle que ya no tenía nada que temer y que no era necesario que se sometiese a los caprichos de Sylvia Ainsley, ya que la peligrosa grabación había desaparecido. Al mismo tiempo, sentía la necesidad de hablar con alguien de lo que acababa de descubrir, y él era el único con el que podía hacerlo.

Lo buscó primero en la piscina, esperando evitar —de esa manera— que la

viesen y tener que inventarse una excusa para explicar por qué estaba ahí o por qué deseaba hablar con Patrick... Por desgracia, no tuvo suerte: al único que encontró fue a Brian, que en esos momentos estaba limpiando la piscina.

—El señor Welsh abandonó la mansión hace días, señorita Dillan. Ha encontrado alojamiento en el pueblo.

—Oh. ¿Y sabría decirme dónde vive ahora?

El anciano se la quedó mirando. No pudo evitar sentirse incómoda; sus ojos azules parecían juzgarla o, al menos, preguntarse a qué venía ese repentino interés en aquel hombre.

—Me temo que no —contestó finalmente—. Pero, si lo desea, puede preguntarle a la señora Tindale. Ella sabe dónde vive.

—Gracias, eso no será necesario —le dijo y descartó la idea de inmediato. Con levantar suspicacias una vez ya era suficiente—. Gracias por la información, Brian. Hasta luego.

—Adiós, señorita Dillan.

Volvió sobre sus pasos pero, cuando estaba a medio camino de la casita de invitados, se dio cuenta de que no parecería creíble que regresase tan pronto de su paseo. Así que decidió bajar a la playa y volver más tarde a casa.

Habría de esperar a la fiesta para hablar con Patrick. Estaría atenta y, en cuanto pudiera, lo pondría al tanto de las novedades. Era de suma importancia que lo interceptase antes de que Sylvia Ainsley pudiese ponerle sus zarpas encima.

La noche del sábado, Phoebe y Suzanne se prepararon para la ocasión y partieron, en el Nissan de esa última, hacia New Ainsley's Hall.

Apenas unos minutos después de haber salido de casa, ya veían las luces de la mansión desde la distancia. Atravesaron la verja de hierro forjado de la entrada y, tras recorrer el camino de grava que conducía hasta la mansión, giraron para detenerse frente a la puerta principal.

Suzanne le entregó las llaves al aparcacoches, y juntas subieron la escalinata de mármol para cruzar las dobles puertas de la mansión, abiertas de par en par, y acceder al vestíbulo. Allí se dejaron guiar por la música y por el bullicio, que las arrastraron hasta la sala de música.

No habría menos de sesenta personas en aquella estancia, todas ataviadas con esmoquin o con ropa de gala. La sala había sido decorada con sutiles adornos florales, y los ventanales habían sido abiertos de par en par para dejar pasar la agradable brisa de la noche... Algo muy recomendable, en una habitación que no tardaría en estar completamente abarrotada de gente.

Había una mujer sentada al piano, vestida con un elegante vestido negro y tocando una melodía que era transportada por toda la estancia, gracias a unos diminutos altavoces colocados en puntos estratégicos de la misma. En la pared más alejada, había sido dispuesta una barra de bebidas y, tras ella, media docena de camareros —con uniforme y sonrisa profesionales— iban sirviendo a los invitados lo que les pedían.

—Esto está muy animado —dijo Phoebe mientras echaba un vistazo a su alrededor—. Hay mucha gente, y eso que la fiesta apenas acaba de empezar.

—Rebecca no exageraba cuando dijo que el cumpleaños de su madre era una tradición veraniega en Munysporth —declaró Suzanne—. Todos quieren acudir a su fiesta. Ven, vamos a hacernos con algo de ponche.

La rubia arrastró a su amiga consigo, y no tardaron mucho en conseguir sus bebidas. A continuación buscaron un lugar privilegiado junto a uno de los ventanales, desde el que podían observar la fiesta y disfrutar de ella.

Phoebe se puso ojo avizor y pudo localizar, a lo lejos, a la señora Tindale luciendo un precioso vestido largo de satén morado y charlando con un corro de caballeros. Patrick no estaba con ella y, aunque la joven lo buscó incansable, no logró verlo por ningún lado.

Comenzó a sentirse inquieta. ¿Dónde estaría? ¿Había llegado tarde? ¿Estaría él ya reunido con Sylvia? Tal vez debería excusarse y salir a buscarlo...

Estaba a punto de hacerlo cuando sintió que su amiga la aferraba con fuerza del brazo.

—¿Qué ocurre? —preguntó volviéndose a mirarla sorprendida.

—¡Dios mío!

—¿Suced algo? —inquirió comenzando a alarmarse. Su amiga parecía haberse quedado petrificada.

—Phoebe, mira. No puedo creerlo. Es él.

—¿Quién?

—No puede ser.

—Suze, ¿de quién me estás hablando?

—Míralo ahí, junto al ponche... Es increíble.

Phoebe miró en la dirección que su amiga le indicaba. Hablando con el camarero, de pie junto a la ponchera de cristal —llena a rebosar de ponche de frutas—, había un joven de unos veinte años. Era alto y delgado pero fornido. Vestía un esmoquin que realzaba, de manera muy agradable, la anchura de sus hombros y espalda. Su piel era acanelada, con una ristra de pecas que coronaba su respingona nariz. El cabello castaño-rojizo se ondulaba en la parte alta y provocaba algunos rizos en su corto flequillo.

—No está mal. ¿Quién es?

—Es Gerald Fowler. —Suze se volvió a mirarla estupefacta.

—¿Estás segura?

—Claro que sí. Tiene una cicatriz en forma de ocho en la mejilla derecha —le indicó, y Phoebe pudo comprobar que era cierto—. Se la hizo al caerse de un columpio durante el recreo, cuando estábamos en primaria.

—Pobrecillo.

—Le dolió bastante —recordó Suze haciendo una mueca—. Estuvo como una hora llorando. Menos mal que no se rompió nada al caer.

—Pues, la verdad —declaró mirándolo atentamente—, empiezo a preguntarme a dónde han ido a parar las gafas y el pelo de payaso de los que me hablaste.

—No tengo ni idea. Ha cambiado mucho.

—Misterios de la naturaleza —dijo Phoebe encogiéndose de hombros—. ¿Por qué no vas a saludarlo?

—¿Yo? —La miró con una mezcla de extrañeza y alarma—. ¿Y de qué voy a hablarle? Apenas nos conocemos.

—Fuisteis juntos al colegio.

—Él iba dos cursos por detrás de mí; no nos veíamos mucho.

—Bueno, entonces..., no sé, háblale del tiempo.

—¿El tiempo?

—¿¡Qué más da el tema de conversación!?! ¿Tú quieres hablar con él, sí o no?

—Yo... tampoco es que me muera por hacerlo —afirmó adoptando una pose altiva que se vino abajo con una mirada más seria de su amiga—. Pero supongo que cinco minutos no van a matarme, ¿no?

—Cierto. Vamos, ve. —La empujó con suavidad. La rubia echó a andar por inercia y se acercó al joven.

Phoebe la observó por un momento... y, en cuanto se cercioró de que su amiga no la veía, aprovechó la oportunidad para ir en busca de Patrick.

## Capítulo 11

Recorrió todo el salón buscándolo, pero no fue hasta que salió al vestíbulo que pudo verlo al fin. Iba subiendo las escaleras en dirección al piso superior donde, para su desazón, sabía que se hallaban los dormitorios de la casa.

Lo vio doblar la esquina y, dejando su copa de ponche a un lado, fue tras él. Cuando llegó a lo alto y enfiló el pasillo, no vio ni rastro del hombre. Pero no se desesperó porque sabía que debía andar por algún lado; no iba a desvanecerse, sin más, en mitad del pasillo. Teniendo en cuenta que Sylvia Ainsley quería meterlo en su cama, lógicamente lo habría citado en alguno de los dormitorios... La cuestión era descubrir en cuál.

Recorrió el pasillo agudizando el oído. No tuvo suerte hasta llegar casi a la mitad, donde oyó un murmullo que parecía provenir de detrás de la cuarta puerta, que se abría a su izquierda. Tras acercarse lo suficiente para corroborar sus sospechas, descubrió que debía de haber —al menos— dos personas dentro y pudo reconocer la voz de Patrick.

—Déjate de jueguecitos, Sylvia —decía, en ese momento, con tono tenso—. Acabemos de una vez.

—¡Qué poco romántico eres! —se burló la mujer.

Oyó su risa despreocupada, y la idea de que pudiese reír ante una situación semejante hizo que le hirviese la sangre. Sin pensarlo un momento (si la puerta hubiese estado cerrada con llave, la habría atravesado igualmente), abrió la puerta y entró. La cerró a sus espaldas en el preciso momento en que ellos se volvían a mirarla, sorprendidos por su intromisión.

—¡Phoebe! —Patrick se apartó inmediatamente de la señora Ainsley, que estaba de pie frente a él, con ambas manos sobre la pechera de su camisa—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a evitar esto.

—Phoebe, no...

—Escúchame, Patrick. No tienes por qué hacerlo: el video ya no existe. Di con él y lo borraré. No estás obligado a acostarte con ella para que te lo devuelva.

Él la observó sin dar crédito.

—¿Quieres decir que...?

Ella asintió tajante. El rostro de Patrick pasó de la incredulidad al alivio y de ahí a la sonrisa. Sin embargo, Sylvia había escuchado lo mismo que él y se interpuso entre ambos.

—Primero que nada, ¿quién eres tú y qué haces en mi casa? —interrogó ceñuda—. ¿Y qué es eso de que encontraste el video...?

—Me refiero al video con el que estaba chantajeando a Patrick —la enfrentó—. Encontré dónde lo guardaba, lo borraré y tengo el contenido del USB.

La señora Ainsley la miró como si acabase de darle una bofetada. Retrocedió estupefacta.

—¿Tú? Pero... ¿¡cómo pudiste!? —Reaccionó, de pronto, indignada—. ¡El contenido de esa memoria era privado! ¡Y estaba a buen recaudo! ¿Te colaste en mi casa para robarlo? ¡Eso es ilegal!

—¿¡Ilegal!? No me obligue a hablarle de lo que es ilegal, señora Ainsley. El chantaje es ilegal. Amenazar a un hombre con mandarlo a la cárcel y con destruir su vida, si no accede a tener sexo con usted, eso es ilegal. Por no hablar de la ética del asunto...

—Tú no puedes darme lecciones de ética. No eres más que una cría que allanó mi propiedad y me robó algo que era privado.

—¿Y las personas que aparecen en esos videos?, ¿ellos no tienen privacidad? Usted grabó a parejas mientras mantenían relaciones. ¿Le dieron ellos su permiso para hacerlo? ¿Sabían siquiera que había una cámara grabando? Porque Patrick no lo sabía, y puedo imaginar que su acompañante de esa noche tampoco.

—Eso no es asunto tuyo...

—Sylvia, lo que está diciendo ¿es verdad? —preguntó Patrick mirándola incrédulo—. ¿Grabaste a más personas y sin su consentimiento?



—¿Y tú qué!? —Se volvió para atacarlo, traspasándolo con la mirada—. ¿También pretendes darme lecciones? ¡Como si tuvieses derecho! Tú, que te ganas la vida cobrándoles a mujeres ricas a cambio de sexo. No eres más que un *gigolo*...

—¡Alto ahí, señora! —intervino indignada—. No es usted quién para criticar a nadie; esas mujeres pagan gustosamente por el servicio que reciben, y nadie las obliga a hacerlo. ¿Acaso no es usted una de ellas? —añadió—. Hágase un favor a sí misma y ahórrese la hipocresía, ¿quiere?

Sylvia se tragó sus palabras y la observó con el rostro pálido por la rabia, pero la joven no se achantó y le sostuvo la mirada.

—Has ido demasiado lejos —dijo Patrick tras una pausa. La miró consternado, como si no la reconociese—. Entre el chantaje y los videos..., jamás pensé que serías capaz de algo así.

—Guárdate tus sermones. Son ellos los que entran en mi habitación para hacer sus cosas, ¿y crees que les importa si hay una cámara grabando? —se burló—. En cuanto a ti..., no iba a entregar de verdad el video a la policía. Era solo un juego, pero vosotros dos lo habéis estropeado. Pensaba entregarte la grabación cuando acabásemos, y no habría pasado nada.

—Señora, lo que usted hizo no puede calificarse como «nada». ¿Le parece divertido chantajear a la gente?

—Tú no lo entiendes.

—Por supuesto que no porque no es un juego, sino un abuso lo que usted cometió. Se pasó de la raya, perdió totalmente el norte.

—¿Y qué pensáis hacer al respecto, eh? —los desafió mirándolos de uno a otro—. La pareja defensora de la moral ¿qué vais a hacer conmigo? ¿Denunciarme?, ¿delatarme para que todo el mundo sepa la clase de pervertida que soy?

—No eres una pervertida —declaró Patrick mirándola muy serio—, pero hay otras formas de hacer las cosas y tú lo sabes. No tenías por qué comportarte así.

—Lo hice porque puedo. Soy una mujer adulta y puedo hacer lo que me venga en gana. ¿Quién va a quitarme esa potestad?

—Será la última vez que haga usted algo semejante —le aseguró. Sacó el

teléfono de su bolso y se lo enseñó—. Tengo los videos en mi *smartphone*. Y hará usted lo que yo le diga, o me encargaré de que lleguen a la persona indicada.

—Oh, ya veo. ¿Has traído copias, también, para repartirlas entre los invitados?

—No hay copias y tampoco las necesito.

—Pues suerte, entonces, para hacérselos llegar a sus protagonistas y a mi marido. Porque esa es la idea, ¿no? Avergonzarme públicamente.

—La idea es que usted sepa lo que se siente para que no vuelva a hacerlo. Y no, no pienso enviárselos a su marido ni a las personas que aparecen en los videos. —Clavó en ella una mirada implacable—. Si no hace lo que le digo, le enviaré los videos a su hija.

Sylvia perdió todo el color. Se quedó petrificada y retrocedió, como si acabasen de golpearla. Al llegar a la cama, trastabilló y acabó cayendo sentada. Permaneció paralizada allí durante varios segundos. Tanto ella como Patrick la miraron horrorizados.

—Phoebe, no —amonestó el joven—. Rebecca no tiene nada que ver en esto; no puedes hacerle algo así.

—Si metes a mi hija en este asunto...

Los labios de la mujer temblaron, incapaces de formular la amenaza. La traspasaba con la mirada, pero en sus ojos había lágrimas que revelaban que ya había sido derrotada.

—No lo haré, siempre y cuando usted cumpla mis condiciones.

—¡Di de una vez cuáles son! —espetó enojada.

—Primero, dejaré inmediatamente de grabar a los demás sin su permiso y retirará la cámara de su cuarto o, al menos, informará de su existencia para que la gente lo sepa y a nadie lo pille por sorpresa. Segundo, le pedirá perdón a Patrick; es lo mínimo que se merece después de lo que le hizo. Y por último, renunciará a tomar cualquier tipo de represalia contra nosotros o contra cualquiera de nuestros conocidos o amigos, ¿entendido? —Sylvia, avergonzada, asintió y sorbió por la nariz, mientras se limpiaba las lágrimas—. A cambio, yo borraré los videos de mi *smartphone* y jamás nadie sabrá de este asunto. Lo haré

delante de usted para que se quede tranquila y vea que no voy de farol.

—¿Se supone que debo fiarme de ti?

—Puedes hacerlo —declaró Patrick asintiendo con semblante serio.

La mujer se volvió a mirarlo.

—¿Y qué piensas hacer tú? Irás por ahí a contarlo, ¿verdad? No podré volver a contratar a ningún profesional después de esto.

—Ojalá no tuviese que hacerlo. Sabes que siempre ha habido respeto entre los dos, pero lo que hiciste fue algo serio y no puede pasarse por alto. Me temo que tú misma te lo has buscado, Sylvia.

—¿Acepta el trato, señora Ainsley? —la interpeló tras una pausa.

—¿¡Y qué otra cosa puedo hacer!? Si Rebecca viese esos videos, si supiese lo que hice..., no volvería a mirarme a la cara. No perderé a mi hija por esto. Así que, sí, acepto.

—Muy bien.

—Borra esos malditos videos de una vez y largaos los dos de mi casa. No quiero volver a veros.

—No se preocupe por eso. —Tecleó en su teléfono, halló los videos y los seleccionó todos. Giró la pantalla hacia la señora Ainsley y pulsó el botón de borrado para que ella lo viese—. Ahora, cumpla usted con su parte.

Sylvia volvió a mirar a Patrick. Resultó evidente que tuvo que hacer un esfuerzo para disculparse, pero lo hizo.

—Lo siento. Siento haberte hecho pasar por esto; no volverá a ocurrir.

Él simplemente asintió y no le dio más importancia al asunto.

—Vamos, Patrick —dijo ella con el teléfono aún en la mano—. Aquí ya hemos acabado.

Se marcharon juntos, pero antes él se volvió a mirar —por unos segundos— a Sylvia; la mujer había agachado la cabeza y observaba acongojada el suelo. Patrick meneó la cabeza y salió definitivamente de allí.

Unos metros más adelante, mientras caminaban por el pasillo, se animó a preguntarle:

—¿De verdad lo habrías hecho?

—¿El qué?

—Mandarle los videos a Rebecca.

—Claro que no. No tenía ninguna intención de hacerle semejante daño. Era un farol... y, gracias a Dios, funcionó.

Patrick suspiró aliviado.

—Por un momento me diste un buen susto —admitió. Luego, la agarró suavemente del brazo y se detuvieron. Se la quedó mirando como si la viese por primera vez—. No tenía ni idea de que podías ser así.

—¿Así cómo? —preguntó. Temía que fuese a decir: «Cruel».

—Contundente —dijo, en cambio, y lo hizo con admiración—. Dominaste la situación por completo y te enfrentaste a Sylvia de una forma en que no he visto hacerlo a nadie.

—Solo quería pararle los pies. Alguien tenía que hacerlo. La señora Ainsley tiene que entender que no puede abusar de los demás para conseguir lo que quiere..., y mucho menos hacerlo como si fuese un juego. Quería darle una lección.

—Pues se la diste; de eso, que no te quepa la menor duda. Rebecca es su punto débil, y tú fuiste directa a por él.

—No era mi intención ser despiadada.

—No lo fuiste, pero la pusiste en su sitio. Y eso requiere mano firme, además de tacto.

—Sí, soy la mano de hierro en un guante de terciopelo —ironizó y él sonrió.

—Algo así.

—Deberíamos irnos ya —declaró al cabo de un momento—. No quiero quedarme en este lugar ni un segundo más. Iré a buscar a Suze y a ver qué excusa le pongo para que me lleve a casa.

—Puedo hacerlo yo si quieres. Tengo el coche en el aparcamiento.

—¿No has venido con la señora Tindale?

—No, he alquilado mi propio coche mientras esté en el pueblo. —Su rostro adoptó una expresión seria—. Esta noche no tenía intención de quedarme, después de mi reunión con Sylvia, así que convencí a Alicia de que era mejor venir en coches separados.

—Comprendo.

—Así que, ¿quieres que te lleve?

—Si eres tan amable...

—¿Nos despedimos de nuestros respectivos y te veo en diez minutos en el aparcamiento?

—Perfecto. —Asintió.

Echaron a andar de nuevo. Alcanzaron las escaleras y descendieron hasta el rellano, donde tomaron caminos separados.

## Capítulo 12

La noche dio paso lentamente al día, y los dos jóvenes se encontraron caminando juntos hacia el aparcamiento. La fiesta había llegado a su fin y la mayoría de los invitados ya había regresado a casa o estaba en proceso de hacerlo.

El pequeño aparcamiento habilitado en el jardín trasero exhibía un aspecto solitario. Suzanne podría haber esperado, en la puerta principal, a que el aparcacoches le trajese su vehículo, pero prefirió que Gerry Fowler cumpliera con su ofrecimiento de acompañarla.

—Ha sido una fiesta muy divertida, ¿verdad?

—Sí, ha sido una fiesta digna de Sylvia Ainsley.

—Sin embargo —reflexionó extrañada la rubia—, ¿no te ha parecido que Sylvia estaba muy callada durante la celebración? En la cena no habló apenas y la vi seria, casi distraída, mientras conducía la exposición. No parecía tan animada como suele ser habitual.

—Tal vez sean cosas del trabajo —alegó Gerry encogiéndose de hombros—. Hace apenas unos días que está de vacaciones, y he oído que tuvo bastante que hacer en Nueva York con una de sus auditorías.

—Espero que no sea nada grave.

—Seguro que no.

Continuaron caminando y, antes de lo que la chica hubiera deseado, llegaron hasta su Nissan. El vehículo estaba aparcado justo frente a un alto seto, decorado en la cima con una maceta enorme y blanca que contenía unos coloridos geranios en su interior.

Suzanne desbloqueó el coche con la llave electrónica y se apoyó contra la puerta del conductor para poder hablar, cara a cara, con su acompañante. Sentía

nostalgia al pensar que se acercaba el final de su encuentro.

—Me lo he pasado muy bien —confesó.

—Yo también. —Le sonrió y aquel hoyuelo encantador volvió a aparecer en su mejilla. Le daba un aspecto dulce y pícaro, a la vez, y provocaba en la joven el extraño y súbito impulso de besarlo.

«¡Pero, bueno, ¿en qué estás pensando!? —se reprendió la rubia a sí misma—. Vale que ha cambiado para mejor con los años, pero tampoco es para ponerse así. Tú no eres de las que se fijan solo en el físico, ¿recuerdas?», reflexionó.

Por supuesto, y no pensaba empezar ahora. No iba a darles a sus amigas el gusto de tener la razón.

—Será mejor que me marche. —Se incorporó y abrió la puerta para entrar en el coche—. Mañana seguro que no hay quien me levante de la cama.

—Ha sido un placer —dijo Gerry con otra sonrisa que ella prefirió ignorar. Le cerró la puerta como un caballero—. Nos veremos durante el verano.

—Eso espero —deseó sin darse cuenta de que lo hacía.

Encendió el motor y, mientras Gerry se apartaba para dejarla salir, ella maniobró con el vehículo para colocarlo de cara a la salida. Abandonó el aparcamiento tras una última despedida y, al tiempo que se alejaba, no pudo refrenar el impulso de mirar por el espejo retrovisor. Vio como el muchacho la despedía con la mano, y le correspondió por inercia.

La alta figura de Gerry se fue perdiendo poco a poco en la distancia, y Suzanne comenzó a sentirse entonces un poco más tranquila, más dueña de sí misma. Mientras atravesaba la verja de entrada, pulsó el botón de la radio para que la música la acompañase de regreso a casa.

Llegó a la casita de la playa pasada la medianoche, unos quince minutos después de haber dejado a Phoebe a buen recaudo, en Tindale House. En cuanto entró, fue derecho al dormitorio. Se puso el pijama y se metió en la cama..., donde aún seguía despierto dos horas después. No podía dejar de pensar en lo ocurrido.

Le parecía una locura haber visto entrar a Phoebe en la habitación; había creído, por un instante, que estaba sufriendo una alucinación. Luego, había tenido miedo de que las dos se enzarzasen en una pelea por el tema del chantaje,

y ya casi se había visto mediando entre ellas cuando de repente Phoebe reveló que había logrado dar con la grabación y eliminarla. No podía creer su propia fortuna.

*—Fue pura casualidad —le dijo la muchacha mientras abandonaban la mansión de los Ainsley—. Rebecca nos enseñó, hace días, a Suze y a mí la exposición de su madre. Yo vi esos monitores de seguridad y me pareció que había algo extraño dentro de uno de ellos. Me asomé a la pantalla y debí de presionarla sin querer, porque se abrió y ahí estaba el USB. Yo no sabía de qué se trataba y no le di mayor importancia hasta que me hablaste de tu problema. Cuando me dijiste que Sylvia había hablado de tener el video grabado en la memoria, se me encendió la bombilla y decidí probar... Gracias a Dios, tuve suerte.*

Él no lo habría descrito mejor. De no haber sido por la suerte (y por el asombroso valor de Phoebe, que no había escatimado en recursos para ayudarlo), a esas horas aún estaría entre las sábanas con Sylvia, y no por su propia voluntad.

Suspiró decepcionado. En los años que hacía que se conocían, jamás habría dicho que ella sería capaz de algo semejante. Ya sabía que era orgullosa y que no le gustaba perder ni ser rechazada, pero chantajearlo para obligarlo a meterse en su cama...

Había sido un ataque ruin y gratuito, y eso era lo que más le dolía. Entre ellos no había necesidad de esas cosas. Además, Sylvia conocía de sobra su política con las clientas; sabía que, si alguna lo contrataba, él se dedicaba plenamente a ella. Porque le gustaba hacer las cosas como era debido, darle a cada mujer el tiempo requerido para que quedase satisfecha con el servicio. Al fin y al cabo, la dedicación y la atención al detalle eran algo que se esperaba de él, y las clientas pagaban gustosas —y muy generosamente— por ello.

Pero Sylvia se había pasado de la raya, y si no hubiese sido por Phoebe... Tenía que admitir que la joven lo había sorprendido. Nunca habría imaginado que llegaría tan lejos para ayudarlo. No tenía ninguna necesidad de haberlo hecho; apenas se conocían y no se debían nada el uno al otro. Pero ella era una buena persona; eso era evidente. Se sentía conmovido por lo que había hecho por él y, durante el viaje de regreso en coche —en el cual habían estado hablando del tema—, no había podido sino mostrarse agradecido.

Ella había reaccionado restándole importancia y —probablemente alentada



por la confianza que se había establecido entre ellos— le había hablado de su odio hacia los abusones, que estaba motivado por una mala experiencia que había tenido con unas compañeras en el instituto y que había sido la causa de que acabase interesándose por el boxeo. Por esa razón, le confesó, era que había reaccionado de forma tan contundente a su problema con Sylvia.

Saber que había sufrido acoso escolar lo hizo sentir triste y enfadado, a la vez, porque nadie debería pasar por una experiencia semejante. Y en concreto, la idea de que alguien le hiciese daño a Phoebe hacía que se le contrajese el estómago.

Cuando se habían despedido frente a la verja de la mansión, había querido invitarla a tomar algo como agradecimiento, pero Phoebe se había negado alegando que no pensaba consentir que le diese nada a cambio de su ayuda. Aun así, finalmente había logrado sonsacarle una debilidad: los helados de frutas de Dorian's, la pequeña heladería del pueblo. Phoebe adoraba sus productos, y él le había prometido que la invitaría a uno si alguna vez se encontraban por el centro.

Después de eso, se habían dicho adiós, y él se había quedado allí hasta que la verja se cerrara tras ella. Entonces había puesto en marcha el coche y se había ido a casa.

En esos momentos, no podía evitar pensar en cómo las acciones de la joven habían cambiado las cosas entre los dos. Acababa de descubrir en Phoebe a una persona a la que hasta el momento desconocía pero a la que, tras conocerla, juzgaba maravillosa. Una mujer inteligente, valiente y leal, que protegía a los que consideraba vulnerables y se mostraba fiera con sus enemigos, mas nunca cruel. Era un tipo de mujer que le gustaba y con la que se sentía irremisiblemente en deuda.

¡Había que ver las vueltas que daba la vida! Apenas unas semanas antes, Phoebe y él eran dos desconocidos. Y ella era la persona con quien más cómodo y a gusto se sentía en el pueblo. Podían hablar e, incluso, intercambiar confidencias; sabía que podía contar con ella si lo necesitaba. Y a su lado no tenía necesidad de interpretar un papel o de desplegar sus encantos, puesto que no estaba tratando con una de sus clientas.

Suspiró al darse cuenta de que empezaba a sentir afecto por ella.

—Buenos días —saludó Phoebe mientras entraba en la cocina.

Ella estaba sentada en uno de los taburetes, al otro lado del mostrador que hacía las veces de mesa de comedor y que formaba parte del tabique que separaba la cocina del salón. Miró a su amiga con una sonrisa y tomó un sorbo del zumo con el que había acompañado sus huevos revueltos.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

—Sí, ¿y tú?

—Estupendamente. Me lo pasé muy bien en la fiesta.

—Fue bastante entretenida —reconoció Phoebe mientras se movía de aquí para allá, preparándose el desayuno.

—Sin embargo, tú la abandonaste muy pronto —señaló intrigada. Sonrió—. ¿De verdad te dolían tanto los tacones, o fue culpa del príncipe azul que te arrastró anoche hasta casa? Volviste con un chico, ¿no?

—Sí, pero no se trataba de un príncipe, ni me arrastró a ninguna parte —declaró. Se dio la vuelta y se apoyó contra la encimera para mirarla—. Solo fue un buen samaritano que no quiso que tuviese que volver andando. Se ofreció a llevarme y acepté. Nos despedimos en la verja de entrada.

—¿Y ya está?

—Ya está —corroboró encogiéndose de hombros—. Dime, ¿cómo te fue con Gerry?

—Estuvimos hablando hasta que nos fuimos. Es un chico muy amable e inteligente. Fue realmente agradable estar con él. Conoce un montón de temas y recordaba anécdotas de cuando éramos pequeños, de las que yo ni me acordaba. Además, tiene sentido del humor... ¿Qué? —Se detuvo de repente al ver la sonrisa con la que Phoebe la observaba—. ¿Por qué me miras así? ¿Qué pasa?

—Nada. Es solo que hablas de él como si te gustara.

—¡Oh, venga ya! —replicó casi saltando a la defensiva—. No sé de qué estás hablando.

—Estoy hablando de que, en menos de un minuto, has dicho media docena de cosas buenas sobre él... Y ahora te has sonrojado —señaló divertida.

—¡No es verdad! —Se llevó el dorso de la mano a la mejilla y percibió en la piel el calor de un rubor delator.

Miró a su amiga, se sentía como una niña a la que habían descubierto en mitad de una trastada.

—¿¡Cuál es el problema!?! —preguntó Phoebe desconcertada—. Gerry es atractivo y agradable. ¿Qué hay de malo en que te guste?

—Es que antes no me gustaba.

—¿Y? —La observó por un momento y resopló al darse cuenta—. Estás pensando en Rebecca y en Olga, ¿verdad? En que ahora van a decir que ellas tenían razón, porque él ha empezado a gustarte después de su cambio físico.

—No pienso darles esa satisfacción —declaró orgullosa.

—No vas a darles nada —dijo Phoebe, lo que la tranquilizó—. Que Gerry te guste o no, y lo que decidas hacer al respecto, es solo asunto tuyo. Eres dueña de tu vida, Suze. Y no estamos en la época victoriana: no tienes que renunciar a un chico solo por el que dirán. Eso es absurdo.

—Tienes razón. —Suspiró—. Lo cierto es que él me gusta bastante... Los demás pueden decir lo que quieran.

—Así se habla. —Phoebe asintió y se dio la vuelta para seguir con la preparación de su desayuno.

Pinchó con el tenedor un trozo de huevo y se lo llevó a la boca; masticó en silencio mientras meditaba sobre el siguiente paso que quería dar respecto a Gerry.

—Sí, ya estoy mejor —dijo Patrick—. No hay nada de que preocuparse; fue un simple dolor de cabeza. Sí, estaba cansado. —La respuesta de la mujer al otro lado de la línea lo hizo reír—. Sabes que nunca me ha importado que me acapares. De acuerdo, nos vemos mañana, a las siete. Adiós, Alicia.

Colgó y, dejando el teléfono a un lado, volvió a activar el micrófono de su pequeño portátil. Cuando Alicia lo había llamado, estaba manteniendo una conversación por Skype con su amigo Sean, que se encontraba en la ciudad de Nueva York.

—Parece que no quiere dejarte —bromeó risueño el rubio.

—Solo se preocupa por mi estado —replicó restándole importancia—. Anoche estuvimos en una fiesta, y tuve que volver a casa temprano. Le dije que me dolía la cabeza.

—¿Y no era así?

Patrick guardó silencio. Recordar lo sucedido no le resultaba agradable.

—Más o menos.

—¿Cómo que «más o menos»? —Sean frunció el entrecejo y sus bonitos ojos color ámbar lo miraron suspicaces—. ¿Qué fue lo que pasó?

—Tuve problemas con una exclienta.

—¿Qué clase de problemas?

Suspiró.

—Pretendía que estuviese con ella a la par que con Alicia. Le dije que no y se cabreó. Intentó forzar las cosas.

—Le dejarías bien claro que eso no es posible —afirmó enfadado—. Si es una clienta, ya sabrá cómo trabajas.

—Lo sabe..., pero no es de la clase de mujeres a las que les gusta perder.

—Ah, es una de esas. —Hizo una mueca de desaprobación.

—Sí, por desgracia.

—Pues espero que la hayas puesto en su sitio. No puedes permitirte comportamientos de ese tipo. Solo hubiera faltado que hubiera cundido el ejemplo...

—Tranquilo, la cosa no pasó a mayores. Con un poco de ayuda, me pude librar de ella, y ya está todo solucionado.

—¿Y qué o quién fue esa pequeña ayuda? —quiso saber intrigado.

—Quién —aclaró esbozando una sonrisa al pensar en ella—. Es una nueva amiga que he hecho en el pueblo.

Las casi invisibles cejas de Sean se alzaron cómicamente por la sorpresa.

—No me has hablado de eso.

—Hasta ahora no era oficial. Nos hemos tratado un poco, nos caemos bien...

—¿Y quién es? Estás siendo muy misterioso con ella.

—No hay ningún misterio; se trata de Phoebe, la amiga de Suzanne.

—¿¡Suzanne, la hija de Alicia!? ¿La que te echó a patadas de su casa después de haberte acusado de acostarte con su madre?

Patrick asintió. Sean era el único de sus amigos al que había puesto al tanto de todo, ya que conocía la verdad sobre su profesión. Los demás aún seguían

pensando que se dedicaba al modelaje y a la publicidad.

—¿Crees que es sensato? Está demasiado cerca de esa chiquilla...

—Phoebe tiene sus propias ideas —la defendió frunciendo el ceño—. No tiene nada que ver con Suzanne, aunque sean amigas. Ella es distinta.

—«Distinta» —repitió Sean y lo miró con cautela—; esa es una palabra peligrosa para describir a una mujer. Lo sabes, ¿no?

—No es lo que piensas.

—¿No?

—No.

—Más te vale, porque tú y yo sabemos cuál es la situación y por qué no deberías ir demasiado lejos.

—Lo sé perfectamente —replicó irritado—. No tienes que recordármelo; no soy estúpido.

—Por supuesto que no, solo quiero que tengas cuidado —declaró. Y se vio obligado a matizar sus palabras al ver la forma en que él lo miraba—. Ya sé que siempre lo tienes, Patrick, pero no quiero verte meter la pata y que tengas que pagar el pato otra vez. ¿Entiendes?

—Claro que lo entiendo. Y tranquilo, esta ocasión no será como la última vez.

—Eso espero.

Ambos se quedaron en silencio. Rara vez trataban ese episodio de su pasado porque resultaba demasiado doloroso. Solo una vez se había permitido estrechar lazos con una clienta, al principio de haberse establecido por libre en su profesión. Una sola vez había llegado demasiado lejos atreviéndose a soñar con algo más... Y el resultado había sido el abandono, un corazón roto y un mes de hospital, cortesía del marido tras haber descubierto su relación con su esposa.

—¿Y qué me dices de ti y de Fern? —inquirió, al cabo de un momento, para cambiar de tema—. ¿Pudiste hablar con ella?

Sean suspiró y su rostro se volvió serio.

—Sí.

—¿Y? ¿Vais a salir o qué?

—Si te soy sincero —resopló abatido—, creo que, si me pusiera un gorro de

pavo real en la cabeza y le bailara una salsa, a lo Carmen Miranda, podría que me ignorase un poco menos.

Él lo observó entre sorprendido y decepcionado.

—¿No me digas que no conseguiste una cita? Pero si has estado un mes preparándolo.

—Pues no funcionó.

—¿Por qué?

—Y yo qué sé —espetó antes de encogerse de hombros—. Fue amable conmigo y ya está. Nada de flirteo y nada de citas, como siempre.

—Tal vez no esté interesada. ¿Estás seguro de que le gustan los hombres?

—Lo estoy. —Asintió—. Lo que pasa es que es muy tímida... o, a lo mejor, yo no le gusto. No sé, creo que debería dejar de atosigarla.

—¿A hablar con ella dos veces en un mes lo llamas «atosigar»? —inquirió sarcástico.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Mira, haz lo que consideres mejor. —Suspiró—. Si quieres alejarte un poco después de la primera decepción, está bien. Mi consejo es que aproveches el tiempo para madurar vuestra relación; el gimnasio es un buen sitio para acercaros el uno al otro.

—También es el único sitio donde coincidimos.

—Precisamente. Aprovéchalo. Habla con ella, date a conocer... Puede que le guste lo que descubra de ti.

—No sé, no lo veo claro.

—Hazme caso. Lo peor que puede pasar es que quedéis como amigos, y eso no sería ninguna pérdida. Si ella no está interesada, sabes que hay muchas mujeres en Nueva York... Y en tu caso, también muchos hombres. No puedes quejarte de falta de opciones —bromeó.

Sean sonrió.

—Supongo que no.

—Ya me contarás. Ahora tengo que dejarte: mi nevera empieza a vaciarse y voy a tener que ir de compras.

—De acuerdo. Que te vaya bien. Nos vemos otro día.

—Lo mismo digo.

Cortaron la videollamada casi al unísono. Apagó el ordenador y, tras dejarlo todo listo, salió por la puerta rumbo al mercado.

## Capítulo 13

Se detuvo al llegar a las puertas del establo. Tomó aire y, armándose de valor, entró en las caballerizas del club buscando a Gerry.

Lo localizó al fondo, cambiando de sitio unas alpacas de paja. Llevaba su uniforme de color crema, con pantalones cortos y sandalias, y una camiseta de mangas cortas que ya presentaba los primeros círculos de sudor. Cuando el muchacho se detuvo un momento para secarse la frente con la parte baja de la camiseta, dejó al descubierto una sección de vientre plano y lampiño que la hizo tragar con dificultad.

Se le acercó conminándose a sí misma a mantener la calma.

—Hola —saludó con timidez.

Gerry se giró al oír su voz. Durante un instante, pareció sorprendido de verla: se la quedó mirando como si no supiese exactamente qué hacer. Su rostro adoptó enseguida una expresión de cautela.

—Hola.

—¿Trabajando?

—Sí.

Comenzó a apilar, de nuevo, las alpacas como si nada. Ella se acercó unos pasos más.

—Rebecca me dijo que te ocupabas de los establos. Al parecer, vas a ser veterinario; ¿es eso cierto?

—Lo seré dentro de dos años, cuando me gradúe.

—Estás estudiando en Ithaca, ¿verdad?

—Exactamente.

—Yo estudiaba en Nueva York. Acabo de terminar la carrera de higienista dental.



—Me alegro.

El primer intento de romper el hielo no dio resultado. Él no parecía querer poner mucho de su parte.

—Empezaré a buscar trabajo después del verano —continuó en un segundo intento—. Puede que incluso abra mi consultorio aquí.

—Te deseo suerte —declaró indiferente.

Ella apretó los labios.

—¿Te estoy molestando?

—No.

—Si lo hago, puedes decirlo y me marcharé...

—No me molestas —admitió deteniéndose a mirarla un instante—, pero supongo que has venido para algo más que para verme trabajar.

—Pues sí, quería pasar un rato con Nymphadora, mi yegua. Supongo que no sabrás cuál es.

—Cubículo tres. Cinco años. Pura sangre inglesa. Pelaje pardo, crines negras y calcetines blancos en las patas —dijo y la dejó asombrada—. Precioso ejemplar y una excelente corredora.

—Bueno, se supone que ha de serlo, ¿no? —titubeó contrariada—. Como bien has dicho, es un pura sangre.

—También tiene buen carácter. La he montado en un par de ocasiones, y ha sido una experiencia muy agradable.

—¿Has montado a Nymphadora sin mi permiso?

Gerry alzó una ceja, ante su comentario, y la miró con seriedad.

—Todos los que tienen caballos aquí dan su permiso por escrito para que sean montados con regularidad, en caso de que ellos no puedan hacerlo. A los caballos hay que ejercitarlos —afirmó en tono aleccionador—. Y si hablamos de pura sangres, aún más: son animales hechos para correr. No se los puede encerrar entre cuatro paredes y dejarlos que se pudran ahí.

—Yo no he dejado que mi yegua se pudra en ninguna parte. Y si te has encargado de ejercitarla, me parece muy bien.

—Estamos de acuerdo, entonces.

Su tono arrogante la hizo estallar.

—¿¡Por qué eres tan desagradable conmigo!? Anoche fuiste de lo más amable.

—Anoche estábamos en una fiesta y había que socializar.

—¡Oh, claro, ya entiendo! —ironizó—. Y ahora, como estás en un establo, tienes que comportarte como un potro dando patadas, ¿no?

—Perdona si he sido demasiado brusco —se disculpó aunque, por su forma de decirlo, no parecía una disculpa en absoluto.

—Lo has sido, y no entiendo por qué. Lo de la fiesta es solo una excusa; no creas que no me doy cuenta.

—No es que me caigas mal...

—¿Entonces? No lo entiendo. ¿Qué te he hecho para que me trates así?

—¿En serio quieres saberlo? —La observó con fijeza, clavando sus ojos verdes en ella.

—Sí.

—Bueno, el problema que tengo contigo es que te has fijado en mí.

—¿Cómo?

—Ya sabes a qué me refiero. Anoche viniste a buscarme y no te separaste de mí ni un solo instante. Apenas han pasado unas horas desde que nos separamos, y ya has vuelto. Que conste que no me molesta tener tu atención —aclaró—; lo que me molesta es que me la brindes justo ahora.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó cruzándose de brazos.

Gerry apretó los labios. Permaneció en silencio un momento, pues parecía que le costaba decir lo que pensaba.

—Es probable que Rebecca te lo haya contado. Al fin y al cabo, no es ningún secreto.

—¿Te refieres a que, según ella y Olga, has estado enamorado de mí desde primaria? Sí, me lo han dicho. ¿Tienes algún problema con eso?

—No. Simplemente no esperes que dé saltos de alegría y caiga rendido a tus pies solo porque al fin te has dignado a mirarme, después de años sin hacerme ni caso.

—A lo mejor, no te hacía caso porque eres un borde.

—O quizá no lo hacías porque eres demasiado superficial.

Ahogó una exclamación tan indignada como si él la hubiese abofeteado. Sus mejillas se tiñeron de rubor.

—¿¡Cómo te atreves!? ¿De qué me conoces tú para acusarme de algo así?

—Te conozco. No mucho, pero te conozco. Y es fácil darse cuenta de que eres una mujer superficial si se tiene en cuenta que solo te has interesado por mí después de ver como he cambiado físicamente. Hace unos años ni te lo habrías planteado; yo era invisible para ti.

—¿Y qué sabes tú lo que yo me habría planteado o no?

—Me pasé suficientes años detrás de ti como para saberlo.

—Pues estás totalmente equivocado. Si me he fijado en ti es porque anoche me pareciste un joven agradable. Aunque, visto lo visto, está claro que me equivoqué: no eres agradable en absoluto. No eres más que otro gilipollas del montón.

—¿Y qué haces aquí, perdiendo el tiempo en discutir conmigo? Vete a montar a tu yegua.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! Has sido tú quien ha empezado esta discusión.

—No, perdona, has sido tú. Yo estaba trabajando muy tranquilo hasta que llegaste y he sido amable cuando te has dirigido a mí. Tú has querido ahondar en el tema y ahora te molestas. Pues no es culpa mía, señorita.

—Pues deje de preocuparse usted por eso, señor. Ahora mismo voy a salir a cabalgar con Nymphadora y espero que no tengamos que volver a vernos las caras cuando regrese al establo.

—Lo mismo le digo, señorita Tindale.

—¡Imbécil! —le espetó al tiempo que giraba sobre sí misma y se alejaba en dirección al cubículo de su yegua.

—¡Malcriada!

Ella se detuvo un instante. Por un momento, estuvo a punto de regresar sobre sus pasos y poner a ese idiota en su lugar. Pero no había ido hasta allí para tener un enfrentamiento y no pensaba permitir que él la arrastrase a ello. No iba a consentir que le amargase el día, así que hizo acopio de toda su dignidad y siguió caminando para ir al encuentro de Nymphadora.

A sus espaldas, oyó a Gerry resoplar y, a continuación, el ruido que hacían las alpacas al ser apiladas.

## Capítulo 14

El mercado local de Munysporth era un amplio pasillo con puestos de venta a los lados, ubicado en una gran nave industrial que se levantaba a la entrada del pueblo, a unos quince minutos —andando— de la playa. Había un pequeño aparcamiento y un parque infantil en la parte de atrás; junto a una de las salidas, se encontraba una coqueta cafetería hecha enteramente de madera, que se asemejaba a una cabaña tropical y servía a sus clientes bebidas frías y comidas ligeras.

Dejando atrás los puestos de fruta, carne y verduras, Patrick y Phoebe caminaron —cargados con sus bolsas— hasta la cafetería, con la intención de almorzar allí antes de volver a casa. Patrick señaló una de las mesas, ubicada en una esquina del local, y Phoebe asintió. Sus bolsas fueron depositadas en una silla, mientras ellos ocupaban las dos restantes.

Se habían encontrado, una hora antes, frente a un puesto de fruta. Los dos habían escogido el mismo melón para llevar y se habían quedado sorprendidos al encontrarse mano sobre mano. Patrick había cedido el melón caballerosamente y escogido otro; a raíz de eso se había iniciado una conversación mientras se movían entre los puestos del mercado, ya que ambos parecían ir en la misma dirección. Al haber acabado sus compras, cuando hubieron visto que la hora del almuerzo se les había venido encima, Patrick había sugerido la cafetería.

En esos momentos la muchacha se dejó caer en el respaldo de su silla, al tiempo que la camarera se alejaba con su pedido, y observó pensativa a su acompañante. Con aquellos pantalones pesqueros blancos y con su camisa azul oscuro, estaba especialmente favorecido... Aunque eso no era lo importante. Verlo le hacía recordar los sucesos de los últimos días. Pensaba en todo lo que hasta entonces había creído saber sobre él, en lo que había descubierto

recientemente y en lo que habían pasado juntos...

—¿Quieres preguntarme algo? —inquirió Patrick, lo que la sacó de sus pensamientos.

Phoebe lo miró desorientada.

—¿Qué?

—Me estás mirando mucho —señaló antes de inclinarse sobre la mesa, cruzando los brazos, y de proceder a observarla con atención—. Supongo que, después de lo de anoche, tendrás preguntas que hacer.

La chica se quedó callada. Por supuesto que tenía preguntas, más de una, pero no se atrevía a formularlas por respeto; ella no era quién para meterse en su vida.

—Puedes preguntarme lo que quieras —dijo él—. Ya lo sabes todo, has visto el video. Así que, si quieres saber algo más, adelante. Seré sincero contigo.

Phoebe lo miró a los ojos y se sintió agradecida por esa muestra de confianza. Él no tenía por qué hacerlo, pero le estaba dando la oportunidad (y el permiso) de indagar sobre un aspecto de su vida que era personal... y secreto para la mayoría de sus allegados.

Tras una breve indecisión, la joven imitó la postura de su compañero, cubrió la distancia entre ambos, y finalmente reunió el valor para preguntarle:

—¿Cómo acabaste metido en tu profesión?

—Ocurrió mientras estudiaba. Como ya te dije, hacía trabajos de modelaje para pagar mis estudios y conocí a una fotógrafa que me recomendó el trabajo.

—¿Así, sin más?

Patrick tardó un momento en contestar, no se sentía cómodo ante la idea de contarle la verdad completa. Resultaba fácil decirle que su compañera fotógrafa le había recomendado el trabajo, pero no lo era tanto explicarle que lo había hecho después de que se hubieran acostado, cuando se había dado cuenta de que él no formaba parte del negocio como ella pensaba.

¿Cómo encajaría Phoebe que le dijese que se había despertado al día siguiente para descubrir, en la mesilla de noche, un sobre con su nombre y con dos mil dólares dentro? ¿Entendería cómo eso había afectado la autoestima de aquel chico de campo de diecinueve años? ¿Y podría hacerle comprender cómo

se había sentido cuando, tiempo después, se hubo visto obligado a acudir de nuevo a esa mujer y hubo dejado que ella lo llevase —prácticamente de la mano — hasta la primera agencia de acompañantes que lo había contratado?

—Mira. —Suspiró—, ser *escort* es una alternativa y un arte: haces que la gente se sienta bien consigo misma, como si fuesen especiales... A cualquiera le gusta eso, ¿verdad? Para algunos, se trata de una forma de conseguir ingresos extra. En el modelaje, por ejemplo. Es una profesión dura, muy cambiante y pasajera. Depende de la edad, de la belleza, de las modas...; no todos triunfan o pueden vivir de ella. A veces, tienes que buscar otras vías.

—Comprendo. —Asintió. Tras una pausa, añadió—: Entonces, tú llevas bastante tiempo en esto.

—Unos siete años, más o menos.

—¿Y cómo trabajas? Quiero decir... —titubeó. Él la contempló con las cejas alzadas, como esperando a que se explicara—. ¿Cómo funciona? ¿Ofreces tus servicios a través de una agencia, o algo así?

—Ya no, hará unos cinco años que voy por libre.

Phoebe volvió a asentir y se retiró un poco, guardando silencio. Su acompañante podía leer en su rostro todas las preguntas que quería plantearle y no se atrevía. Podía ver su deseo de indagar sobre los motivos que lo habían llevado a escoger su profesión, o sobre si disfrutaba con ella. Pero temía hacer las preguntas, seguramente por si él las consideraba ofensivas y llegaba a pensar que era una entrometida.

El hecho de que le tuviera semejante consideración hizo que Patrick la valorase aún más porque, aunque él mismo le había abierto la puerta, ella seguía siendo cautelosa al entrar, cuidando sus pasos para no hacer daño y respetar el terreno sobre el que se le había permitido pisar.

—Mi trabajo me aporta muchas cosas buenas —declaró queriendo corresponderla con honestidad—. Me permite llevar una vida que, de otra forma, no tendría. Me relaciono con gente interesante, viajo a distintas partes del mundo y aprendo muchas cosas. Por supuesto, no todo es color de rosa. Hay aspectos que pueden resultar desagradables, y no lo voy a negar. Tampoco elegí esta profesión porque me gustase o porque la deseara. —Hizo una pausa y su rostro

no pudo disimular una mueca—. Lo cierto es que necesitaba el dinero para la granja y para las facturas del hospital de mi padre. Aun así, no me arrepiento. — Se reclinó en su silla, sin dejar de mirar a su compañera de mesa—. Este oficio me ayudó en su momento y, actualmente, me permite vivir sin preocupaciones y hacer lo que quiero. No puedo pedir nada mejor que eso.

Phoebe lo entendió. A continuación, le lanzó una mirada preocupada.

—¿Tu padre... llegó a curarse?

—No. El cáncer se lo llevó hace cinco años.

—Lo siento mucho.

—Tranquila. Ya está en paz.

Se quedaron en silencio. La camarera llegó con una bandeja y depositó, frente a cada uno, un generoso vaso largo de té helado, una ensalada para él y un sándwich de pavo para ella. Cuando se marchó, Phoebe alargó la mano y tomó un trago de su bebida. Dejando el vaso —de nuevo— sobre la mesa, le dedicó a Patrick una larga mirada.

—Gracias por ser tan sincero conmigo.

—No es nada. —Esbozó una sonrisa—. Después de lo que hemos pasado juntos, ya me inspiras confianza.

Ella sonrió y su sonrisa lo hizo sentir extrañamente bien. Patrick le deseó buen provecho y, tomando el tenedor, comenzó a dar cuenta de su ensalada mientras la joven le daba el primer bocado a su sándwich.

Phoebe no pudo evitar pensar que, a pesar de la parte desagradable, se alegraba de todo lo sucedido desde que Suze y ella habían llegado a Munysporth. Las circunstancias le habían permitido acercarse a Patrick y descubrir que, más allá de la infame etiqueta de *gigolo*, había un hombre honesto y sensible. Una buena persona que guardaba mucho más en su interior de lo que a simple vista parecía. Se sentía agradecida por haber conocido a alguien que le resultaba tan atractivo como fascinante.

Cuando Rebecca llegó a casa aquella tarde, encontró todo en silencio y creyó que no había nadie. Suspiró mientras dejaba el bolso colgado en el elegante perchero del recibidor. El viaje de ida y vuelta a Nueva York la había dejado agotada, y el intenso calor de julio no ayudaba.



Caminó directa hacia la cocina, pensando en servirse el zumo más frío que hubiese en la nevera, en buscar algún aperitivo que le llenase el estómago hasta la cena y, luego, en ir a cambiarse para darse un buen chapuzón en la piscina...

Al pasar por delante del salón, se detuvo; su madre estaba en el sofá. Su vestido de estampados fucsia y su cabello rubio-pelirrojo se destacaban contra el blanco de la superficie del mueble. Estaba sentada con los brazos cruzados sobre las rodillas y con la mirada fija al frente, perdida.

—¿Mamá? —Se adentró en la sala y se le acercó hasta tocar suavemente su hombro con la mano—. Mamá, ¿estás bien?

Ella reaccionó y se volvió a mirarla, desorientada.

—Beckie. ¿Ya has vuelto?

—Sí. ¿Por qué estás aquí tan sola? ¿Dónde está papá?

Su madre suspiró.

—No lo sé. Estará en el club o en algún otro sitio, con sus amigos.

—¿Habéis discutido? —inquirió. No pudo evitar que se le reflejase la preocupación en la voz.

—No, cielo —respondió y tomó su mano en un gesto instintivo de consuelo. Pero ella no era tonta.

—Mamá, si os habéis peleado...

—No nos hemos peleado. ¿De dónde sacas eso?

—Entonces, ¿por qué estás así?

Su madre frunció el entrecejo.

—¿Así cómo?

—Con la mirada perdida y con la cabeza vete a saber dónde —declaró mientras tomaba asiento junto a ella—. Últimamente estás rara. ¿Qué es lo que te pasa?

—No me pasa nada, cariño. No te preocupes por mí. Dime, ¿todo fue bien en Nueva York?

—Sí, ya me pusieron las vacunas.

—¿Duele mucho?

—Un poco..., pero ya estoy lista para irme a la India —afirmó satisfecha. Su madre apartó la mirada, no había estado de acuerdo con aquello desde el

principio—. Será una gran experiencia, mamá. Voy a trabajar de lo que me gusta, conoceré un país nuevo y ayudaré a la gente...

—¿Cavando pozos en un poblado perdido en la jungla? —Se volvió a mirarla, irritada—. ¿Acaso estudiaste cuatro años de ingeniería para eso?

—Mamá.

—¿Y si te ocurre algo? ¿Y si hay un accidente, te pierdes o te ataca un animal salvaje? ¿Has pensando en ello? Estarías en un país extranjero, a miles de kilómetros de tu familia...

—Llevaré siempre encima una brújula, provisiones y un botiquín —la tranquilizó—. Y en cuanto a los animales salvajes..., sé aikido, ¿recuerdas?

—Beckie, esto no es una broma —amonestó—. Sabes que tu padre tampoco está de acuerdo.

—Papá ya me ha dado su aprobación.

—¡Pues claro que sí! Sabes que es incapaz de negarte algo. ¿No recuerdas lo que ocurrió cuando murió Sr. Chips? Tenías cinco años y te pasaste un mes entero llorando. Para consolarte, él construyó el refugio Beckie Ainsley para Animales Abandonados.

—Fue un homenaje precioso, y sabes lo orgullosa que me siento de colaborar con el centro.

—Lo sé. Y todo eso está muy bien, pero...

Su madre suspiró frustrada. Le dio la espalda, aunque sabía que no estaba enfadada. La rodeó con sus brazos para estrecharla.

—Todo saldrá bien —le aseguró—. Voy a hacer algo bueno, mamá. Se trata de ayudar a otros y de poner mi granito de arena para hacer que el mundo sea un poco mejor.

—Por supuesto. Ya mejoras el mundo para mí todos los días, ¿por qué no ibas a mejorarlo también para otros? —ironizó. De repente, se dio la vuelta y la abrazó con mucha fuerza—. Sabes lo mucho que te quiero, ¿verdad?

—Mamá, ¿qué pasa? —preguntó confusa. Su voz había sonado medio quebrada, y se aferraba a ella como si temiese perderla.

—Hice algo malo, Becky, algo que no debería haber hecho. No era mi intención, pero lo hice. No medí las consecuencias y me arrepiento...

—¿Qué ocurrió? —Se separó de ella y la miró preocupada—. ¿Qué hiciste, mamá? ¿Puedo ayudarte?

—No, cielo. —Sonrió conmovida—. El asunto ya está arreglado, pero no debería haberlo hecho y lo siento mucho. Si pudiese elegir, daría marcha atrás y cambiaría las cosas.

—¿Todo esto es por papá? ¿Vais a divorciaros?

Su madre la miró contrariada.

—¿Qué? ¡No! Tu padre y yo no vamos a divorciarnos, cariño. ¿Quién te ha dicho eso?

—Sé que no os casasteis por amor —confesó—. Todos dicen que papá quería una esposa de sociedad y tú, un marido rico. Os lleváis bien, pero siempre he pensado que permanecíais juntos solo por mí y por el dinero. Aunque hace años que ya no dependes de la fortuna de papá, desde que abriste la auditoría...

—Escúchame bien, Beckie. Da igual lo que la gente diga; tu padre y yo no nos vamos a divorciar —afirmó tajante—. Nuestro matrimonio es demasiado cómodo para ambos, y te tenemos a ti. Jamás te dejaríamos. Tú eres el pegamento que nos mantiene unidos.

—Me gustaría que estuvieseis unidos por algo mejor que un hijo.

—No hay nada en el mundo mejor que tú. Para ninguno de los dos.

Se quedaron mirándose y no pudo evitar sentirse agradecida por el amor de sus padres. Tras una pausa, se animó a hablar de nuevo.

—Eso que has mencionado antes... ¿de verdad no puedes enmendarlo? ¿Le hiciste daño a alguien?

—Me temo que sí. —Suspiró apesadumbrada—. Y no, no puedo enmendarlo. Ojalá pudiese.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque no soy una buena persona —alegó tras una pausa—. No soy perfecta, Beckie.

—Eso ya lo sé, pero yo te quiero tal como eres —musitó y su madre volvió a abrazarla—. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Quédate conmigo —le pidió mientras la estrechaba con fuerza—. Solo quédate conmigo.

Ella correspondió al abrazo e hizo lo que su madre le había dicho: permanecieron unidas durante un largo rato.

## Capítulo 15

—Pero, ¿por qué hiciste eso? —preguntó Rebecca entre sorprendida e irritada.

Estaban sentados en un banco en la parte de atrás de los establos. Ella iba vestida para montar a caballo y él llevaba su uniforme de trabajo; era su hora de descanso.

—Simplemente le dejé las cosas claras —dijo frunciendo el ceño—. Ella reaccionó como una cría. No recordaba que fuese tan arrogante... Pero, claro, cuando eres un tonto enamorado, es difícil ver los defectos de la chica.

—Gerry, basta ya. ¿Qué tienes?, ¿cinco años? Después de tanto tiempo queriéndola a escondidas, ahora, que al fin se acerca a ti, tú vas y la espantas —resopló—. ¿En qué cabeza cabe?

—Yo no pretendía espantarla. Solo quería, como ya he dicho, dejarle las cosas claras. ¿Qué os creéis ella y tú? ¿Pensáis que, solo porque ahora Suzanne se muestre interesada en mí, yo tengo que caer redondo a sus pies como un cachorrillo enamorado?

—Gerry, la quieres desde que tenías siete años. No seas tonto. Por fin has conseguido que se fije en ti.

—No quiero que se fije en mí por esto —replicó mientras se señalaba su cuerpo con un gesto—. Si tan solo quisiera algo rápido con ella, no me importaría. Pero no es así.

—Es que no vas a conseguir nada con ella esgrimiendo esa actitud. Por mucho que duela admitirlo, en este mundo la apariencia es importante. Suze cometió el error de no haber mirado más allá en el pasado; y ahora, que has captado su atención, está en mejor disposición para hacerlo. ¿Es que no te das cuenta?

—Claro. —Bufó, mientras se sacudía las manos para desprenderse de las migajas de su sándwich, antes de tomar su botella de zumo y beber un trago largo de ella—. Y por esa regla de tres, Suzanne se enamorará de mí en cuanto me acueste con ella, ¿no?

—¡No seas burro! —exclamó Rebecca—. Lo que tienes que lograr es que se enamore del estupendo muchacho que eres; lo físico ya vendrá después.

—¿Y cómo pretendes que logre eso si ella solo es capaz de verme por mi apariencia?

—La apariencia es un señuelo —dijo Rebecca frustrada—. No se pueden cazar moscas usando miel en mal estado; hay que darles algo que las atraiga y encargarse de que se queden bien pegadas.

—O sea que ahora Suzanne es una mosca, y luego soy yo el burro. Pues menos mal que eres su amiga, que si no...

—¡Oh, por el amor de Dios, piensa con la cabeza! Has pasado años soñando con esto. Ya has llamado su atención, la tienes justo donde querías. Si fueras más inteligente...

—Soy inteligente.

—Pues no lo parece. —Rebecca lo traspasó con la mirada al tiempo que se colocaba un rebelde mechón pelirrojo detrás de la oreja—. Mira, da igual lo que la haya atraído de ti; el caso es que necesitabas llamar su atención y lo has hecho. Ahora, déjate de prejuicios estúpidos y remata la faena. Es tan fácil como ser tú mismo, Gerry. Suze no podrá resistirse.

—Gracias por tener tanta fe en mí —declaró sarcástico—. Sin embargo, yo no tengo tanta confianza como tú en que Suzanne sucumba tan fácilmente a mis encantos... Aunque, si es tan superficial como parece, entonces lo hará.

Rebecca apretó los labios con disgusto al verlo abatido.

—Tu falta de autoestima es un problema. Pero deberías saber que, en realidad, Suze no es tan superficial como tú crees o como otra gente pueda pensar.

—¡Venga ya, Becca! Tú misma me dijiste que era una superficial y que no se había fijado en mí nunca por eso: porque, con mi aspecto de pardillo, las chicas no veían lo que había debajo.

—Dejaste atrás ese aspecto de pardillo hace tiempo. Y sí, es cierto que Suze es superficial..., pero no lo es más que tú o que yo. Lo que importa es que has logrado que se fije en ti. A partir de ahí, podrás conseguir que se enamore y cumplir tu deseo de estar con ella.

—¿Y si para Suzanne no termino siendo más que un rollo de verano? —inquirió inseguro—. ¿Y si me convierto en un polvo más en su historial?

—Ni que fuera un historial kilométrico.

—Eso no me importa. Con ella quiero algo más que un mero rollo ocasional. Como tú misma has dicho, aspiro a estar con ella... Pero a estar de verdad, no a que esto se acabe en cuanto nos acostemos o en cuanto termine el verano y yo vuelva a la universidad.

—Gerry, eso no lo puedes controlar y lo sabes. Por desgracia, existe esa posibilidad.

—Pues, entonces, no quiero nada.

Rebecca suspiró.

—Mira que eres terco. Tendrías que ser más práctico. Estoy segura de que puedes ser algo más que un simple polvo para Suze. Pienso seriamente que ella podría llegar a enamorarse de ti. ¿Duraría lo vuestro más allá del verano? No lo sé. Quisiera creer que sí, tengo esa esperanza.

—La esperanza por sí sola no resuelve las cosas, Becca.

—Pero te ayuda a ser fuerte —replicó convencida—. Y recuerda que es lo último que se pierde.

—¿Me estás diciendo que me lée la manta a la cabeza?

—Te estoy diciendo que tengas fe en ti mismo y que hagas las cosas como debes..., empezando por disculparte con Suze por haber sido tan grosero con ella.

—Ella también fue grosera conmigo.

—Estoy segura de que no lo fue tanto como tú.

—Te pones de su parte solo porque eres su amiga —se quejó mirándola con el ceño fruncido.

—Solo estoy dándote mi parecer sobre la base de lo que tú mismo me has contado. Es tu versión de la historia, Gerry, no la mía.

Resopló.

—No pienso hacerte caso.

—Lo harás. Sabes que tengo razón.

—Eres una mandona.

—Y tú, un imbécil.

Volvió a resoplar y se bebió el resto de su zumo sin dirigirle la palabra. Becca lo veía todo muy fácil, pero no era así. Además, él no había hecho nada malo; solo le había dicho la verdad a Suzanne, y ella había reaccionado como una energúmena, como la niña malcriada que era.

¿Y su amiga pensaba que era él quien debía disculparse? ¡Ja! Ni en un millón de años.

—De manera que es por eso —dijo Phoebe—. Te has pasado de morros estos días por culpa de ese chico. Pues lo siento mucho, Suze. Te habrás llevado un buen chasco.

Ella resopló. Acababan de terminar de fregar los platos del almuerzo y estaban sentadas en el pequeño porche delantero de la casa, en un cómodo sofá de mimbre. Tras varios días de rumiar el asunto en silencio, al fin había decidido desahogarse con su amiga.

—No sé cómo pude pensar que se trataba de un chico agradable —declaró ceñuda—. No es más que un engreído, un arrogante y un maleducado. Los caballos que cuida tienen mejores modales que él.

—Es una lástima. —Meneó la cabeza. De repente, se la quedó mirando—. ¿Te dijo que el problema era que te habías fijado en él?

—Sí, ¿te lo puedes creer? ¡Y me llamó superficial! —exclamó indignada—. Me dijo que no me pensase que iba a caer rendido a mis pies solo porque, de repente, me había fijado en él porque estaba bueno.

—¿¡Eso te dijo!? —Phoebe alzó las cejas sorprendida.

—Más o menos. Capullo... —resopló.

—Debió de pensar que solo te gustaba por su cuerpo.

—Pero eso no es verdad. Tiene un cuerpazo, sí, y obviamente me he fijado en él. Pero lo que me gustó de Gerry fue su carácter, no su físico; me parecía un muchacho inteligente y muy agradable..., y mira lo que ha resultado ser. —



Bufó.

Se quedaron en silencio, mientras ella rumiaba su enfado y Phoebe parecía meditar al respecto.

—Olga te dijo que Gerry había estado enamorado de ti desde primaria, y tal parece que ese gusto no se le ha pasado, o eso te dijeron Rebecca y Olga.

—¿En qué estás pensando? —inquirió intrigada, volviéndose a mirarla.

—En que, quizás, lo que molestó a Gerry fue que pensó que tú solo lo querías por su cuerpo y no por él mismo; a cualquier persona enamorada le dolería que el objeto de su devoción se fijase en él únicamente por su físico.

—Pues, si piensa eso, es que es gilipollas. Le dije bien claro que había ido a buscarlo porque me había gustado cómo se había comportado conmigo la noche anterior y no porque fuese guapo o estuviese de buen ver.

—Hiciste bien en decírselo, pero parece que él no te creyó.

—Porque es un estúpido.

—Quizás, solo se siente dolido por la posibilidad.

—¿Ahora vas a defenderlo?

—No, pero tal vez te convendría pensar en ello para no cometer el mismo error que él y quedarte en lo superficial.

—Según Gerry, eso es lo que soy. —Resopló ofendida—. Una mujer superficial.

—Ambas sabemos que no es verdad. Y puede que a Gerry le convenga saberlo también.

—Que se preocupe por averiguarlo. Yo no pienso ir a arrastrarme ante él para decirle algo que no quiere creer.

—No tienes que arrastrarte; basta con que se lo demuestres.

—¿Demostrárselo? —La miró escéptica—. ¿Cómo? De todos modos, no merece la pena. Es un estúpido; ya te lo he dicho.

—Pues yo creo que está dolido. Quizá, si hablas con él, pones las cosas en claro y quedáis como amigos...

—¿Amigos? ¿Quieres que quedemos como amigos? Se te va la olla, ¿o qué?

—Suze, escúchame. Sé sensata. Si Gerry llega a conocerte, se dará cuenta de que no eres una mujer superficial. Siendo así y si él sigue enamorado de ti, abrirá

los ojos y dejará de sufrir pensando cosas que no son. Y —señaló al tiempo que elevaba un dedo en el aire— se verá obligado a tragarse sus palabras. Podrías darle una lección si lo consigues.

—¿Una lección? —Entrecerró los ojos mientras lo meditaba. La idea la hizo sonreír—. Sí, eso estaría bien. Sin duda se la merece.

—Solo tienes que hablar con él y hacer las paces; ambos os quitáis un disgusto de encima y tú demuestras tu madurez.

—Y cuando Gerry vea la verdad, tendrá que retractarse.

—Sería lo más justo.

—Bien. —Asintió decidida—. Tienes toda la razón; eso es lo que voy a hacer.

—Demuéstrale que eres capaz de ver más allá de su físico. Quién sabe si no os acabaréis llevando una sorpresa agradable los dos.

—Exacto. ¡Phoebe, eres toda una estratega! —la alabó contenta—. En el ejército no tendrías precio.

Su amiga se echó a reír.

—No es para tanto; solo uso la cabeza de vez en cuando. Además, sabes que no me gusta el ejército: la vida militar no es lo mío.

—¿Y los militares? —interrogó con picardía.

—No me va mucho lo marcial.

—Pues los uniformes no están nada mal.

Phoebe no contestó, aunque las comisuras de sus labios se elevaron ligeramente en respuesta.

Mientras permanecían en silencio en el sofá, disfrutando del tiempo libre antes de irse —como cada tarde— a la playa, se recreó pensando en cuáles iban a ser sus próximos pasos en relación con Gerry y fantaseando con el momento en el que ese abriría finalmente los ojos para darse cuenta de hasta qué punto se había equivocado con ella.

Phoebe tenía razón: debía ser sensata, no dejarse llevar por las emociones y mostrar madurez. Solo así lo conseguiría.

Estaba decidida: iba a darle a Gerald Fowler una lección que no olvidaría.

Su oportunidad llegó justo al día siguiente. Estaba a punto de salir por la

puerta cuando se dio de bruces contra él. Ambos se miraron sorprendidos.

—Hola —dijo Gerry.

—Hola —respondió ella contrariada.

—Yo... pasaba por la zona y decidí hacerte una visita. En tu casa me dijeron que estabas viviendo aquí.

—Sí, así es. Ahora mismo iba a buscarte.

Él la miró sorprendido.

—¿A mí?

—Sí. ¿Por qué no pasas? —Lo invitó franqueándole la entrada.

Gerry titubeó.

—De acuerdo.

Lo hizo pasar al pequeño recibidor, donde le ofreció un refresco que él aceptó; de ahí, pasaron al salón. Tomaron asiento juntos en el sofá, cada uno con una lata de Coca Cola en la mano. Durante los primeros segundos, no hablaron y Gerry se dedicó a observarlo todo a su alrededor, disimulando. Finalmente, la miró a ella.

—Pensé que estarías enfadada —declaró confundido.

—¿Por lo que ocurrió en los establos del club? —inquirió al tiempo que tomaba el primer sorbo de su bebida—. Imagino que has venido por eso.

—Sí, creo que... —Suspiró como si reuniese el valor—. He pensado que es probable que fuese grosero contigo aquel día, y por eso he venido a disculparme.

—Gracias. —Había sinceridad en su rostro y eso la animó a sincerarse también—. Lo cierto es que yo también pensaba disculparme.

—¿En serio? —Su mirada de incredulidad le resultó irritante. Se recordó que debía conservar la compostura, mostrar madurez.

—Creo que fui grosera contigo, y eso no está bien.

—Bueno, en tu defensa podría decirse que yo empecé primero. Creo que mi actitud frente a tu visita no fue la adecuada.

—La mía tampoco. A decir verdad, me comporté como una cría.

—Y yo. Lamento haberte tratado así.

—Yo siento haber respondido de tan mala manera. Debí haber sido más sensata, en vez de haberme dejado llevar por la ofensa.

—Tenías tus razones.

—Para ser justos, tú también tenías las tuyas. Aunque déjame aclararte, una vez más, que te has equivocado conmigo —añadió—. No soy tan superficial como tú crees. Si fui a verte es porque me gustas y no porque te hayas convertido, con los años, en un hombre guapo, sino porque me pareciste un muchacho agradable e inteligente y tenía la intención de conocerte más a fondo.

—¿En qué sentido? —preguntó frunciendo el ceño. Ella lo traspasó con la mirada, y él pareció darse cuenta de su error—. Lo siento, no pretendía...

—En principio —lo interrumpió en un tono calmado pero contundente—, quería conocerte en un sentido personal. No iba a arrojarme a tus brazos si es eso lo que te has imaginado. Puede que yo sea algo superficial, Gerry, pero no soy una furcia. Eso que quede bien claro.

—No quise decir que lo fueras. De hecho, por supuesto que no pienso que lo seas. Yo solo... Me parece que mejor me callo —dijo avergonzado. Ella no podía estar más de acuerdo.

—Terminémonos los refrescos como personas civilizadas y, luego, hablamos —sugirió. Él asintió. Apuraron el contenido de sus respectivas latas en silencio, hasta que ella se animó a hablar nuevamente—. Tenía pensado pedirte que empezásemos de cero. Podríamos olvidarnos de lo ocurrido y quedarnos solo con la parte de la fiesta. ¿Te parece? Así tendríamos la oportunidad de acercarnos de una forma más cordial.

—Hacer borrón y cuenta nueva, quieres decir.

—Exacto. ¿Te parece bien?

—Creo que es lo más sensato.

—Me gustaría demostrarte que no soy la persona que tú crees —afirmó mirándolo con fijeza—. Pienso que podríamos ser amigos y olvidar, de una buena vez, esta tontería de si me gustas por tu personalidad o por tu físico.

—Me parece bien. Estoy dispuesto a intentarlo si tú lo estás.

—Estamos de acuerdo, entonces.

—Sí. Bueno, muchas gracias por la Coca Cola —dijo, tras una pausa, y dejó su lata vacía sobre la mesa para ponerse en pie—. Tengo que irme ya, empiezo a trabajar en media hora.

—Por supuesto. Te acompaño hasta la puerta.

Se despidieron en el umbral, y él se marchó. Ella se quedó observándolo, mientras se alejaba, antes de cerrar definitivamente la puerta y regresar al sofá.

Aquello fue más fácil de lo que había pensado. La sorprendió que él tuviese la misma idea y más aún que fuese capaz de haber ido a buscarla a su casa para presentarle sus disculpas. Todo habría ido bien de no haber sido por esa estúpida pregunta. Pero ¿¡qué se había creído!? ¿Cómo se le había ocurrido soltarle algo así?

«Luego, dirá que soy yo quien va detrás de él —pensó frunciendo el ceño—. Pues le ha faltado tiempo para pensar que lo quiero en mi cama», reflexionó.

Bueno, por esta vez lo dejaría pasar. Pero, si volvía a insinuarle en su cara que era una golfa, tendría que atenerse a las consecuencias.

## Capítulo 16

Un día de mediados de julio, exactamente dos semanas después de que Patrick se había instalado en la casita de la playa, se inauguró el mercado estival de artesanías de Munysporth, el cual ocuparía una de las calles del centro durante una semana entera.

Cuando Patrick fue a visitarlo, a eso de las diez de la mañana, encontró una marabunta de lugareños y turistas moviéndose entre los distintos puestos de venta. Esos eran simples armazones de madera decorados con coloridos toldos y ubicados a ambos lados de la calle, junto a los portales de las casas y las tiendas, con la idea de dejar el centro libre para el tránsito. Dado que se trataba de una calle peatonal, no había otro vehículo para moverse por ella más que los propios pies.

Patrick fue visitando los puestos, esquivando a la gente que encontraba a su paso. Una pareja de asiáticas, turistas sin duda, lo miraron al pasar por su lado. La más joven de ellas se sonrojó, y ambas bajaron la cabeza entre risas. Algo más adelante, una anciana lo señaló y se giró enseguida para hablar con la mujer que la acompañaba. Las mujeres parecían ser de Munysporth, por lo que Patrick no tenía ni que preguntarse de qué estarían cuchicheando. Era algo típico en los pueblos pequeños, aunque a él poco le importaba ser el tema estrella de los cotilleos...

La vio comprando en uno de los puestos, a unos doscientos metros de él. Llevaba unos pantalones cortos de color negro, una bonita blusa amarillo limón con mangas de murciélago y, en los pies, unas sandalias de cuero con la cinta de sujeción entre los dedos. Se había recogido el pelo en un moño alto; todo ello formaba un conjunto muy favorecedor.

La joven se giró y, entonces, lo vio. Lo saludó con una sonrisa; Patrick le

devolvió el gesto y fue a su encuentro. Intercambiaron un saludo y se fijó en la bolsa de cáñamo que ella llevaba colgada al hombro; tenía un dibujo de la playa local, bajo la leyenda «Adoro Munysporth».

—Bonita adquisición.

—Gracias. Es de un par de puestos más atrás; tienen cosas muy chulas. Esto me lo compré como recuerdo.

—La verdad es que el mercado tiene cosas muy interesantes —corroboró Patrick mientras observaba a su alrededor los puestos donde se vendían artículos de cuero, madera, tejidos naturales, cerámica...

—Yo he estado a un paso de llenar la bolsa —confesó Phoebe culpable—. He tenido que parar de comprar porque iba a gastarme todo el dinero y lo necesito para el bus de vuelta.

Patrick sonrió. Echó un vistazo más de cerca y se percató del bonito colgante de madera con forma de tortuga que ella llevaba al cuello y que la había visto comprar en el mismo puesto junto al que se encontraban actualmente. A través de la bolsa de cáñamo abierta, podían verse las suelas de esparto de unas sandalias y algo que parecía un animal hecho de cerámica blanca.

En ese momento Phoebe estaba mirando más allá de él, hacia un puesto con toldo blanco donde se vendían libros con encuadernaciones ilustradas, algunas hechas de piel y cuero. El rostro de la joven compuso una expresión de pesar.

—¿Qué pasa? —preguntó intrigado.

—Nada. —Suspiró—. Iba a comprarme algo más, pero será mejor que no.

—¿Qué querías comprar?

—Ese ejemplar de *El sastre de Gloucester*. —Se lo señaló—. Es precioso; la encuadernación y las ilustraciones son artesanales y las hojas están hechas de papel reciclado.

—¿Te gusta Beatrix Potter?

Phoebe sonrió nostálgica.

—Mi madre me leía sus cuentos cuando era niña. El del sastre era mi favorito.

—No creo que sea demasiado caro.

—En absoluto. El precio es razonable, pero no puedo comprarlo por motivos

prácticos. Necesito coger el autobús, no puedo ir caminando hasta Tindale House, y menos con este calor.

—Y si no fuese por eso, ¿lo comprarías?

—Dejaría mis arcas un poco vacías, pero... sí, lo haría.

—Entonces, cómpralo. Yo puedo llevarte a casa en mi coche, y así te ahorras el bus.

—¿Has venido en coche al centro? —preguntó extrañada.

—No, andando. Mi casa queda a unos veinte minutos.

—Eres muy amable. No quiero ser una molestia.

—Por favor, ¿de verdad crees que me molesta? Prefiero que te compres el libro, ya que tiene tanto valor para ti.

—Bueno, si piensas así... —aceptó—. ¿Quieres acompañarme? Esa zona de puestos es la más interesante.

Él asintió y comenzaron a moverse juntos por el mercado. Tras adquirir el libro, el hombre no podía sentirse más satisfecho viendo la expresión de contento en el rostro de su amiga y la sonrisa con la que esa le dio las gracias.

Las siguientes compras fueron de Patrick, que adquirió una alfombra hecha a mano y un jarrón de cristal tintado de azul que le gustó especialmente. Después de eso, se dirigieron a la casita de la playa. Se acercaba la hora del almuerzo, y Phoebe quería estar en casa para entonces.

Por el camino, pararon en Dorian's y compraron dos helados de frutas del bosque para degustar durante el trayecto, lo cual hizo el paseo aún más delicioso.

—¿Qué tal estás pasando las vacaciones? —preguntó Patrick dando pie a la conversación.

—Bien. He visitado más piscinas aquí que en toda mi vida —bromeó sonriendo divertida.

Él la correspondió.

—¿Suzanne y tú habéis visitado los alrededores? Hay pueblos preciosos en este condado.

—Sí, hemos hecho un par de excursiones: estuvimos en Crown Point y en Elisabethtown. Y Suze ha planeado alquilar una cabaña en Lake Placid para el fin de semana de su cumpleaños.



—¿De veras?

—Sí. La alquilará cerca del lago e invitará a todos sus amigos.

—Te lo vas a pasar de maravilla —vaticinó—. Alicia y yo estuvimos allí hace semanas, y fue fantástico. Aquello es precioso; te va a encantar.

—Eso creo yo también... o, al menos, es lo que todos me han dicho. ¿Y tú qué tal? —añadió—. ¿Cómo es la casita de la playa?

—Ahora mismo vas a verla.

—¿Y en un corto resumen? —pidió interesada.

—Fantástica. —Sonrió. Phoebe no pudo evitar corresponder a su gesto—. Está justo al lado de la playa, con camino privado y a dos pasos del pueblo. Puedo ir andando a todas partes. Y eso sin mencionar las vistas: desde la ventana del dormitorio, se ve la playa y parte del puerto.

—Suenas como el paraíso.

—Lo es.

—Me encantaría vivir en un sitio así.

—Puedes venir a visitarlo cuando quieras. Me viene bien la compañía, especialmente por las tardes.

—Bueno, quizás, un día de estos, te haga una visita.

—¿Te gusta el cine?

—Mucho.

—Pues te advierto que tengo una televisión de plasma y un arsenal de DVD.

—Suenas tentador, pero todo depende de la calidad del arsenal. ¿Tienes estrenos de actualidad?

—Tengo el último grito: *Liberad a Willy*.

Phoebe se detuvo de repente y lo miró con los ojos como platos, un segundo antes de echarse a reír.

—¿Qué pasa? Que sepas que es una joya del cine de los noventa —alegó fingiendo indignación.

—Confieso que nunca llegué a verla —dijo Phoebe una vez que se le pasó la risa.

—¿No?

—No.

—Yo tampoco.

—Entonces, la tenemos pendiente.

—Podemos verla cuando vengas, si te apetece.

—Tal vez dentro de unos días. Llevaré palomitas —prometió.

—Serás bienvenida, entonces.

Cuando llegaron finalmente a la casita, Phoebe se quedó maravillada. Patrick la invitó a entrar y le brindó una rápida gira por el interior. La joven estaba encantada. La casa le parecía mucho más bonita de lo que él le había contado e increíblemente acogedora, con un inconfundible encanto marinero.

Después del recorrido, compartieron un vaso de agua fresca para bajar el helado; luego, subieron al Chrysler gris que estaba aparcado en el patio, y partieron rumbo a Tindale House.

## Capítulo 17

Estaba esperándola en el porche de la casita de invitados cuando llegó.

Suzanne aparcó el coche frente a la casa y salió del vehículo con el entrecejo fruncido. Alicia suspiró, presagiaba la batalla.

Era idea de Patrick que se disculpara; de haber sido por ella, no estaría ahí. Pero él había sabido convencerla con su paciencia y con sus buenas palabras; sin insistir, aunque haciéndole ver —cada vez que era pertinente— que tal vez se había equivocado al haberlo traído con ella a casa y que debería, al menos, hablarlo con Suzanne. Como mujer adulta, tenía que entender los motivos de su hija y, quizás, una conversación entre ellas ayudase a que la joven comprendiese, también, los suyos. Al fin y al cabo, eran familia y solo se tenían la una a la otra. No podían romper lazos por una tontería, no cuando la inminente independencia de Suzanne amenazaba con separar sus caminos para siempre.

Pensándolo bien, tampoco quería estar enfadada con su hija toda la vida. Ya habían pasado semanas desde el altercado: sin duda los ánimos se habrían atemperado. Suzie era terca pero no estúpida, en algún momento tenía que ceder. Nada se perdía por intentarlo...

—Suzie, cariño —saludó y caminó hacia ella cuando vio que la otra no se acercaba—. Necesito hablar contigo.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó irritada.

No pudo evitar apretar ligeramente los labios ante tan agreste recibimiento.

—Quiero hablar. ¿Es que no me has oído cuando te lo he dicho?

—Creo que tú y yo no tenemos nada de que hablar —declaró. Cerró de golpe la puerta del vehículo y echó a andar hacia la casa.

Ella la detuvo agarrándola del brazo.

—Suzie, espera. He venido a disculparme.

Su hija la miró con incredulidad.

—¿A disculparte? ¿Tú?

—Sí, ¿es que crees que no soy capaz?

—Nunca te he visto a hacerlo.

—Pues prepárate para recibir una primicia —afirmó con un deje de sarcasmo. Acto seguido, lanzó una mirada incómoda a su alrededor—. ¿Te importa si entramos? Sería preferible hablar esto en privado.

—Está bien. Aún tengo algo de tiempo hasta que Phoebe vuelva del centro.

Ella asintió conforme, y entraron juntas a la casa.

—¿Te apetece tomar algo? —ofreció Suzie al tiempo que dejaba su bolso en el perchero de la entrada.

—No, gracias. Preferiría hacer lo que he venido a hacer.

—De acuerdo. Sentémonos, entonces. —Le señaló con un gesto el sofá color verde botella que presidía el salón. Ambas tomaron asiento en él, frente a frente—. Bien, soy toda tuya. Dispara.

—Mira, Suzie —dijo tras una pausa—, he estado pensando y creo que, tal vez, haya metido la pata al traer a Patrick a casa. Quería pedirte perdón por el malestar que esto te ha causado.

—Gracias. Tus disculpas son muy oportunas... teniendo en cuenta que hace semanas que ese tío se mudó al pueblo y allí habéis seguido viéndoos. Supongo que no piensas dejarlo.

—No hay nada que dejar. Patrick no es mi novio; ya te lo he dicho. Solo es un amigo al que invité a quedarse durante el verano.

—Te acuestas con él —le reprochó—. Lo vi saliendo de tu habitación, ¿recuerdas? Y por lo tranquilo que parecía, no creo que fuese algo inusual. —Resopló—. No me explico cómo puedes meterlo en la misma cama que compartías con papá...

—Pues tiene una explicación muy sencilla. ¿Tanto te molesta que yo haya encontrado a alguien que me haga compañía de vez en cuando?

—¿Cuánto hace que lo conoces?

—Menos de un año.

—¿Y te lo traes a casa!?

—Solo somos amigos, Suzie.

—Más que amigos, mamá; ese hombre es tu amante.

—Nos hemos acostado cuatro veces en nueve meses, así que de amante nada —replicó molesta—. Un amante es alguien con quien mantienes una relación sentimental o tienes sexo con regularidad, cosa que Patrick y yo no hacemos.

Suzie resopló.

—Ahora me vas a contar tus batallitas sexuales con ese tío. Ni se te ocurra, mamá, te lo advierto.

—No pienso contarte nada de eso; no seas tonta. Lo único que quiero es que lo entiendas y que dejes de condenarme por algo que solo está en tu cabeza.

—¿En mi cabeza? ¿Me estás llamando loca? ¡Esto es increíble! —Bufó.

—No saques las cosas de quicio.

—¿¡Que no las saque de quicio!? Eres tú quien se acuesta con él y, luego, me sales con que no es tu amante...

—Es que no lo es —aseguró exasperada.

—Y para colmo, lo traes aquí —insistió su hija sin escucharla—. Todo el pueblo se ha enterado de lo vuestro, y las habladurías...

—¡A la mierda las habladurías! —estalló mientras se ponía en pie—. ¿Es que eso es lo único que te importa? ¡Ni que estuviésemos en la Edad Media!

—Mamá —la interrumpió con expresión decidida y abandonó, también, su asiento—. Si me importa el qué dirán es porque lo que cuentan sobre ti y sobre ese hombre me da vergüenza. Trayéndolo aquí le estás diciendo al mundo que te has ligado a un jovencito y que lo metes sin ningún pudor en tu casa, en la misma que compartías con tu difunto marido, que era mi padre por si se te ha olvidado.

—No se me ha olvidado. ¿Todo esto es por tu padre?

—¿Acaso podría ser por otra razón?

Apretó los labios disgustada. En esa parte tenía razón.

—Me disculpo por eso, entonces. Lo admito, ¿vale? Metí la pata hasta el fondo.

—Me alegro de que lo reconozcas.

—Yo no pretendía hacerte daño, Suzie. Y tampoco quería avergonzarte ni

manchar la memoria de tu padre. Lo único que deseaba era pasar un verano agradable, en compañía de un amigo que ha estado a mi lado y ha alegrado estos últimos meses de mi vida.

—Mamá, por favor.

—No, escúchame: Patrick y yo no mantenemos ninguna relación más allá de la de amistad. A veces nos acostamos, es cierto, pero nada más. No es ni mi novio ni mi amante, ni me voy a casar con él.

—Pues menos mal. —Resopló aliviada—. Pero si tantas ganas tenías de traerlo contigo, tendrías que haberle buscado algo en el pueblo. Al menos, así no habríais insultado de manera tan flagrante la memoria de papá, y la gente hablaría menos.

—No me importa lo que diga la gente.

—Eso está más que claro. Ni siquiera te ha importado lo que dijese yo, y soy tu hija.

Hizo una mueca al ver reflejada en sus ojos la herida infringida sin querer. No pudo evitar un ramalazo de culpabilidad. Nunca había sido su intención que su hija se sintiese desplazada en su vida.

—He sido muy desconsiderada contigo, lo admito. Te pido perdón.

—Tu tontería con ese hombre nos obligó a mí y a Phoebe a mudarnos aquí —le recordó enfadada.

—Lo sé y lo lamento. ¿Cuántas veces quieres que me disculpe? He venido aquí a pedirte perdón, ¿no? Y sabes que no es algo que haga a menudo.

—¿Y por qué lo has hecho? Espero que sea porque te arrepientes.

—Me arrepiento de haberte hecho daño y admito que, en vista de lo ocurrido, ha sido una estupidez meter a Patrick en casa. Tienes razón: debería haberle buscado algo en el pueblo. Pero eso ya no importa, porque él ya no está en Tindale House.

—Así debería haber sido desde el principio. —Se cruzó de brazos molesta—. De todas formas, ¿qué más da? Vais a seguir viéndoos en su casa...

—Iré a visitarlo siempre que quiera.

—¿Y todavía niegas que sea tu novio?

—No es mi novio. ¿No me escuchas o no lo entiendes? Llevamos una

relación distinta.

—Desde luego —ironizó—. No es tu amante ni tu novio, pero te acuestas con él. Entonces, ¿qué demonios es, mamá?, ¿un *follamigo*?

Sus palabras le hicieron perder la paciencia y parte del color. No había quien pudiese con la cabezonería de esa niña.

—Mira, ¿sabes qué? No iba a decírtelo pero, dado que estás tan susceptible con el tema, tendré que contarte la verdad... Aún a riesgo de que te enfades todavía más. —La miró muy seria—. Patrick es un chico de compañía. Lo he contratado para que me acompañe durante el verano, al igual que lo contraté otras veces mientras estuve en Nueva York.

Suzie, estupefacta, se quedó mirándola.

—¿¡Me estás diciendo... que metiste en casa a un *gigolo*!?

—Es un acompañante —la corrigió—. Y antes de que empieces a soltar barbaridades, déjame decirte que no soy la única mujer de la historia en contratar a uno. Lo hacen muchas y no tiene nada de malo. La propia Sylvia Ainsley, que fue quien nos presentó, ha contratado a Patrick en varias ocasiones y fue ella misma quien me lo recomendó.

—¿Recomendado? ¿Como un plato de *fetuccini*? Mamá, has alquilado a un hombre, no una barca de remos.

—Ya sé lo que he alquilado —replicó molesta por su tono— y puedo asegurarte que, de no ser por ese hombre, yo no estaría ni la mitad de feliz con mi vida de lo que estoy desde que lo conocí.

—¿Y se puede saber qué hay en tu vida que vaya mal? Tienes dinero, familia, tu propia empresa... ¿No es suficiente? Hay mucha gente en el mundo que mataría por estar en tu lugar.

—No si supieran cómo es en realidad. —Suzie, visiblemente sorprendida y herida por su comentario, la observó. Intentó explicarse—. Cielo, entiéndelo: el dinero no es todo. El trabajo es magnífico y dignifica, pero no se puede vivir solo de eso. Al final, ninguna de esas cosas te hace realmente feliz, y llega el momento en que ya no lo soportas. Necesitas airearte...

—Y pagas a un hombre para eso.

Puso mala cara ante el desprecio que captó en sus palabras.

—No lo digas así, haces que suene como algo malo.

—¿No te parece mal pagar por una persona?

—Pago por sus servicios, no por él. No es como contratar a una prostituta en una esquina.

—Pues se le parece mucho.

—No tanto. Lo que pasa es que la idea te escandaliza.

—No creo que sea para menos. ¿Y armaste todo este lío solo porque te sentías sola y frustrada con tu vida?

—Básicamente —admitió tras pensarlo unos segundos.

Su hija resopló y se sentó bruscamente en el sofá, casi dándole la espalda. Sabía lo que eso significaba y trató de evitarlo. La tomó por los hombros y la obligó con suavidad a girarse para mirarla.

—Suzie, trata de entenderlo: tengo cuarenta y siete años, llevo sola desde que murió tu padre, hace ya casi una década. El trabajo me roba el tiempo necesario para buscar pareja, pero no evita que me sienta sola o que necesite compañía y, ¿por qué no? la atención de un hombre de vez en cuando... Ahí es donde entra Patrick —explicó—. Él me da lo que necesito. Y si tengo que pagar por ello, no me importa. El servicio bien merece lo que cuesta. Si no fuese por él, mi vida estaría vacía.

—¿Y yo? Soy tu hija. ¿Yo también formo parte de ese vacío? ¿También lo provocho?

—Cielo, tú eres mi familia. Lo que pasa es que ya no eres una niña; no me necesitas tanto como antes y muy pronto comenzarás una nueva vida, *tu* vida.

—Pero eres mi madre.

—Ya no me necesitas igual que cuando eras pequeña. ¿Crees que no me doy cuenta? Es ley de vida, cariño; nadie puede evitarlo. Ya eres mayor de edad y, en pocas semanas, cobrarás tu herencia y serás totalmente independiente. Dentro de unos meses encontrarás trabajo o montarás tu propia consulta, buscarás tu propio nido y conseguirás una pareja... Espero. Una que sea buena y que te merezca. —La observó con tristeza—. Nuestra relación cambiará aunque sigamos viéndonos.

—Deberías habérmelo dicho antes —le recriminó—. Habría podido



entenderlo, ¿sabes? Y no habrías tenido que traer aquí a ese tío...

—Suzie, lo siento.

—¡Déjame! —se evadió. Se puso nuevamente en pie y se alejó unos pasos para darle la espalda.

—Suzie. —Se levantó del sofá y se colocó frente a ella. Posó en su hombro una mano cariñosa que la muchacha no rechazó—. Cariño, yo te quiero. Lamento haber sido tan egoísta y haberte mantenido al margen, pero tú ya sabes que yo nunca hablo de mis problemas con nadie; me los guardo para mí. No soy buena para pedir permiso y mucho menos para pedir perdón —reconoció—. Pero si te sirve de algo, te pido disculpas por el daño que te he hecho y quiero que sepas que nunca ha sido mi intención. Siento mucho todo lo sucedido. ¿Podrás perdonarme?

—Vete.

—Suzie...

—Vete. Ya hablaremos después.

Suspiró abatida porque ella se resistía a darle otra oportunidad.

—Lo siento mucho, cielo. Lo siento de veras. Espero que puedas perdonarme.

Suzie no contestó, aunque la expresión de su rostro lo decía todo. Retrasó su marcha tanto como pudo mientras esperaba que su hija cambiase de idea y le pidiera que se quedase. Pero eso no sucedió y, al final, no le quedó otro remedio que marcharse.

## Capítulo 18

La mañana del martes 22 de julio amaneció calurosa y despejada.

Con casi treinta grados a la sombra, la familia Ainsley disfrutaba de la tranquilidad del día junto a la piscina. Los señores Ainsley estaban situados a un lado (él, dándose un chapuzón; ella, recostada en una tumbona, embutida en un bonito bikini verde lima y convenientemente resguardada del sol, bajo una sombrilla); al otro estaban su hija y su amiga Olga, tumbadas en sendas toallas, tomando un poco de sol y bebiendo té helado con pajita.

Olga se volvió a mirar a su amiga, quien llevaba casi un cuarto de hora con la vista clavada en su madre.

—¿Te ocurre algo? —preguntó viendo su semblante serio—. No dejas de mirarla. ¿Es que algo va mal? ¿Os habéis peleado?

—No, es que ella está rara. Desde su fiesta de cumpleaños, no ha sido la misma.

—¿Ha tenido problemas?

—Que yo sepa, no.

—Tal vez, ocurrió algo en Nueva York o tuvo algún contratiempo durante la fiesta... O puede que simplemente esté cansada o tenga una crisis existencial; a su edad es normal.

Rebecca se volvió a mirarla al tiempo que dejaba a un lado su té helado.

—¿¡Estás llamando vieja a mi madre!? —exclamó sorprendida.

—¡Claro que no! Tu madre no es vieja. Teniendo en cuenta lo que vive un ser humano en este siglo, se puede decir que está en la flor de la vida.

—Ya, bueno. —Rebecca decidió ignorar el tema. Su amiga tendía a ponerse académica desde que estaba estudiando el máster en Psicología Social. Pensativa volvió a tomar un largo sorbo de su té helado—. El otro día me dijo que había

hecho algo malo.

—¿Algo malo? ¿Como qué?

—No lo sé. Decía que ya estaba solucionado, pero que se arrepentía de haberlo hecho. Estaba muy abatida. —Suspiró preocupada—. Tuve que llevármela al *spa* para que se animara.

—¿Y funcionó?

—Sí, pero aún sigue un poco rara.

—¿Y no tienes idea de qué puede ser?

—No. —Se volvió a mirarla al cabo de un momento—. Le pregunté si iba a dejar a mi padre.

Olga guardó silencio antes de animarse a preguntar.

—¿Y qué te dijo?

—Que no se trataba de eso.

—Pero tú piensas que sí.

—Ya sabes cómo son. Su matrimonio es pura fachada; todo el mundo lo sabe... hasta yo. Siempre he pensado que algún día se divorciarían. —Entristecida giró la cabeza para observar a su madre.

—Tal vez. Pero no pienses en eso. Si tu madre dijo que ya estaba todo solucionado...

—Sea lo que sea, sigue afectándole. —Hizo una mueca—. Algo la reconcome por dentro.

—Quizá solo esté pensando en su vida. Todos tenemos alguna crisis de vez en cuando.

—Mi madre no es de las que sufren crisis —replicó y en su tono se reflejó la admiración—, ella tiene muy claro su camino en la vida.

—Tu madre es humana, Beckie. Tiene sus idas y venidas, como todo el mundo. Dale algo de tiempo —aconsejó—; quizá se anime a contarte lo que le ocurre.

—Ojalá. —Suspiró—. Estoy empezando a preocuparme.

—Relájate. Ya verás cómo pronto se le pasa. Seguro que no es nada.

Rebecca asintió y bebió más té, deseaba que su amiga tuviese razón.

La tarde transcurría tranquila y, mientras lo hacía, ella disfrutaba de su

almuerzo en el que antaño había sido el estudio de su marido y que entonces era el suyo. Un lugar donde solía retirarse a tratar sus asuntos cuando estaba en el pueblo.

En el escritorio frente a ella, descansaban un plato vacío y su portátil, cuya pequeña pantalla mostraba —en esos momentos— el último balance mensual de su empresa. Se reclinó en su sillón de cuero, probó otro bocado de su sándwich de atún, y se olvidó del trabajo por unos segundos. Mientras masticaba, no dejaba de darle vueltas al problema que tenía con su hija.

Había pasado ya una semana desde la última vez que había visto a Suzie. La conversación entre ambas había sido un desastre, y no se sentía orgullosa de lo sucedido; pero había tratado de disculparse con su hija, de todas las maneras posibles, y ya solo le quedaba esperar. Hasta la fecha, había controlado sus ansias de llamarla o de ir a buscarla porque estaba intentando darle su espacio (Suzie tenía mucho carácter y no se la podía presionar), pero el tiempo pasaba y seguía sin obtener respuestas. Empezaba a desesperarse.

Sabía, por el boca a boca del pueblo, que Suzie se pasaba buena parte del día en la playa o en casa de sus amigos. La habían visto en compañía de Gerry Fowler y su grupo, que parecían haberse unido a los amigos de su hija ese verano... Y algunos comentaban que se los veía muy unidos, paseando o charlando por la playa, dando vueltas por el pueblo e incluso en el salón de celebraciones del club, los sábados por la noche.

¿Estaría Suzie manteniendo una relación con ese chico? ¿Tendría eso algo que ver con el hecho de que no se hubiese acercado a hablar con ella todavía?

No le molestaba en absoluto la idea. El hijo de los Fowler tenía buena fama; todos decían que era un muchacho inteligente y formal, que estudiaba Veterinaria en la Facultad de Ithaca y sacaba muy buenas notas. Y ella conocía a sus padres, los cuales —dejando a un lado los defectos conocidos por todos— le caían bien. Tal vez, un joven como él, con un carácter pacífico, pudiese atemperar un poco a su Suzie...

Pero el problema no tenía que ver con Fowler, sino con ella y con el hecho de que su hija era incapaz de perdonarla por lo de Patrick.

Suspiró. Patrick...

Llevaba días sin verlo. Con todos sus problemas y con los asuntos de la empresa, que no podían pasar sin su atención ni siquiera en vacaciones, lo echaba de menos —más que nunca— y estaba deseando poder tener un respiro para ir a visitarlo. En esos momentos necesitaba el hombro de un amigo en el que apoyarse...

El pitido que anunciaba que acababa de recibir un nuevo correo electrónico sonó en su ordenador y la tomó por sorpresa. Dando un último bocado a su sándwich, se secó rápidamente las manos en la servilleta y pulsó el botón correspondiente para que se mostrase en pantalla el susodicho mensaje.

Era un correo de Richard Bowen, vicepresidente de Industrias Tindale, que le escribía desde Nueva York. Al abrirlo, vio el tamaño del texto escrito y volvió a suspirar. Echó mano de su vaso de zumo y se bebió de un trago lo que quedaba, como si fuese *whisky*.

Tenía que dejar todo lo demás a un lado. Su hora de descanso había terminado.

—No puedo creerlo —dijo Suze mientras estaban sentadas en el sofá.

Apagó la televisión, con el mando a distancia, y giró la cabeza para mirar a su amiga; estaba tensa, con los brazos cruzados y con una expresión en la cara que denotaba enfado y dolor al mismo tiempo.

Llevaba varios días taciturna. Casi no hablaba y, aunque Phoebe se lo había preguntado más de una vez, Suze había permanecido muda y no había querido decirle nada... hasta ese momento. Ya sabía ella que solo era cuestión de tiempo y que, tarde o temprano, su amiga arrancararía a hablar.

—¿Qué es lo que te pasa? —inquirió dispuesta a escucharla.

—Es culpa de mi madre —declaró irritada—. Hablé con ella hace una semana.

—¿Cuándo? —La miró sorprendida.

—El miércoles, antes de que tú regresases del mercadillo.

—Ahora lo entiendo todo. —Suspiró—. Dime, ¿qué fue lo que pasó?

—¡Resulta que el tal Patrick es un *gigolo*! —exclamó enfadada y se volvió a mirarla—. Mi madre lo contrató para que pasase con ella el verano. ¿Te lo puedes creer? ¡Un *gigolo*, Phoebe!

—¿Tu madre te dijo eso?

—Sí. Vino aquí a disculparse y empezó a soltarme el rollo de que lo había hecho todo porque se sentía sola e infeliz con su vida. Que su trabajo le restaba mucho tiempo, que necesitaba a un hombre que la atendiese, y ahí era donde entraba su querido Patrick. —Resopló entretanto meneaba la cabeza—. Es un profesional y, por lo visto, la propia Sylvia Ainsley fue quien se lo recomendó. Si Rebecca supiera...

—Pero no sabe nada.

—Claro que no, y yo jamás se lo diré; la avergonzaría. Tiene a su madre en un pedestal... Y Sylvia Ainsley no es una bocazas como mi madre, nunca se le ocurriría decirle a su hija una cosa así. Le importa mucho lo que Rebecca pueda pensar de ella —declaró disgustada.

—Deduzco que vuestra conversación no terminó en perdón. —Suspiró.

—Podría haberlo hecho pero, cuando me contó que había traído a ese tío aquí y que era un *gigolo*, yo...

—Comprendo cómo debiste sentirte.

Suze la observó apretando los labios. Sabiendo la verdad, Phoebe se sentía incapaz de sostenerle la mirada y desvió la vista. Su amiga se dio cuenta y, por desgracia para ella, su cerebro unió los puntos enseguida.

—¿¡Tú lo sabías!? ¿¡Y no me dijiste nada!? ¡Phoebe!

—No te dije nada porque sabía cómo ibas a reaccionar —se defendió y volvió a mirarla—. Ya le tienes demasiada manía a Patrick como para, encima, decirte que es un profesional y que tu madre lo trajo aquí pagando.

—O sea que hablaste con mi madre —dedujo Suzanne—. ¿¡Y te lo contó antes que a mí!? ¿Fuiste tú quien le metió en la cabeza la idea de venir a disculparse?

—Yo no tengo por qué meterle ideas en la cabeza a nadie. Ni siquiera sabía que tu madre había estado aquí.

—Entonces, ¿cómo sabes lo de ese tío? —preguntó desconfiada.

Hizo una mueca. Ya no había remedio; tenía que decírselo.

—Él me lo confesó.

—¿Te lo contó? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Simplemente hablamos.

—Simplemente.

Suze la observó con escepticismo. Ella suspiró, no podía decirle la verdad sobre cómo había descubierto la verdadera razón de la estancia de Patrick en Munysporth; porque, entonces, tendría que revelarle los secretos de Sylvia Ainsley y que se había colado en su cámara secreta, durante su último almuerzo en la mansión, para ver si encontraba las pruebas de su chantaje... Pruebas que, por otra parte, podrían haber enviado al *gigolo* de su madre a la cárcel.

—Mira, sé que lo aborreces, pero Patrick no es el enemigo. Es un buen hombre y, sí, en alguna ocasión hablamos.

—¿Desde cuándo? ¿Es que tú también vas a contratarlo? —Resopló sardónica—. Porque, con lo mucho que parece gustarte, ya es lo último que te falta.

—¡No digas tonterías! Patrick no me gusta y nunca se me ocurriría contratarlo. Solo intento hacerte entender que él no es como tú crees.

—Ya. ¿Y cómo es, abogada defensora?

—No me llames así.

—¿Cómo quieres que te llame si no haces más que defenderlo? Tal vez, te guste tanto como a mi madre. ¿Tú también vas a acostarte con él?

—Suze, te estás pasando —le advirtió—. Si quieres enfadarte con tu madre por haber traído a Patrick o escandalizarte porque él es un profesional, adelante, estás en todo tu derecho. Pero, si yo te digo que no es el sinvergüenza que tú crees, al menos podrías darme el beneficio de la duda, en vez de ponerte a decir tonterías como esa. Que sepas que es infantil y carece totalmente de fundamento.

Su amiga se la quedó mirando por un largo momento, sin decir nada.

—Muy bien, de acuerdo. No volveré a decir nada al respecto, pero no me fío de ese hombre y tú tampoco deberías hacerlo.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Hubo una pausa en la que ambas guardaron silencio, pero luego Suze volvió a la carga.

—No entiendo cómo mi madre ha podido encapricharse con él.

—No se ha encaprichado, solo lo ha contratado.

—Eso es peor. Ahora resulta que mi madre no se siente feliz con todo lo que tiene en la vida. ¡Ni que le faltase algo!

—Es evidente que le falta. —La miró con seriedad—. Mucha gente no es feliz con su vida aunque lo tenga todo.

—¿Quieres decir que una empresa, una gran fortuna y una hija no son suficientes? ¿Qué más necesita mi madre para ser feliz?

—Lo que necesitamos todos, supongo: sentirnos útiles, queridos, valorados...

—Y ella no se siente así.

—Obviamente no. De ser así, ¿por qué iba a hacer lo que hizo? Supongo que simplemente necesita a alguien a su lado. Hace siete años que perdió a tu padre y lo amaba mucho. Si desde entonces no ha tenido una relación estable...

—Eso no es excusa para buscarse un *gigolo*.

Suspiró e intentó tener paciencia aunque ya estaba cansada de tanta cabezonería.

—Vamos a dejar el tema, ¿quieres? Será lo mejor.

Suze lo dejó, pero a regañadientes.

—No sé si seré capaz de perdonarla —afirmó ceñuda—. No quiero hacerlo. Lo que ha hecho no tiene perdón.

—No seas tan inflexible. Por muy enfadada que estés con ella y por mucha razón que tengas para estarlo, tu madre ya se ha disculpado y creo que eso debería valer de algo.

—¿De qué? No vino a verme hasta dos semanas después de que ese tío se fuese de casa. Seguro que ahora se siente otra vez sola, y por eso ha pensado en recuperarme.

—¿Y no puede ser simplemente porque te quiere? ¿O porque se arrepiente de haber metido la pata?

—Eso dice ella. Pero, ¿por qué ahora, cuando ha pasado tanto tiempo?

—Porque tu madre es tan testaruda como tú. De tal palo, tal astilla.

—Eso no viene a cuento —replicó molesta—. Mi madre se siente sola y ya está. Únicamente está actuando por su conveniencia.

Meneó la cabeza.



—Piensa lo que quieras, pero para mí las disculpas de tu madre son sinceras. No veo motivos para que te mienta y no creo que vaya a hacerlo solo porque se siente sola. Ya pasó por eso y su respuesta fue contratar a Patrick, no acercarse a ti. Así que, si ahora lo hace, seguramente ha de ser porque se ha dado cuenta de su error y quiere enmendarlo. Tú decides si la perdonas o no, pero pienso que deberías intentar ver las cosas con perspectiva y no dejarte guiar solo por tu enfado y por el resentimiento que ahora sientes hacia ella. Seguro que, con el tiempo, podrás encontrar la manera de perdonarla.

—Ya puede esperar sentada —dijo Suze terca.

Así se dio por zanjado el tema. Su amiga permaneció con la vista al frente; casi con toda seguridad, rumiando sus palabras y sopesando la conveniencia de perdonar a su madre por sus faltas o no.

Sabiendo que no hablaría más, ella se dio la vuelta y encendió de nuevo la televisión. Pasaron el resto de la tarde viéndola.

## Capítulo 19

Entró en los establos a primera hora de la mañana. Cuando llegó, Suzanne ya estaba allí, terminando de atar la cincha al costado de Nymphadora.

—Hola —saludó y, al sonido de su voz, la joven se dio la vuelta.

—Hola. —Sonrió al verlo—. ¿Hoy entras temprano a trabajar?

—He venido a montar un rato; hoy es mi día libre —declaró mientras se acercaba hasta ella.

—Oh, pues yo estaba pensando en dar un paseo por el bosque. ¿Te apetece acompañarme?

—Vale.

Fue a por su montura, que se encontraba unos cubículos más allá. Se trataba de un ejemplar espectacular de Irish Cob, de nombre Yara, cuya estampa recordaba ligeramente a un percherón. Las crines, la cola y el abundante pelo que cubría sus cuatro patas eran de un blanco nívico, mientras que el resto del cuerpo era de un brillante color negro.

La enjaezó con prontitud y, en cuanto Suzanne y él estuvieron listos, se pusieron en marcha.

Escogieron una de las rutas de paseo más largas y se entretuvieron charlando sobre diversos temas, mientras se alejaban cada vez más del edificio principal. La ruta en sí era un sendero de tierra despejado y bien cuidado, con la hierba recortada a lo largo de todo el camino, el cual discurría guarecido a la sombra de los árboles.

Conforme iban llegando al último tramo, ya cercano el mediodía, decidieron hacer una pequeña carrera hasta el claro donde habían acordado detenerse para el almuerzo. La carrera la ganó —obviamente— Nymphadora, pues no en vano Yara, con toda su potencia y velocidad, no era rival para un pura sangre.

Una vez llegaron al claro, desmontaron y ataron sus cabalgaduras a la rama de un roble cercano. Acto seguido, se sentaron a comer a la sombra de ese. Su almuerzo consistía en un sándwich de pollo para Suzanne y en uno vegetal para él, ambos de buen tamaño y cargados con todo tipo de aderezos, además de una botella de zumo para cada uno.

Tras disfrutar de la comida, se relajaron observando el frondoso paisaje a su alrededor.

—Me encanta este sitio —dijo la rubia al cabo de un momento—. Es mi ruta favorita.

—Tienes buen gusto, aunque yo prefiero la ruta de la playa; siendo privada, no hay que preocuparse por importunar a los turistas.

—O porque ellos te importunen a ti —replicó—. Con un caballo como el tuyo, seguro que, por lo menos, los niños se acercan a intentar acariciarlo —bromeó y él sonrió.

—Bueno, no los culpo; Yara es digna de atención —afirmó con orgullo.

Suzanne sonrió y, después de aquello, se quedaron en silencio un momento. Siguieron admirando el paisaje y, conforme pasaba el tiempo, el rostro de Suzanne se fue ensombreciendo. No sabía lo que le pasaba por la cabeza, pero era evidente que se trataba de algo malo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó preocupado.

—Sí, no pasa nada. Solo estaba pensando.

—Pareces disgustada. ¿Algo no va bien?

Ella suspiró. Al cabo de un momento, hizo una mueca y confesó:

—Lo cierto es que no.

—¿Es por tu madre? —inquirió y Suzanne volvió a suspirar—. No quiero meterme donde no me llaman, pero en el pueblo se dice que os habéis peleado a causa de ese joven que se ha traído de Nueva York.

—Sabía que el chisme llegaría lejos. —Chasqueó la lengua.

—Ya sabes cómo es —dijo en tono de disculpa—: en Munysporth, las noticias vuelan.

—Pues tienen razón. —Se giró para mirarlo—. Mi madre y yo nos hemos peleado por culpa de ese hombre. En estos momentos, nuestra relación no es

precisamente buena.

—Lo siento.

—Ella se disculpó conmigo hace poco más de una semana.

—¿Y la perdonaste?

—No. Yo creía que ese hombre era su amante y que lo había traído con ella para meterlo en casa de mi padre. Estaba furiosa por eso..., todavía lo estoy.

—Es comprensible —declaró. La miró con cierta incomodidad, no queriendo ser impertinente—. ¿Es su amante de verdad? Es lo que dicen todos, pero...

—No exactamente —replicó apretando los labios.

—¿A qué te refieres?

—Resulta que el tal Patrick es un chico de compañía; mi madre lo contrató para que la acompañase durante el verano. Al parecer, se conocen desde hace casi un año, y no es la primera vez que contrata sus servicios.

Parpadeó estupefacto.

—¿¡Tu madre contrata *gigolos*!? Increíble. Jamás me había parecido esa clase de mujer.

—Ya no sé si hay una clase de mujer para eso. Según mi madre, esto de los acompañantes es una práctica de lo más común. —Lo miró incómoda—. No se lo digas a Rebecca, pero mi madre me contó que la señora Ainsley también había contratado a Patrick en alguna ocasión y que fue ella quien se lo había recomendado. Incluso los presentó.

—¿¡La señora Ainsley!? Madre mía. ¿Y te lo dijo así, sin más? Tu madre no tiene pelos en la lengua.

—Eso puedo asegurártelo. —Resopló.

—Te habrás sentido fatal.

—Y lo peor es que, según ella, hizo todo esto porque se sentía sola. Al parecer, su vida no la satisface.

—¿Y alquilar un acompañante resuelve el problema?

—Parece que sí. —Suspiró abatida—. Pero lo que más me duele es la manera en que me ha humillado delante de todo el pueblo. Actuó de una forma egoísta y desconsiderada, sin pensar en cómo podía sentirme yo, su hija. Si al menos le hubiese buscado a ese tío un alojamiento en el pueblo...

—La gente habría hablado igual. El escándalo está en que tu madre ha traído consigo a un jovencito que, supuestamente, es su amante y para colmo lo ha metido en vuestra casa, contigo de testigo.

—Es vergonzoso —reconoció Suzanne desviando la vista.

—Pero no es culpa tuya —la consoló. Y sin poderlo evitar, al verla tan afectada, la rodeó con un brazo por los hombros para darle su apoyo—. Tu madre metió la pata. Y entiendo perfectamente cómo te sientes. Mi padre..., de vez en cuando, también lo hace.

En los ojos de Suzanne, pudo ver la comprensión. Todo Munysporth estaba al tanto de los escarceos de su padre en la ciudad, e incluso en los alrededores del pueblo. Había una larga lista de mujeres jóvenes —muchas de ellas apenas mayores que él— a las que le gustaba frecuentar a espaldas de su madre y en cuya compañía decían haberlo visto en más de una ocasión, en diversos locales o en las propias calles de Nueva York.

—Hasta ahora no se le ha ocurrido meter a ninguna en casa, pero ya sabrás que su gusto por las mujeres jóvenes no es ningún secreto.

—¿Cómo aguanta tu madre una cosa así? No quiero ofenderte, pero...

—No me ofendes. A mis padres hace mucho que se les acabó el amor. Mi madre está más que acostumbrada a los gustos de mi padre y ella también busca su propia compañía cuando le apetece. Ambos intentan llevar el asunto con tanta discreción como pueden, aunque eso no impide que todos sepan de qué pie cojea cada uno.

—Lo lamento mucho, Gerry. Debes de pasarlo mal con eso.

—Ya estoy acostumbrado —musitó encogiéndose de hombros—. Con el tiempo aprendes a no darle más importancia de la que en realidad tiene, y así no te haces daño.

Suzanne lo contempló y esa vez había algo distinto en su mirada. Admiración... y algo más, algo que se parecía al reconocimiento.

—Tú y yo tenemos más cosas en común de las que pensaba —afirmó esbozando una sonrisa.

—Bueno, eso no tiene nada de malo —declaró correspondiéndola.

La sonrisa de Suzanne se hizo más presente, e incluso dejó caer su mano

sobre la de él, que aún reposaba en su hombro izquierdo.

—No, no lo tiene —confirmó.

Eran más de las nueve cuando se agotaron las palomitas y, para entonces, *Liberad a Willy* ya había terminado.

Al mirar por la ventana, se dieron cuenta de que se les había hecho de noche. Las vistas más allá de la casita les mostraban una playa de aguas negras y un cielo oscurecido, con una luna en cuarto menguante a la altura del puerto y unas cuantas estrellas que brillaban a su alrededor. Viendo el panorama, Patrick decidió que sería buena idea que ella se quedase a cenar, y Phoebe no puso objeciones.

Prepararon, entre los dos, un exquisito pollo asado, el cual el anfitrión rellenó con limón, sazonó con abundantes especias y embadurnó de mantequilla antes de meterlo en el horno. Mientras tanto, su invitada ejercía de pinche y se ocupaba de preparar las verduras para el acompañamiento. Ambos se movían en buena sincronía por la cocina, charlando e intercambiando sus impresiones sobre la película.

Cuando la cena estuvo preparada, sirvieron los platos con esmero. Él, rociándolos con la medida justa de salsa sobrante del pollo; ella, sin escatimar en las cantidades del acompañamiento. Degustaron la comida en la mesa, que entre los dos habían vestido para la ocasión, y lo hicieron acompañados por una botella de vino tinto. El ambiente era distendido y la cena fue exquisita. Cuando acabó, Phoebe ayudó a Patrick a colocar los platos en el lavavajillas y, luego, regresaron al sofá para una última copa.

—Ha sido una velada fantástica —alabó la joven al tiempo que tomaba el primer sorbo de su copa—. Debo decir que eres un cocinero estupendo; nunca había probado un pollo tan bueno.

—Gracias. Pero no he sido yo solo; tú también has cocinado.

—Yo solo he troceado y braseado unas verduras, no he preparado un pollo entero.

—No me des más puntos de los que merezco. Al fin y al cabo, he contado con la ayuda de mi mejor pinche.

—Si yo soy tu mejor pinche, los demás debieron ser horrendos. —Se rio y él

la secundó. Terminó su copa y la dejó sobre la mesita—. Debería sentirme halagada, supongo.

—Hazlo. Puedo asegurarte que no hay mejor ayudante en la cocina que tú.  
—Le sonrió y Phoebe no pudo evitar corresponderlo.

La joven se preguntó cómo podría alguien resistirse a los efectos que un gesto tan simple provocaba en un rostro tan bello; cuando Patrick sonreía, parecía tan hermoso, tan perfecto... Ese brillo cálido y divertido en sus ojos; la nariz recta, que se fruncía ligeramente; la curvatura perfecta de su boca...

No se dieron cuenta de lo que estaban haciendo hasta que lo hicieron. Patrick se inclinó para besarla mientras abandonaba distraídamente su copa en la mesa. Al principio, fue un beso dulce, que buscaba en ella una respuesta. Y en cuanto la obtuvo, se volvió apasionado por ambas partes.

—Deberíamos subir —dijo él con voz ronca, cuando hicieron una pausa para recuperar el aliento—. Tengo los condones en la mesilla.

—Podemos usar uno de los míos si quieres. Siempre llevo en el bolso.

—De acuerdo.

Phoebe se levantó para ir a buscarlo, regresó al poco y dejó el preservativo sobre la mesita. Aprovecharon, entonces, para terminar de desnudarse mutuamente, mientras intercambiaban besos y caricias. Cuando estuvieron listos, ella se tumbó en el sofá y él se le unió enseguida.

Los labios del hombre abrieron un placentero camino al recorrer el cuerpo de su compañera, haciendo una breve e intensa parada en sus pequeños y redondeados pechos, antes de seguir la senda de su estómago y su ombligo. Jugueteó con su lengua allí, lo que la hizo emitir una mezcla de exclamación y jadeo por el placer y por las cosquillas que le provocaba la caricia.

Phoebe separó las piernas para darle más espacio a su compañero, y ese lo aprovechó para aplicar su cálida boca al interior de sus muslos y acariciarla con los dedos, comenzando por los labios y siguiendo con el clítoris, para terminar finalmente dentro de ella. Era aquel un juego con un doble objetivo: por un lado, complacerla y, por el otro, prepararla para el siguiente paso.

Patrick aguardó hasta sentir que la excitación de la chica le humedecía los dedos y entonces se retiró para ponerse el condón, antes de volver a besarla y

tenderse sobre ella, y se acomodó entre sus piernas para penetrarla.

Mientras se movía en su interior, Phoebe no se quedó quieta y se dedicó a repartir caricias por cada palmo de piel que podía alcanzar con sus manos, al tiempo que sus piernas rodeaban la cintura del hombre en un intento por unir sus cuerpos aún más. Patrick se sentía excitado y alentado por cada una de sus atenciones.

El joven aceleró el ritmo y fue inmediatamente recompensado con un quedo gemido por parte de su compañera, añadido a la deliciosa sensación provocada en su cuerpo por la manera en que el movimiento lo hacía deslizarse dentro y fuera de ella, a un compás que era placentero para ambos y que los acercaba al orgasmo cada vez más.

El clímax llegó de una manera abrupta y casi explosiva. Phoebe dejó escapar un potente gemido y su cuerpo se tensó, al tiempo que Patrick sentía como su húmedo interior se contraía en torno a su miembro, lo atrapaba y lo lanzaba de lleno al placer, hasta el punto de que hubo de ocultar su rostro en el cuello de ella para contener lo que iba a ser un grito de placer.

Durante los segundos de calma posteriores, permanecieron juntos, intentando controlar el ritmo de su respiración. Luego, ambos se movieron para estar más cómodos y quedaron abrazados de costado en el sofá, pues el espacio era insuficiente para los dos y los forzaba a apretujarse un poco... Aunque a ninguno le molestaba eso.

Deseaban el calor y contacto de su compañero. No había mucho que decir ni que pensar. Lo último que querían era separarse el uno del otro.



## Capítulo 20

Cuando despertó a la mañana siguiente, encontró a Phoebe dormida sobre su pecho.

Sonrió al observarla y su mano le acarició el cabello. Era suave y de un precioso negro brillante. Admiró el contraste de su larga melena contra la piel bronceada y la bonita forma que le daba a su rostro; aquella naricilla respingona que tanto le gustaba y su boca de sensuales labios...

Ella fue despertando poco a poco, miró hacia arriba y encontró de lleno su rostro.

—Buenos días —saludó todavía somnoliento.

—Buenos días —lo correspondió. Se irguió hasta quedar sentada en la cama, sin que le preocupase en absoluto su desnudez—. ¿Has dormido bien?

—¿Tú que crees? —inquirió mientras su mano iba por inercia a su cadera y la acariciaba.

Permanecieron unos instantes en silencio, observándose el uno al otro. Los recuerdos de lo sucedido la noche anterior eran vívidos, y no pudo evitar que se le acelerase un poco el corazón al ver el brillo en los ojos de ella y el suave rubor que cubría sus mejillas. Era tan hermosa...

Lo ocurrido entre los dos no había estado planeado. La primera vez había sido pura inercia; la segunda..., bueno, en realidad habían subido al dormitorio para dormir, pero habían terminado haciendo el amor de nuevo y ninguno de ellos sabría decir por qué. Tal vez había sido la oportunidad o la cercanía de la cama. Quizás el hecho de que a él le gustaba la forma en que su camisa se adaptaba a las curvas de ella; o puede que fuera simplemente la atracción que sentían y que los había acercado desde un principio, solapada con la amistad que habían ido desarrollando durante aquellas semanas. No sabían cómo, pero había

ocurrido... y ambos lo habían disfrutado.

Suspiró y se sentó en la cama para colocarse a su altura. La observó con pesar.

—Siento que no podamos repetirlo.

—Yo también, pero ya hemos hablado de esto. Tú tienes una política laboral que cumplir, y yo tengo una amiga que dejaría de serlo si supiera que me he acostado contigo.

—Lo sé.

—Es mejor no buscarnos problemas —declaró y él asintió. Estaban de acuerdo con eso. Al cabo de un momento, Phoebe giró la cabeza y miró la puerta del baño entreabierta—. Debería regresar a casa ya. Si no te importa, voy a darme una ducha primero.

—Adelante, estás en tu casa. —Ella salió de la cama y él contempló como se alejaba, sin poder evitar una sensación extraña. Tenía la urgente necesidad de detenerla—. ¿Quieres desayunar antes de marcharte?

—Sería un detalle —afirmó al detenerse a mirarlo.

—¿Qué sueles tomar? ¿Tostadas, beicon...?

—Tostadas, café y, de vez en cuando, unos huevos revueltos.

—Tomo nota.

Phoebe asintió y entró en el baño. Él emitió un suspiro antes de salir de la cama y de volver a ponerse los pantalones. Al hacerlo, vio en el suelo su camisa y decidió ignorarla por los recuerdos que le traía y por la nostalgia que esos le producían.

Cuando su compañera bajó las escaleras —quince minutos más tarde—, enfundada en su albornoz, se encontró con una mesa de desayuno bien dispuesta; había preparado zumo de naranja, café y un generoso plato de tostadas para dos. A ambos lados de esa, había dispuesto dos pequeños cuencos para la mantequilla y la mermelada, así como una bien provista fuente de tortitas, con algo de miel para acompañar.

Phoebe, sorprendida y visiblemente halagada por el despliegue de alimentos, se sentó a la mesa y disfrutaron juntos de ellos en silencio. Al acabar, ella recogió sus ropas del suelo y subió, de nuevo, a vestirse. Momentos después se

despedían en la puerta, con un abrazo en el que permanecieron unidos durante largos segundos, como si ninguno de los dos quisiera separarse del otro.

Finalmente la vio partir y la perdió de vista en cuanto la joven abandonó el patio.

—¡Vaya, vaya! —dijo Suze en tono jocoso, al verla aparecer por el salón. Estaba sentada en el sofá, con su ordenador en el regazo, y alzó la vista de la pantalla para observarla—. ¡A buenas horas vuelve la señora! Ya creía que tendría que enviar a los bomberos a rescatarte.

Ella sonrió mientras se acercaba hasta el sofá para sentarse en uno de sus brazos.

—No es para tanto. Te envié un mensaje.

—Sí, para avisarme que te quedarías a cenar en casa de ese chico. —Sonrió con picardía—. ¿Qué pasó?, ¿se os alargó el postre?

—Pues sí.

—¿Y vais a seguir viéndoos? —preguntó con curiosidad.

—Me temo que no —respondió e hizo una mueca.

—¿Por qué no?

—Porque no podemos. Él tiene un trabajo exigente y...

—Oh, no me digas más; es uno de esos ejecutivos de la ciudad, ¿verdad? Se pasará el verano entre Munysporth y Nueva York, y apenas podréis veros.

—Algo así.

—Bueno, pues tendréis que aprovechar mientras podáis. Los escarceos veraniegos siempre son divertidos.

—Gracias, «doctora Amor».

Suze se rio. Al cabo de un momento, preguntó:

—¿Es un buen tío?

—Sí, y cocina de muerte —añadió—. Me hizo el desayuno.

—¡Oh! Un muchacho servicial, además de complaciente. ¿Y cuándo podré saber su nombre? ¿Te lo estás guardando por alguna razón en especial?

—Porque no es asunto tuyo y porque ya sabes que me gusta conservar el misterio en estos temas. Así es más divertido.

—Eres una mala mujer —la reprendió en broma—. ¿Vendrás esta tarde a

comprar las provisiones para el fin de semana? He quedado con los demás después del almuerzo.

—Vale. ¿Cómo va el alquiler de la cabaña? —se interesó.

—Acabo de contratarlo. ¿Quieres verla? —inquirió mientras señalaba hacia la pantalla del ordenador.

Se levantó para tomar asiento junto a su amiga, quien se apartó para hacerle hueco. Pasaron los siguientes minutos haciendo una visita virtual por la cabaña que Suze había elegido para su cumpleaños.

Aquella tarde del jueves 24 de julio, el grupo de amigos se reunió en el mercado para ir de compras.

Planeaban celebrar una barbacoa en algún momento, antes de su regreso; por lo que, en cuanto llegaron, fueron directos a los puestos de carnicería y compraron una buena remesa de chuletones, hamburguesas y costillas. Y más adelante se hicieron con una generosa provisión de frutas y algunas verduras. Tras su paso por el mercado, fueron a la única licorería del pueblo y adquirieron un amplio surtido de bebidas para la fiesta de cumpleaños que celebrarían el sábado.

Una vez pertrechados, fueron a casa de Gerry para guardarlo todo y, luego, se reunieron para pasar la tarde en la playa, donde estuvieron planificando el fin de semana y acordaron, entre otras cosas, que viajarían hasta Lake Placid en dos coches porque el aparcamiento que había junto a la cabaña no daba para más.

Al día siguiente, el viaje hasta el lago les llevó aproximadamente una hora y media. Salieron por la mañana temprano y siguieron la sinuosa carretera hasta el pueblo, el cual dejaron atrás para internarse en un enorme bosque de aspecto salvaje. Condujeron, al principio, por una carretera asfaltada, hasta que tuvieron que tomar un desvío que acabó convirtiéndose en un estrecho camino de tierra que los condujo directos a su destino.

La cabaña era grande, de una sola planta y estaba construida enteramente en madera. Alojaba en su interior dos baños, un salón con cocina de barra americana y cuatro dormitorios. En el exterior la rodeaban los árboles y, a tan solo unos pocos pasos, se hallaba el lago.

Aparcaron los coches y, al bajar de ellos, se quedaron unos segundos

contemplando el paisaje; el día era soleado y los colores, vibrantes a su alrededor. El profundo azul de las aguas del lago los invitaba a zambullirse en él de inmediato o a hacer un buen uso de la barca que permanecía atada a uno de los pilotes del embarcadero; con ella podían remar cuando quisieran, incluso acercarse hasta la plataforma de madera que flotaba en mitad del lago, donde podrían tomar el sol —tal vez, organizar un pícnic— mientras disfrutaban del baño.

Entraron entusiasmados y comenzaron a descargar la comida. Suzanne propuso pasar la mañana en el lago una vez hubiesen distribuido los dormitorios y almacenado en la nevera los alimentos que traían.

Tras ayudar a llenar el congelador, Phoebe salió un momento a la terraza, a la cual se accedía a través de una puerta corredera en la cocina. Se apoyó en la barandilla y contempló en silencio las vistas.

El paisaje era maravilloso, con esa agreste belleza que solo puede darse en las montañas. Respiró hondo para llenarse los pulmones de aquel aire puro e impregnarse del aroma a pino y a agua dulce. Observó, a lo lejos, el bosque que los rodeaba extendiéndose por todas partes, en una masa compacta de árboles. La brisa fresca le daba de cara y traía consigo el olor a flores silvestres, a tierra recalentada por el sol y a barro húmedo de las orillas del lago.

Cerró los ojos. Aquel era el sitio perfecto para desconectar de todo.

## Capítulo 21

—Becky, ¿no notas a Phoebe un poco rara? —le preguntó Suze mientras preparaban el *risotto* para la cena.

—¿Rara en qué sentido? —inquirió mirándola intrigada.

—Desde que hemos llegado, está más callada..., como distante. ¿No lo has notado?

Lo meditó por un momento.

—Sí, un poco. ¿Qué crees que le ocurre?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Tal vez sea por ese chico con el que ha estado saliendo últimamente. Está muy misteriosa con eso.

—¿Qué quieres decir?

—No ha querido contarme nada sobre él; no sé dónde lo conoció ni cuál es su nombre...

—¿Y eso es raro?

—Un poco. No es que me Phoebe me lo cuente todo —añadió—, pero no suele tener problema en hablarme de los hombres con los que se relaciona. Sin embargo, a este tío lo mantiene en secreto, y me gustaría saber por qué.

—A lo mejor, lo conoces. ¿No la has visto nunca con él?

—No, aunque sospecho que se trata del mismo que la trajo a casa la noche del cumpleaños de tu madre. Tampoco, entonces, quiso decirme quien había sido.

—Pues podría ser el mismo. ¿No te ha dado ningún detalle sobre él?

—No, pero yo creo que es un ejecutivo de Nueva York. El miércoles pasó la noche en su casa y, al regresar, le hice algunas preguntas. Me dijo que no podían volver a verse porque él tenía un trabajo exigente.

—Ya veo. Bueno, si es así, entonces no hay mayor problema. Phoebe no te

cuenta nada porque no hay nada que contar. Habrá sido un polvo de una noche y ya está.

—Supongo. Y espero que ese tío no esté jugando con ella —alegó frunciendo el ceño.

—No te pongas en plan mamá. Phoebe ya es mayorcita: seguro que sabe lo que quiere y cómo cuidarse sola.

—Claro que lo sabe, pero es mi amiga. Tengo que preocuparme.

—No demasiado —le aconsejó—. No hagas una montaña de un grano de arena. Anda, pásame el cordero; hay que meterlo en el horno.

La conversación terminó ahí. Suze le pasó la bandeja que contenía una sabrosa pierna de cordero aderezada con especias y patatas cortadas en rodajas. Ella la metió en el horno luego de haber calibrado la temperatura para que estuviese lista en cuarenta minutos..., a tiempo para evitar que la turba famélica de ahí fuera se desmandara y viniese a comérselas a ellas por no tener lista su cena.

Conforme se asaba el cordero, fueron terminando el *risotto* y la ensalada que habrían de acompañarlo. Una vez estuvo todo listo, sacaron la bandeja del horno, sirvieron la comida en distintas fuentes y se organizaron para llevarlas hasta la mesa que habían dispuesto en la terraza, para disfrutar —mientras comían— de la agradable temperatura exterior y de la vista nocturna del lago.

Con el grupo al completo, que recibió la cena con aplausos y dio posterior cuenta de ella, el tema de Phoebe pronto cayó en el olvido.

A varias millas de distancia, en su pequeña y solitaria cocina de Munysporth, Patrick terminó de enjuagar el vaso y lo dejó bocabajo en el escurridor. Se secó las manos con un trapo limpio y, tras doblarlo, lo depositó a un lado. Contempló, por unos instantes, el fregadero vacío, con los platos y cacharros que había utilizado para la cena relucientes y apilados. Suspiró.

Se había pasado los dos últimos días pensando en Phoebe y en lo que había sucedido entre ellos. No sabía por qué le daba tanta importancia; solo había sido un arrebató, algo normal entre dos personas que se sentían atraídas la una por la otra. Ya lo habían hablado y habían llegado a un acuerdo...

«Es absurdo», pensó irritado. Frunció el entrecejo mientras clavaba la mirada

en la pared de azulejos blancos. No sabía qué era peor: si pensar tanto en ella, deseando que se repitiera lo de aquella noche, o que —encima— la estuviese echando de menos como un imbécil. Solo hacía dos días que no la veía y ya añoraba su compañía.

Volvió a suspirar. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Qué pretendía? Estaba todo más que dicho entre los dos. Lo sucedido no iba a volver a pasar porque eso solo serviría para buscarles problemas innecesariamente, y ni Phoebe ni él eran tan estúpidos como para eso. Además, había de por medio una amistad que merecía la pena conservar. ¿Y él iba a estropearlo a cambio de un poco más de sexo?

Resopló. Se sentía ridículo; Phoebe estaría, en esos momentos, en la cabaña del lago, disfrutando de lo lindo con sus amigos y sin dedicarle un solo pensamiento a él ni a lo ocurrido en su casa...

Sonó el timbre de la puerta principal y el ruido lo distrajo. Se giró para mirar la puerta de entrada; creyó, por un instante, que podía ser su amiga y lo deseó de veras... Un segundo después, se maldecía por su estupidez.

Fue a abrir cuando el timbre sonó por tercera vez. Encontró a Alicia en el umbral, vestida con un corto vestido negro, elegante pero informal. Se había recogido el cabello en un moño que la favorecía y traía consigo una sonrisa y una botella de vino tinto.

—No te esperaba. —Fue lo primero que salió de su boca antes de poder pensar lo que decía.

La mujer frunció el ceño ante semejante recibimiento y observó confusa la expresión de su cara, que tenía poco que ver con la sorpresa y mucho con la decepción.

—¿Molesto? —inquirió contrariada—. ¿Estabas esperando a alguien más?

—No, por supuesto que no.

La prontitud de su respuesta la tranquilizó un poco. Esbozó una sonrisa.

—Al fin he podido escaparme y he traído algo de vino para compensarte por no venir a verte en toda la semana. —Alzó la botella para que él la viese, y pudo leer en la etiqueta que se trataba de un reserva de 1981—. Cabernet sauvignon. —Sonrió ufana—. El club de campo tiene una estupenda bodega con venta al público.



—Eres muy amable. —Tomó la botella de sus manos mientras dibujaba en sus labios una sonrisa—. Iré a por unas copas. ¿Te importa si bebemos fuera? El ambiente es más fresco con la brisa del mar.

—Una idea estupenda. Te espero; no tardes.

—Vuelvo enseguida.

Alicia se alejó y, cuando él regresó —minutos después—, la encontró sentada en una de las sillas de mimbre del patio, mirando al océano. Lo recibió con una sonrisa, y él se la devolvió mientras depositaba las copas y la botella abierta sobre la mesa. Sirvió el vino para ambos y, girando también su silla para poder disfrutar de las vistas, tomó asiento junto a ella.

—¿Cómo ha ido la semana? —preguntó Alicia volviéndose a mirarlo—. ¿Te has divertido?

—He hecho algunas visitas al centro. ¿Y tú? ¿Has estado trabajando?

—Como siempre. —Suspiró—. Ya sabes, los empresarios no descansamos.

—¿Va todo bien en Industrias Tindale?

—Viento en popa, como era de esperarse. Richard jamás me ha fallado. Debe de ser el vicepresidente más competente que existe. Tengo miedo de que llegue el día en que se jubile —confesó.

—Para eso aún faltan unos años, ¿no?

—Diez o quince.

—Entonces, puedes estar tranquila.

Ella sonrió. Se reclinaron cómodamente en sus asientos y siguieron bebiendo en silencio. Cuando la falta de palabras comenzó a hacerse pesada, Alicia giró la cabeza para observarlo y debió de notar algo raro, porque su voz sonó un poco preocupada al preguntar.

—Patrick, ¿ocurre algo?

—En absoluto. —Le devolvió la mirada—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque estás muy callado. Parece que algo te ronda por la cabeza.

—Estoy tranquilo. La serenidad del océano es lo que tiene.

—Pero el océano puede volverse bravío en un segundo.

—No es mi caso —declaró mientras disimulaba bebiendo un poco más de vino. Aquel no era un tema que quería discutir con ella.

—¿Has conocido a alguien? —inquirió intrigada.

—¿Qué? ¿De dónde sacas eso?

—Este es un pueblo pequeño, y en verano vienen muchos turistas y visitantes. Quizás, hayas conocido a alguien nuevo entre ellos.

—No ha sido así. Me he dedicado, más que nada, a hacer vida hogareña.

—No fastidies. —Se rio incrédula—. ¿Pretendes decirme que te has encerrado aquí como un ermitaño?

—No, no he llegado a tanto. Pero ya sabes que, cuando estuve en tu casa, visitamos mucho los alrededores.

—No quería que te aburrieses. Intenté que nos divirtiésemos...

—Y lo hicimos. Por eso no te preocupes; no es un reproche —aclaró—. Lo que pasa es que, gracias a tu bondad, ya no me queda mucho por visitar y me gusta pasar el rato tranquilamente en casa.

—No lo puedo creer. —Meneó la cabeza—. Desde que te conocí, no hemos hecho otra cosa más que salir, ¿y ahora resulta que eres un hombre hogareño!? ¿Quién lo diría? Ver para creer.

—Bueno, una cosa es el trabajo y otra, la vida privada —se defendió molesto por la idea frívola que tenía de él.

Alicia lo miró sorprendida por su mordacidad.

—¡Vaya!

Él hizo una mueca, al darse cuenta, y dejó su copa sobre la mesa.

—Perdona, no quería...

—No, tranquilo, es que no me lo esperaba —admitió.

—He sido grosero, lo siento. Te pido disculpas.

—Has sido sincero y ya sabes que valoro eso. —Se lamió los labios antes de proseguir—. Lo cierto es que contigo me olvido fácilmente de que nuestras relaciones son, ante todo, comerciales. Siempre decimos que hay una amistad...

—No pretendía ofenderte.

—No me has ofendido —aseguró—. Te lo digo de verdad. Cuando dos personas se tratan amistosamente, a veces uno puede olvidarse de que la relación es de negocios más que de placer. Aunque, en tu caso, el placer y los negocios se mezclan.

Ligeramente incómodo, desvió la vista.

—Deberíamos acabarnos el vino. Pronto será de madrugada y, en cuanto empiece a caer el rocío, se notará en la temperatura.

—Tienes razón. Nos terminamos la copa y me voy a casa. He venido conduciendo, así que no puedo beber mucho..., pero te dejaré la botella para que agasajes a tus próximas visitas —bromeó risueña.

—Gracias.

—No hay de qué.

Terminaron sus respectivas bebidas en silencio y se despidieron intercambiando un beso. La vio marchar en su coche y volvió a suspirar. Tenía que aprender a controlar mejor su carácter y su lengua. Fue una tontería haberle soltado aquello. Total, ¿por qué? ¿Porque estaba disgustado por lo de Phoebe? A veces, era sorprendente el nivel de estupidez que podía llegar a alcanzar...

Tenía la suerte de que Alicia no se había molestado por haberla corregido de esa manera y de que no se había largado echando pestes de su rudeza. Alicia Tindale era una mujer que no se achantaba ante la verdad, pero eso no le daba derecho a ser grosero con ella, simplemente por decir lo que pensaba sobre él. ¿Y quién podía culparla por tener esa idea errónea en su cabeza? ¿Acaso él iba mostrándose, sin tapujos, tal y como era con sus clientas?

No, claro que no. Nadie se comporta igual en casa que en el trabajo, y él no era una excepción. Sus clientas eran trabajo. Uno agradable e, incluso, divertido a veces..., pero seguía siendo trabajo. No era que les mentía o era falso con ellas. No le gustaba fingir. Únicamente se mostraba como la persona que ellas esperaban que fuera, porque para eso le pagaban. Les daba aquello que demandaban y con lo que se sentían cómodas y satisfechas. Todo lo demás le atañía solo a él.

## Capítulo 22

Estaban sentados, uno junto al otro, en la parte de atrás de la cabaña.

A cada lado de la puerta corredera que comunicaba la cocina con la engalanada terraza, se había colocado una mesa; la primera, para la comida y la segunda, para las bebidas. En un discreto rincón, un equipo de música amenizaba la fiesta desde sus inicios, y en esos momentos salía de él una balada de Faith Hill, cuya voz recorría la terraza y se proyectaba hacia el lago.

Era domingo, las seis de la mañana, y allí solo estaban ellos dos. Todos los demás se habían retirado a dormir hacía rato. Los primeros en hacerlo habían sido Liz y Lachlan, la única pareja con la que contaba el grupo. Luego, Phoebe se había marchado alegando que estaba un poco cansada. Y finalmente Olga, Rebecca y Mark —uno de los mejores amigos de Gerry— habían decidido irse a dormir y los habían dejado solos, contemplando el amanecer.

—Es precioso, ¿verdad?

—Sí que lo es —dijo Gerry. Se volvió a mirarla—. Ha sido una fiesta estupenda. Me he divertido muchísimo.

—Yo también. Ha sido genial.

—Sin embargo, sigo pensando que los que mejor se lo han pasado esta noche han sido Liz y Lachlan.

Ella se rio.

—Seguro que sí. Y apuesto a que le han sacado más partido que nosotros a estas horas. Pero no se los puede culpar: son una pareja muy enamorada.

—Supongo que estar juntos desde los catorce ayuda en algo.

—¿Crees que acabarán casados? —inquirió con curiosidad.

—Quizá. Juntos, desde luego. A estas alturas, tendría que ocurrir una catástrofe para que se separasen. Se quieren muchísimo y están muy unidos.

—Sí, eso es verdad.

Permanecieron en silencio. Gerry se acomodó en el banco, estiró los brazos sobre el respaldo, y adoptó una pose relajada. A ella le resultó divertido y lo imitó. Se miraron e intercambiaron una sonrisa.

—Espero que hayas disfrutado de tus regalos.

—Por descontado —le aseguró al tiempo que se volvía a mirar en dirección a la mesita donde los habían apilado. Ahí estaban las prendas, el CD de Adele, el disco duro externo, el frasco de su perfume favorito y una preciosa manta polar de color rojo, con la que podría abrigar a Nymphadora cuando la sacase a pasear en invierno—. Me han gustado mucho todos.

—¿Incluso la ropa interior comestible de Becca? —preguntó enarcando una ceja.

Se echó a reír al recordarlo.

—Especialmente la ropa interior.

—No puedo creer que te la haya regalado. —Meneó sonriente la cabeza.

—Era broma. Ya sabes el sentido del humor que tiene.

—Sí, es muy especial.

—Lo es.

Se quedaron mirándose por unos instantes. Gerry varió su postura en el asiento y eso, afortunadamente, lo colocó más cerca de ella.

—Por suerte, el vestido que te regaló en serio es mucho mejor.

—Me encanta. Creo que me lo pondré para la fiesta de despedida de esta noche.

—Es perfecto para una velada en el lago. Y el turquesa te sienta genial.

Se iba acercando cada vez más y, de forma natural, comenzó a inclinarse sobre ella. Al ver sus avances, lo tuvo claro.

—Bésame, Gerry.

No fue necesario repetírselo. Ambos lo estaban deseando. Ninguno podía decir si era por la mutua atracción, por el alcohol que habían consumido durante la fiesta, o simplemente por la intimidad que compartían en esos momentos. Pero les daba igual, en realidad.

Él deslizó una mano para acariciar su nuca, atraerla hacia sí y profundizar el

beso. Reclamó su boca con su lengua, lo que le provocó un quedo gemido que aumentó la pasión de sus caricias.

—Espero que no te lleves una impresión equivocada por esto —le dijo, casi sin aliento, cuando al fin se separaron.

—¿Qué impresión debería llevarme? —inquirió Gerry mirándola con una intensidad en sus ojos verdes que hizo que su estómago se contrajera.

—Me gustas mucho. No hago esto solo porque has cambiado tu apariencia.

—Lo sé; me lo has demostrado. —Por un momento, pareció arrepentido—. Siento haber pensado mal de ti, estaba equivocado. En estas semanas que hemos pasado juntos, te has comportado como una amiga, sin pretender nada más. Has cumplido con lo que dijiste.

—Tú también.

—¿Por qué tenemos que contenernos? Es absurdo. Ya basta.

Empezó a besarla, de nuevo, con besos rápidos y apasionados que no obtuvieron ninguna resistencia por parte de ella.

Lo rodeó con sus brazos y lo estrechó en busca de unir más sus cuerpos. Dejó que se tumbase encima y se fundieron juntos, mientras el sol se asomaba al mundo y teñía de un suave dorado el horizonte.

—Te lo dije —declaró volviéndose a mirarla con una amplia sonrisa.

Olga puso mala cara, pero ambas continuaron observando a sus amigos a través de la ventana. Aquel beso parecía destinado a durar eternamente, a juzgar por cómo se comportaban Gerry y Suze.

—Mis veinte dólares, por favor —reclamó al tiempo que le tendía una mano abierta.

—Bruja... —se quejó Olga mientras sacaba un billete de su bolsillo para liquidar su apuesta.

La miró con fingida sorpresa y sonrió.

—¿Bruja? No, querida, solo tengo visión de futuro.

—¿Visión de futuro? —Su amiga la observó y resopló con escepticismo.

—Exacto, no hay que ser bruja para darse cuenta. Gerry está enamorado de Suze desde hace años, a ella también le gusta él y la relación entre los dos es excelente: obvio que había posibilidades de que algo pasase entre ellos durante

una fiesta de cumpleaños privada, con alcohol, música, buenos amigos y el marco incomparable del lago —concluyó entretanto se llevaba una mano al pecho en un gesto afectado.

—Esa descripción es digna de una novela barata —replicó Olga irritada.

—Es naturaleza humana. —Se encogió de hombros—. Y ahora será mejor que nos vayamos a dormir. Es tarde y deberíamos darle intimidad a la parejita.

—Mañana pienso chingar a Suze por esto —prometió mientras daban media vuelta y se alejaban hacia la habitación que compartían.

—No seas rencorosa.

—Nos dijo que Gerry y ella habían llegado a un acuerdo: que iban a ser amigos y que ella iba a demostrarle que no se sentía atraída por él solo por su físico. Y de repente...

—No ha sido de repente —la interrumpió mientras entraba a la habitación—; han ido forjando su amistad a lo largo de estas semanas.

—¿Amistad? ¿Cuándo has visto tú a Suze besar así a un amigo?

—Nunca, pero Gerry es más que un amigo.

—Eso, desde luego. No hay más que verlos.

—Déjalo estar, ¿quieres? Algo así tenía que pasar tarde o temprano. Ya te lo he dicho: Gerry está enamorado de ella, y a Suze le gusta bastante él. Se han ido conociendo y han congeniado bien —musitó contenta.

—¡Y tan bien!

—Al final ha pasado lo que tenía que pasar —declaró al tiempo que cada una ocupaba su cama—. Si me pides mi opinión, creo que hacen una pareja estupenda. Me alegro de que hayan dado un paso adelante, y ojalá les dure.

—No sé yo. Esto podría ser solo un amor de verano o no pasar de un polvo.

—Ya veremos. Yo solo pido que sean felices mientras les dure.

—Amén..., pero pienso chingar a Suze en cuanto la vea —prometió maliciosa.

—¡Olga!

En la oscuridad, oyó la risa perversa de su amiga.

Regresaron a Munysporth el lunes, después del almuerzo.

Al llegar al pueblo, los dos grupos tomaron caminos separados: Gerry se fue

con sus amigos y ellas llevaron a Rebecca y a Olga a casa, antes de dirigirse a Tindale House. Eran alrededor de las tres de la tarde cuando el Nissan aparcó frente a la entrada de la casita de invitados y, con un suspiro, ambas salieron del vehículo para empezar a descargar.

—Ha sido un fin de semana genial, ¿verdad? —preguntó Suze mientras entraban por la puerta.

Ella asintió.

—Ha sido la mejor fiesta de cumpleaños a la que he asistido. El lago era sencillamente precioso.

—¿Te has divertido, entonces?

—Mucho —respondió entretanto soltaba las bolsas en el sofá.

—Has estado un poco callada estos días. ¿Quieres contármelo mientras nos tomamos unas cervezas?

—De acuerdo. Pero ya te dije que no era nada, Suze. Estoy bien.

—Es que parece que tienes la cabeza ocupada con algo. Sospecho que es por ese chico, el ejecutivo. ¿Por qué no quieres contarme nada sobre él?

—Porque no hay nada que contar. —Intentó disimular su incomodidad—. Nos hemos visto algunas veces y nos hemos acostado. Ya está.

—¿Ya está?

—Sí, ¿qué te esperabas?

—No sé. —Se encogió de hombros, decepcionada—. Es solo que me resulta extraño que no me hayas dicho ni su nombre. Ni siquiera sé dónde lo conociste.

—Lo conocí aquí. Fue él quien me trajo a casa, la noche de la fiesta de los Ainsley.

—Así que yo tenía razón: es el mismo muchacho.

—Sí, ¿nos tomamos ya las cervezas? —preguntó deseando zanjar el tema.

—¿Cómo se llama? —Volvió a la carga—. ¿Por qué no me lo quieres decir?

Suspiró al tiempo que veía como la otra abría la nevera y se inclinaba para sacar las cervezas. ¿Por qué tenía que insistir tanto? Tenía que darle algo si quería que la dejase en paz.

—Se llama Paddy —confesó—. Tiene veintinueve años y es de Nueva York.

—¿Veintinueve? —Suze la miró con sorpresa—. ¿No es un poco mayor? Te



saca casi diez años.

—¿Y eso qué más da? —replicó. Volvieron juntas al salón y se sentaron en el sofá. Encendió la televisión, con el mando a distancia, mientras esperaba que su amiga captase la indirecta—. Vamos a ver si ponen algo bueno.

Suze se dio por enterada y lo dejó estar. Quizá, porque ese día estaba de muy buen humor o porque la nueva información obtenida sirvió para apaciguarla. Fuera lo que fuera, ella daba gracias.

Pasaron los siguientes cinco minutos en silencio, hasta que Suze habló de nuevo.

—Gerry y yo vamos a darnos una oportunidad —le dijo al tiempo que tomaba un trago largo de su cerveza mientras ella, gratamente sorprendida, se volvía a mirarla.

—¡Esa es una estupenda noticia! Me alegro mucho por los dos. Y ahora comprendo porqué estabais tan cariñosos.

—¿Qué puedo decir? —Sonrió—. Ya era hora de que dejásemos a un lado las tonterías. Nos queda el resto del verano por delante, porque en septiembre Gerry tendrá que regresar a Ithaca para seguir estudiando.

—¿Y habéis pensado qué haréis entonces? ¿O solo pretendéis estar juntos durante el verano?

—No queremos agobiarnos con eso ahora. Que pase lo que tenga que pasar. Lo que cuenta es que estamos bien. Ya nos habíamos cansado de evitarlo, ¿sabes? ¿Y qué sentido tenía? Los dos nos gustamos y no hay ningún impedimento para una relación. Sería una tontería dejar pasar la oportunidad.

Ella asintió dándole la razón. Su amiga sonreía, pero le lanzó una breve mirada que denotaba inseguridad.

—Al principio dudé, ¿sabes?

—¿Por lo de la superficialidad?

—No, por Rebecca.

—Ah, claro.

—Gerry me aseguró que no pasaría nada. Me dijo que ellos nunca se habían querido realmente y que habían estado juntos más por estarlo que porque de verdad hubiese algo entre los dos. Por eso solo duraron un verano.

—Ella no se ha quejado, ¿no?

—Al contrario, nos ha felicitado, dijo que ya era hora.

Eso la hizo reír.

—Sospecho que Rebecca estaba expectante con lo vuestro.

—Eso parece.

—¿Os ha chinchado mucho Olga?

Suze resopló y puso los ojos en blanco.

—Es una inmadura. Nos ha fastidiado como una quinceañera, y eso que está a punto de cumplir los veinticuatro.

—Algunas personas no terminan de crecer nunca —dijo sonriente.

—Ya. —Suspiró—. Es una suerte que la queramos tal como es.

Ella asintió. Pasaron el resto de la tarde frente al televisor, sin nada más interesante que hacer que acomodarse en el sofá y disfrutar de lo que les ofrecía la televisión por cable.

## Capítulo 23

La noche del martes, el museo de arte local de Munysporth estaba bastante concurrido.

El edificio había sido construido en 1814, de piedra gris y en estilo neoclásico, con una amplia escalinata flanqueada por columnas que conducía hasta la entrada y con unas sólidas puertas dobles de roble que daban la bienvenida al público. De la parte más alta de la fachada, colgaba un elegante cartel que anunciaba la inauguración del ciclo veraniego de cine clásico — dedicado ese año al director Billy Wilder— y la proyección, esa noche, de una de sus películas: *Love in the afternoon*, con Audrey Hepburn, Maurice Chevalier y Gary Cooper como protagonistas.

Dejó el Nissan en el aparcamiento y caminó hasta alcanzar el vestíbulo del museo, donde pronto localizó la improvisada sala de cine y la pequeña habitación contigua, en la que se había habilitado un bufé atendido por camareros para vender bebidas y refrigerios a los asistentes.

Adquirió unas palomitas y un refresco. Se dio la vuelta para abandonar el bufé y de pronto lo vio de pie, a unos metros de ella. Sus miradas se encontraron; cada uno reparó en la presencia del otro.

Después de casi una semana sin verse, no pudo evitar recrearse en él y pensar en lo guapo que estaba esa noche; incluso con una sencilla camisa blanca y con pantalones oscuros, destacaba entre la multitud. Era plenamente consciente de la forma en que él le devolvía la mirada; sus ojos la recorrían de arriba abajo, como una corriente cálida.

Echó a andar hacia ella, al cabo de un momento, como quien sale de un sueño.

—Estás preciosa —le dijo cuando la alcanzó. Por la expresión de su cara,

supo que lo había dicho sin pensar.

—Gracias. —Esbozó una sonrisa nerviosa—. ¿Has venido por la película?

—Sí. No tenía mucho que hacer en casa y me gusta el cine de Wilder.

—A mí también. Esta película es una de mis favoritas.

—¿Ya la viste antes?

—Sí, pero me apetece repetir.

Patrick asintió comprensivo. Se quedaron en silencio mientras la gente se movía a su alrededor haciendo sus compras, entrando y saliendo de la sala. Intercambiaron miradas. Él parecía tan nervioso e incómodo como ella... y, tal vez, por el mismo motivo.

Había cosas que le gustaría decirle y no se atrevía. Que lo había extrañado y había pensado en él durante su ausencia, que sentía aún viva la atracción entre los dos y, sobre todo, que se había pasado aquellos días deseando volver a verlo.

Sin embargo, seguir por ese camino no podía llevarlos a nada bueno...

—Deberíamos entrar ya —dijo Patrick echando un vistazo distraído a la entrada que llevaba en la mano—. La película empieza en diez minutos, y hay que dar con nuestros asientos.

—Tienes razón.

Entraron en la sala por separado y pasaron las poco más de dos horas que duró la proyección a tan solo unas filas de distancia. Cuando la pantalla quedó finalmente en negro y las luces se encendieron, el público se puso en pie y aplaudió. Entonces ambos abandonaron la estancia, perdidos entre la multitud, que ya comenzaba a salir.

Volvieron a verse momentos después, en el aparcamiento, donde Patrick acabó ayudándola a localizar su coche entre la marabunta de vehículos que intentaban coordinarse para abandonar el museo.

—¿Qué te ha parecido la película? —le preguntó mientras aguardaban a que la cola de coches se redujese un poco para poder cruzar al otro lado.

—Fantástica. La vi cuando era niña y siempre me ha gustado.

—Es divertida y bastante buena, como comedia romántica.

—Ver al personaje de Cooper volverse loco intentando averiguar la identidad de la chica es muy entretenido. —Sonrió—. La relación entre los dos... Me

encanta la escena final en la estación. Creo que es de lo más romántica.

—Los finales de este tipo de películas suelen serlo —corroboró.

En ese momento, la cola de vehículos se despejó un poco y les permitió pasar. Patrick la acompañó hasta el Nissan, pues le tocaba seguir por ese camino para volver a su casa.

—Me ha gustado volver a verte —confesó mientras ella desbloqueaba las puertas con la llave electrónica.

—A mí también. —Se dio la vuelta para despedirse y, en el último momento, cambió de idea—. ¿Quieres que te lleve?

—No, gracias. El museo me pilla cerca.

Ella asintió conforme. Él estaba por marcharse cuando su arrebato los sorprendió a los dos. Se inclinó para darle un beso de despedida en la mejilla y acabó depositándolo demasiado cerca de sus labios..., lo cual terminó por desatar el incendio que hasta entonces habían estado controlando a duras penas.

—Phoebe... —musitó Patric, en un tono bajo y de añoranza que le indicaba que estaba intentando mantener la compostura.

Se apartó, para mirarlo un instante, y en sus ojos pudo ver su mismo deseo y urgencia.

—¿Crees que cometeríamos un error muy grande si te llevara a tu casa ahora? —inquirió aunque conocía la respuesta.

Seguramente él le habría dicho que sí pero, en vez de eso, tomó su rostro entre las manos y comenzó a besarla con pasión. Ella lo abrazó y lo correspondió al instante.

—Te he echado de menos. —Suspiró cuando la boca de él se deslizó voraz hacia su cuello.

—Yo también a ti —declaró mientras la abrazaba con fuerza. Podía notar su excitación a través de la ropa.

—Entra en el coche —le pidió y no tuvo que volver a repetirlo. Subieron los dos al vehículo y partieron en cuanto estuvieron listos.

A lo largo de todo el camino, una voz en su cerebro le decía que parase, que estaban cometiendo un error que podía costarles caro, y aún estaban a tiempo de evitarlo. Ella la ignoró. Esa noche, nada le impediría estar con él y resarcirse —

mutuamente, ya que estaba claro que Patrick sentía lo mismo que ella— por lo mucho que lo había extrañado... Y por todas las veces que lo había deseado y no había podido tenerlo.

Tardaron apenas diez minutos en llegar a la casita de la playa.

Cruzaron el umbral abrazados, intercambiando besos y, en su periplo por alcanzar las escaleras, tropezaron con la mesa del comedor. Phoebe intentó apartar las sillas y él la ayudó haciéndolas a un lado para poder sentarla, acto seguido, sobre la mesa sin dejar de prodigarle besos, al tiempo que la joven enlazaba las piernas en torno a su cintura... Algo que ambos sabían que le gustaba.

Se separaron unos segundos para que Phoebe pudiese desprenderlo de sus pantalones y liberar su erección —algo fácil, dado que no usaba ropa interior— y para que él pudiese colocarse el preservativo que ella había extraído de su bolso momentos antes de que volviesen a fundirse en un lento y profundo beso.

Cuando ese concluyó, sabía que no podría aguantar mucho más, así que colocó a su compañera en una postura propicia para poder subirle el vestido hasta la cintura y quitarle la ropa interior. Ella misma lo guio hasta su interior sujetándolo por las caderas.

El placer de estar unidos de nuevo los invadió y les arrancó un gemido a ambos. Comenzó a moverse dentro de Phoebe, a un ritmo que intentaba retrasar lo inevitable y darle tiempo a su compañera para alcanzar su mismo nivel, pero que fracasó y acabó lanzándolo al orgasmo demasiado pronto.

Sintiendo que estaba a un paso del clímax, se aferró a ella y su rostro se crispó, mientras se esforzaba por evitarlo. Lo intentó de veras, pero fue inútil y acabó frustrado, enterrando la cara en el cuello de Phoebe al tiempo que los músculos por debajo de su cintura se contraían al derramarse sin control dentro de ella.

Alzó la vista segundos después, avergonzado, intentando controlar su respiración.

—Lo siento...

—Tranquilo. Estas cosas pasan.

—Generalmente no es así.

—Lo sé. No te preocupes; no es el primer mal polvo de la historia —bromeó. Tomó su rostro con ambas manos y depositó un cariñoso beso en los labios—. Aun así, me temo que vas a tener que compensarme.

Sonrió ampliamente, contento por el reto y pensando en las posibilidades que ese le ofrecía.

—Las segundas oportunidades siempre se me han dado bien —afirmó.

Tras salir de su interior con cuidado —sujetando el preservativo para evitar que pudiese desprenderse y quedar atrapado dentro de ella—, se deshizo de él rápidamente, la tomó en brazos, y la llevó escaleras arriba.

Cuando llegaron al dormitorio, la tumbó sobre la cama y se arrodilló entre sus piernas. Al tiempo que Phoebe acomodaba su postura sobre las sábanas, él extendió la mano y abrió el cajón de la mesilla para sacar otro preservativo —lo dejó a mano para más adelante— y un pequeño bote de lubricante, el cual al abrirlo desprendió un tentador aroma de cerezas.

Su compañera lo observó expectante.

—¿Es de los comestibles? —inquirió atraída por el olor, mientras él vertía un poco de la sustancia rosada entre sus dedos.

—Sí y también tiene efecto calor. Es una sensación muy agradable; ya lo verás. Hace que todo sea más intenso.

Se inclinó para demostrárselo. Phoebe emitió un quedo gemido y se aferró a sus cabellos cuando el efecto del lubricante, unido a las caricias que él le prodigaba —utilizando hábilmente sus dedos y su lengua—, cumplió su cometido y la combinación tuvo un resultado más potente del que ambos habían esperado. La llevó hasta el límite y, luego, la hizo sobrepasarlo al hundirse de una estocada en su interior, cuando los dos estuvieron listos.

Phoebe estaba cerca del orgasmo cuando decidió volver las tornas colocándose encima de él, a horcajadas sobre él. Sus manos encontraron apoyo en su pecho, mientras él se adueñaba de sus caderas para ayudarla a controlar el ritmo de la penetración, de una forma que hizo las delicias de ambos.

Esa vez el éxtasis fue intenso y lograron alcanzarlo juntos.

A la mañana siguiente, tras una placentera ducha compartida y un cariñoso desayuno, llegó el momento de despedirse.

Durante la mañana habían estado conversando y habían acordado que la atracción que sentía el uno por el otro no podía evitarse. Los hechos ya les habían demostrado que era inútil intentar resistirse a ella o tratar de ignorarla, por lo que habían tomado la decisión de continuar lo que tenían en secreto. Suzanne y Alicia no debían enterarse, y ellos le pondrían fin al acabar el verano, cuando Phoebe regresase a Nueva York para terminar sus estudios y él tomase el tren a Maryland para pasar el mes de septiembre con su madre.

Lo suyo carecía de futuro, pues ninguno de los dos tenía tiempo para llevar adelante una relación, y las circunstancias tampoco les eran propicias. Por eso era mejor disfrutarlo mientras durase y, luego, separarse cuando todavía estuvieran a tiempo. Lo contrario sería una completa insensatez.

Cuando finalmente llegaron hasta el vehículo, volvieron a despedirse; abrazó a Phoebe por la cintura y la besó por enésima vez en lo que iba de mañana... Así estaban cuando el Bentley de color negro se detuvo de golpe a unos metros de ellos, y oyeron cerrarse con estruendo la puerta del conductor. Alicia venía en su dirección, y la sorpresa de verla aparecer fue suficiente para que se separasen *ipso facto*.

—¿¡Qué significa esto!?! —exclamó la mujer con el rostro lleno de asombro e indignación.

—Alicia... —comenzó entretanto tragaba saliva.

Pero ella no lo dejó continuar.

—¿¡Estás con ella!?! —inquirió mientras señalaba a Phoebe con el dedo.

—Señora Tindale, yo...

—¡Tú te callas! —le espetó con expresión fiera. Giró la cabeza para enfrentarse de nuevo con él—. ¿A qué estás jugando, Patrick? ¿Es esto a lo que te dedicas cuando no estamos juntos?

—Yo...

—¿¡Qué se supone que estás haciendo!?! —estalló furiosa—. ¡Vengo a visitarte y te encuentro besándote con ella ante mis propias narices!

—Alicia, por favor, deja que te lo explique. Phoebe y yo no pretendíamos... Esto no estaba planeado; nosotros...

—¡Oh, por Dios!



—Compréndelo.

—¿¡Que lo comprenda!? ¡Te has liado con otra! ¡Y encima es la amiga de mi hija! ¿¡Qué!?, ¿¡vas a decirme que ella también paga por tus servicios!?

—¡Por supuesto que no! —replicó ofendido—. No te atrevas ni a insinuarlo.

—Tú y yo teníamos un acuerdo. ¿Te has olvidado de eso?

—No me he olvidado de nada. Y no pretendía...

—¡Sé muy bien lo que pretendías! Pero, ¿¡qué te has creído!?! ¡Yo he pagado por ti! ¡Por tu compañía, por tu tiempo, en exclusiva! ¿¡Y tú me dejas por una jovencita!?

—No te he dejado, Alicia. Tú y yo no mantenemos una relación.

—Quieres reírte de mí, ¿no es cierto?

—Jamás me he reído de ti —declaró tan sorprendido como indignado por la acusación—. ¿Acaso en estos meses...?

—¡Desagradecido! —lo interrumpió tan furiosa que no podía dejarlo hablar—. ¿¡Quién te ha traído aquí y te ha pagado las vacaciones, eh!? ¿¡De quién has sacado el dinero para alquilar esta casa!?! ¿¡Quién ha sido la estúpida que se ha pasado nueve meses detrás de ti..!?

—Señora Tindale, por favor, cálmese —intentó intervenir Phoebe.

—¡Tú, cállate!

—¡Basta! —Se volvió hacia la joven e intentó contener su enojo—. Déjame a mí —le pidió y, luego, agarró a Alicia del brazo para alejarse unos pasos con ella.

—¡Suéltame, no te atrevas a tocarme! —Se retorció mientras intentaba liberarse.

—¡No vuelvas a hablarle así! —La soltó de golpe—. Ella no es culpable de nada, ¿lo entiendes?

—Eso, defiéndela. Total, solo se ha metido en tu cama, ¿no? O a lo mejor, la has metido tú. Sí, ha debido de ser eso: ha caído, como todas, frente a esa cara bonita...

—Piensa lo que te dé la gana, pero lo cierto es que ni Phoebe ni yo estábamos buscando esto. Tratamos de evitarlo.

—¡Oh, vamos, Patrick! Intenta engañar con esa excusa a otra que sea más

ingenua que yo. Sé perfectamente lo que ha pasado aquí: tú has visto en ella a una mujer joven y apetecible, y ella ha visto en ti a un hombre guapo con un cuerpo de infarto que, además de encantador, tiene experiencia entre las sábanas.

—No sigas por ahí —le advirtió.

Pero Alicia, herida en su orgullo, giró la cabeza para gritarle a Phoebe.

—¿¡Sabes, al menos, a qué se dedica!? ¿¡Eh!? ¿¡Lo sabes!?

Phoebe soportó el ataque en silencio, con expresión mortificada.

—¡Ya está bien! —Acudió en su rescate, lo que atrajo la atención de la mujer, de nuevo, hacia él.

—¡Al menos, deberías decirle cuál es tu verdadera profesión...!

—¡Ella ya lo sabe! —exclamó y Alicia se lo quedó mirando sorprendida. Suspiró. No quería perder el control—. Mira, tienes todo el derecho a enfadarte y lamento que sea así, porque no era esto lo que ninguno de nosotros quería.

—No, lo que tú querías era divertirte con ella a la vez que disfrutabas de mi dinero. ¿No es cierto?

—No es eso. Jamás he hecho algo así, y lo sabes. Alicia, yo te aprecio...

Ella le cruzó la cara de un bofetón ante su propio estupor y el de Phoebe.

—No te atrevas a insultar mi inteligencia, Patrick. No más de lo que ya lo has hecho —amonestó furiosa. Él le sostuvo la mirada, sentía el escozor del golpe más allá de su mejilla—. Si me apreciases de verdad, no te habrías liado con ella.

—Alicia, lo siento...

—¡Guárdate tus disculpas! —Se dio media vuelta y emprendió el camino de regreso hacia su coche. Al pasar por delante de Phoebe, no pudo evitar dirigirse a ella con despecho—. Y tú, puedes quedártelo. A mí no me merece la pena.

Se montó en el Bentley y se fue dando una furiosa vuelta para enfilarse el camino a una velocidad superior a la adecuada. Los dos la observaron hasta que el coche desapareció de su vista y, entonces, Phoebe se le acercó acongojada.

—¿Estás bien? —Preocupada tomó su rostro entre sus manos—. Ha sido horrible...

—Lamento que hayas tenido que presenciar esto —se disculpó—. No sabía que Alicia iba a venir.

—Ninguno lo sabía. —Todavía nerviosa tras la escena, hizo una mueca—. Estaba furiosa...

—Era de esperar. —Suspiró—. Desde luego, si pretendíamos mantener esto en secreto, no hemos podido tener peor suerte.

—Lo siento muchísimo. Te has metido en un problema por mi culpa.

—No seas tonta; nada de esto es culpa tuya. He sido yo quien se ha saltado las reglas y violado el acuerdo con Alicia.

—¿Podrás arreglarlo? —preguntó preocupada.

—Creo que sí, aunque tendré que esperar unos días hasta que Alicia se calme; entonces hablaré con ella. Es una mujer de temperamento, pero es razonable y sé que sabrá entenderlo.

—Esperemos. —Phoebe acarició su mejilla con expresión arrepentida—. Lamento mucho que haya ocurrido esto.

—Yo también.

Le dio un abrazo y él se lo devolvió enseguida. Permanecieron así, reconfortándose mutuamente, hasta que se vieron obligados a separarse.

## Capítulo 24

Estaba tomando un té helado en el porche cuando vio venir a su madre, y supo al instante que algo malo pasaba; aquel vehículo se movía a la velocidad propia de un conductor furioso. Su madre nunca había dado muestras de temeridad al volante, así que aquello la hizo levantarse, dejar su vaso a un lado y asomarse a mirar de inmediato.

Vio el coche entrar en el garaje y, momentos después, salía su madre, caminando a paso rápido, hacia la mansión. Aunque la lacia melena rubia le ocultaba parte de la cara, pudo comprobar que estaba llorando, pues la vio secarse las lágrimas con un gesto rápido de la mano.

Aquella fue la gota que colmó el vaso, y la siguió para investigar.

—¿Mamá? —la llamó en cuanto alcanzó el vestíbulo. Su madre estaba sentada a unos metros de ella, en una de las elegantes sillas que flanqueaban un precioso mueble con espejo. Se acercó y, rozando el suave algodón azul de su vestido, posó una mano sobre su hombro—. Mamá, ¿qué pasa?

Al oírla, levantó la cabeza y la miró sorprendida.

—¡Suzie! —Comenzó a limpiarse las lágrimas con prisa y sorbió por la nariz, un par de veces, para recomponerse—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Te he visto llegar. ¿Por qué estás llorando?

—No estoy llorando...

—Mamá, te estoy viendo. —Frunció el ceño—. ¿Por qué lloras...?

—¿Va todo bien, señora Tindale? —Brenda apareció en ese momento. Venía desde el salón y se detuvo al ver semejante escena.

—Todo bien, Brenda, gracias —dijo su madre como si nada. Intentaba ofrecer un aspecto digno e indiferente.

—Brenda, tráele un vaso de agua a mi madre, por favor.

La anciana asintió y se marchó a cumplir su requerimiento. Regresó poco después y entregó el vaso de agua a su madre, antes de retirarse.

—Esto no es necesario —declaró Alicia antes de beber el primer sorbo—. Estoy bien.

—Pues claro que no lo estás —replicó irritada y preocupada a la vez—. Y en cuanto te bebas esto, me vas a decir por qué.

Su madre la miró y pudo ver en sus ojos la emoción y el agradecimiento.

—¿Vuelves a preocuparte por mí? —inquirió, y la esperanza que se reflejó en su mirada la hizo resoplar.

—Todavía estoy enfadada contigo —aclaró—, pero eres mi madre y no te veía llorar desde el funeral de papá. Así que supuse que debía venir.

—Gracias.

Resopló de nuevo, cruzada de brazos.

—¿Qué te pasó?

—Nada. Solo pasó lo que tenía que pasar. —Suspiró e hizo una mueca—. Tú tenías razón: no debería haberme enredado con Patrick. Ha sido un fiasco.

La observó sorprendida y descruzó por inercia los brazos.

—¿Esa es la razón por la que estás así? —Al no obtener respuesta y viendo la expresión de su rostro, no pudo evitar enojarse—. ¿Qué te ha hecho ese tío? Dime. —Bufó—. Sabía que esto acabaría mal. ¡Lo sabía! Contratar a un *gigolo* no es la solución a tus problemas...

—Suzie, por favor, ahora no —le suplicó.

Ella se controló apretando los puños. Quería decirle que no fuese tan tonta, que debería haberle hecho caso desde un principio y haber dejado a ese tío. Así se habría ahorrado un montón de problemas y esas lágrimas que, por su culpa, estaba derramando.

—¿Vas a decirme, al menos, qué demonios pasó?

—Fui a verlo y estaba con otra mujer: una chica joven..., más joven que yo e, incluso, más que él.

Sus ojos se abrieron con asombro, y su boca los siguió.

—¡Pero será...! Después de haberte sacado los cuartos, ¿ahora te engaña con una jovencita? —Se indignó—. ¿Cómo puede ser tan...? ¿Y quién es ella?, ¿la

conocemos?

—Da igual quién sea —declaró restándole importancia.

—No me lo puedo creer. —Comenzó a pasearse enfadada de un lado a otro —. Cabrón... Sinvergüenza. Hijo de...

—Esto pone fin a nuestro acuerdo —anunció su madre, y sus palabras la hicieron detenerse y volverse a mirarla.

—Espero que le hayas exigido que te devuelva el dinero. Yo le habría dado una paliza y lo habría hecho pagar los intereses.

—El dinero no me importa —replicó abatida—; lo que me duele es la traición. Teníamos un acuerdo, y él se lo ha saltado. Y lo peor es que me lo ha ocultado. Me ha engañado; le pregunté hace días si había conocido a otra persona, y me dijo que no.

—¿Y por qué se lo preguntaste? ¿Ya lo sospechabas?

Su madre asintió.

—Estaba muy callado y distante, cuando normalmente es simpático y sociable.

—Es un mentiroso; eso es lo que es. Si ya estaba con ella entonces, debería habértelo dicho a la cara.

—Eso habría roto las reglas de nuestro acuerdo igualmente, pero habría sido lo mejor —corroboró asintiendo—. Por lo menos, habría sido sincero.

—Le voy a partir la cara —dijo, tras una pausa, y echó a andar con decisión hacia la puerta.

Su madre fue tras ella. La detuvo en el umbral, agarrándola por el brazo, y la miró alarmada.

—¡Suzie, no! No quiero que hagas eso.

—¿¡Qué no!? ¿Y qué esperas?, ¿que me quede aquí sentada viéndote llorar, mientras ese tío y su querida se van de rositas?

—No quiero hacer una tragedia de esto y tampoco quiero que tú te involucres.

—¡Pero, mamá!

—La culpa es mía —alegó—. Soy una vieja estúpida y me dejé llevar por mis hormonas como una quinceañera. Él nunca fue mío, ni siquiera era mi

amigo. Yo solo pagaba por salir y acostarme con él; eso es todo.

Oyéndola, no pudo evitar conmoverse.

—Tú no eres vieja, mamá. Y tampoco eres estúpida. A veces, metes la pata, pero... ¡él no tiene ningún derecho a hacerte esto! —Estalló frustrada—. Es su culpa, no la tuya. Él es el responsable. Lo que tienes que hacer es obligarlo a devolverte tu dinero y, luego, echarlo del pueblo.

—No puedo hacer eso —declaró sorprendida por su planteamiento—. Munysporth no es mío.

—Pues ya verás como yo lo consigo...

—Suzie, no. Espera.

—No puedes dejar que ese hombre se burle de ti. No pienso consentirlo.

—Por favor. —La detuvo cuando ella hizo amago de echar a andar de nuevo—. Lo único que quiero hacer ahora es quedarme quieta y dejar que me trague la tierra —confesó avergonzada—. Si de verdad quieres hacer algo por mí, si de veras quieres ayudarme..., quédate conmigo. Eres mi hija y, en estos momentos, necesito tu apoyo.

La observó con el rostro contraído por la rabia. Estaba furiosa por lo ocurrido y, en parte, culpaba a su madre por ser tan idiota y no haberse dado cuenta antes de la clase de víbora que estaba metiendo en su cama. Sin embargo, analizando los hechos, llegó a la conclusión de que ella, en realidad, había sido una víctima... De su propia ceguera, sí, pero una víctima al fin y al cabo. Había dejado de lado a su familia para irse con ese tío, y entonces pagaba las consecuencias. Estaba sufriendo y la miraba buscando su apoyo y su consuelo. Era su madre...

Con un bufido, renunció definitivamente a sus planes. Le dio la espalda y permaneció así, en silencio, a escasa distancia de ella y con los brazos cruzados. Cuando su madre se le acercó para abrazarla por detrás y depositar un agradecido beso sobre sus cabellos, no dijo nada..., pero tampoco se apartó.

Era casi la hora de la cena cuando Suze apareció en la casita de invitados. Estaba calentando un arroz tres delicias en el microondas cuando la vio aparecer y salió de la cocina al vestíbulo para recibirla.

—¿Dónde estabas? —preguntó curiosa y un tanto preocupada—. No te he

visto en toda la tarde.

—Estaba con mi madre —declaró al tiempo que se dejaba caer, con un suspiro, en el sofá.

Al oír eso, no pudo evitar la inquietud que inundó su estómago. Se acercó hasta su amiga con cautela.

—¿Has... hablado con ella?

—Sí. —Permaneció en silencio unos segundos, antes de estallar—. ¿¡Te puedes creer que ese tío la ha engañado!? —inquirió al tiempo que se daba la vuelta para mirarla—. ¡A mi madre! La ha dejado tirada por otra más joven. Pero ¿qué clase de...?

—Suze, Patrick no puede haber dejado a tu madre porque ellos no mantienen una relación.

—¿Y eso qué más da? Tenían un acuerdo, Phoebe. Y él la ha engañado, encima, con alguien más joven. ¿Te das cuenta de la humillación que eso supone para ella? Se siente como una vieja estúpida, y no lo es. Odio a ese tío. Desde que ha aparecido, no ha hecho más que joderla.

—Estoy segura de que Patrick no pretendía...

—Haz el favor de no ponerte de su parte —le recriminó entretanto se ponía en pie, con enfado—. Me parece increíble que aún seas capaz de defenderlo. No sabes el daño que le ha hecho a mi madre.

—Lamento mucho que tu madre sufra por esto; no se lo merece. Y es cierto que Patrick ha hecho mal en romper su acuerdo, pero habrá que tener en cuenta las circunstancias...

—¿¡Pero qué dices!? ¿¡Circunstancias!? La única circunstancia aquí es que ese tío es un cabrón y un sinvergüenza. Ha engañado a mi madre y le ha sacado el dinero. Y pretendía seguir haciéndolo mientras estaba con la otra. ¡Por Dios, si hasta es más joven que él! —Resopló indignada—. Ese tío no se merece que mi madre haya puesto sus ojos en él. Lo único que me alegra de todo esto es que, al menos, ella ya se ha dado cuenta. En cuanto a él, es un mentiroso y un farsante. ¿Pero qué se puede esperar de un hombre que se gana la vida acostándose con mujeres por dinero? Está acostumbrado a jugar con ellas, a estafarlas.

—Patrick no ha estafado a nadie.



—¡Tú no sabes nada! —exclamó destilando en sus palabras todo el desprecio que guardaba para él.

Incapaz de soportarlo, dio un paso al frente.

—Te equivocas. Sí que lo sé..., lo sé porque yo soy esa mujer.

Suze se la quedó mirando sin comprender.

—¿Qué?

Apretó los puños, mientras reunía un valor —que no sentía— para confesar.

—Yo he estado con Patrick esta mañana, cuando tu madre ha venido a verlo. Soy yo quien ha estado con él, Suze. Yo soy esa mujer.

Su amiga tardó varios segundos en reaccionar, pero al final lo hizo. Explotó como una olla a presión.

—¡No puedo creerlo! ¿¡Cómo has sido capaz...!? ¿¡Cómo has podido!?

—No estaba planeado. Tratamos de evitarlo, pero no pudimos.

—¿¡Que no pudisteis!? —La miró sin dar crédito—. ¿¡Pero tienes idea de lo que estás diciendo!? ¡Sabías que ese tío se acostaba con mi madre y, aun así, has estado viéndote con él...!

—¡Solo nos hemos visto un par de veces! Acordamos que estaríamos juntos hasta septiembre y que lo mantendríamos en secreto para no hacer daño a nadie.

—¡Cállate! —la censuró y, por la expresión de su rostro, era evidente que intentaba controlarse.

—Suze, tienes que escucharme.

—¡Ni te atrevas a hablarme! ¡Tú sabías quién era ese hombre! ¡Lo sabías, incluso, antes que yo! ¡Sabías en qué andaba metido con mi madre y que yo lo aborrecía, pero eso no te detuvo para ir a meterte en su cama!

—Yo no me he metido en su cama.

—¿¡Y ahora me sales con que no queráis hacer daño a nadie!?

—Te estoy diciendo la verdad.

—¡A la mierda la verdad! ¡No te mereces ni que te mire a la cara! —Pasó a su lado como una ventolera, rumbo a su habitación. De pronto, la vio detenerse en el umbral—. Lárgate de mi casa —declaró con voz queda.

—Suze...

—Eres una traidora y no quiero volver a verte —sentenció y entró en su

cuarto luego de dar un portazo.

Se quedó allí, desconcertada y casi temblando. Las lágrimas comenzaron a agolparse tras sus pestañas y algunas se derramaron por sus mejillas. Contempló la puerta de su amiga y supo que la suerte estaba echada, que ella misma se lo había buscado y que ya no tenía remedio.

Marcharse era lo único que podía hacer. Quizá, con el tiempo, pudiese conseguir que Suze la perdonase por lo que había hecho.

Cuando abrió la puerta y la vio al otro lado, con expresión desamparada y con dos enormes bolsas de equipaje a sus pies, se temió lo peor.

—Lo siento —dijo Phoebe observando su rostro, preocupado—. He hecho una tontería.

—¿Qué ha pasado? —inquirió y se hizo inmediatamente a un lado para dejarla entrar.

—Le he contado a Suze la verdad —declaró mientras pasaba al comedor y dejaba sus bolsas junto a la puerta.

—¿¡Por qué lo has hecho!? —La miró sorprendido. Phoebe suspiró y fue a sentarse en la silla más cercana. Él se acercó para apoyar una mano sobre su hombro—. Dime qué es lo que ha ocurrido —le pidió al ver que ella parecía a punto de echarse a llorar.

—Suze ha hablado con su madre y se ha enterado de lo que ha pasado esta mañana. Ha estado toda la tarde consolándola y, cuando regresó, estaba furiosa. Comenzó a despotricar contra ti y... simplemente no pude soportarlo. Intenté hacerla entrar en razón, pero ya sabes cómo es. Al final se lo solté. —Lo miró compungida—. Patrick, lo siento, no debería haberlo hecho.

—Tranquila, ya pasó —la consoló. Depositó un beso en su frente y, a continuación, echó un vistazo a las bolsas que ella había traído consigo—. Has decidido marcharte.

—No, Suze me ha echado.

—Lo siento muchísimo.

Phoebe sorbió por la nariz mientras intentaba recuperar la compostura. Lo miró en tono de disculpa.

—Sé que ya te he causado muchos problemas y no quiero ser una molestia,

pero ¿podría quedarme contigo...? No tengo adónde ir.

—Pues claro que sí. No seas tonta; para mí no es ninguna molestia. Recuerda que estamos juntos en esto. —Le acarició el rostro con ternura para tranquilizarla—. No has hecho nada malo, solo te has acostado conmigo.

—Según Suze, eso equivale a una traición.

—Tú no has traicionado a nadie —afirmó molesto por la acusación.

En su opinión, Phoebe no tenía que dar cuenta de sus acciones a nadie. Ella no estaba sujeta a un contrato ni tenía una ética laboral que cumplir, como en su caso. Él la había cagado con Alicia, pero hacer el amor con un hombre al que tu amiga aborrece porque se acuesta con su madre... Bueno, eso, en todo caso, era una falta de solidaridad o de respeto, pero no una traición.

—Nos lo hemos montado fatal, ¿verdad? —inquirió la joven en ese momento, lo que lo sacó de sus pensamientos.

Suspiró.

—Me parece que sí, pero ya está hecho y no podemos lamentarnos toda la vida por algo que queremos evitar y no podemos. No es nuestra intención causar ningún daño.

—Pero lo hemos hecho. Yo he perdido a una amiga y tú, una clienta a la que estimas. Y no nos engañemos; esto afectará tu trabajo.

—Es probable. Pero, aun así, quiero estar contigo... Si tú también quieres, claro. No me importa que esto no vaya a durar más de un verano. Si no estás arrepentida de lo sucedido y quieres quedarte aquí conmigo, me gustaría...

Ella se inclinó para besarlo y anular sus palabras. Fue un beso suave e íntimo, al que ninguno de los dos pudo resistirse.

—Quiero estar contigo —declaró Phoebe— una semana o un mes, me da igual. Ya no podemos dar marcha atrás y quiero que estemos juntos.

—Yo también.

Volvió a besarla mientras acariciaba su cabello. La rodeó por la cintura y la acercó todo lo posible a él.

## Capítulo 25

Habían transcurrido cuatro días desde su encontronazo con Patrick y con Phoebe en la casita de la playa. Se había pasado todo aquel tiempo pensando, analizando la situación y sus propias acciones... y sacando conclusiones que no la hacían sentir precisamente bien consigo misma.

En esos momentos se hallaba en su estudio, sentada en su escritorio frente a la pantalla de su portátil, que reflejaba sus últimos movimientos bancarios. Frunció el ceño y desvió la vista con disgusto.

Estaba perdida en sus pensamientos cuando oyó que alguien carraspeaba suavemente frente a ella. Alzó la vista y se encontró con el mayordomo, quien aguardaba con paciencia a que ella le brindase su atención.

—¿Qué ocurre, Brian?

—El señor Welsh ha venido a verla, señora.

—Hazlo pasar —ordenó al tiempo que se levantaba del sillón.

El mayordomo asintió y se retiró. Patrick entró en la habitación segundos después, arrebatadoramente guapo, en vaqueros y camisa blanca. Tuvo que contenerse para no revelar cuánto le afectaba aquella bella estampa y todo lo que esa le recordaba: los acontecimientos de días anteriores y de más atrás.

—Esperaba que vinieras —declaró en un tono tan resignado como sincero.

—Ya me conoces; no iba a dejar las cosas como estaban.

—Acabo de ver tu transferencia. —Suspiró—. No era necesario que me devolvieses el dinero...

—Sí lo era. —Hizo una mueca y la miró con seriedad—. Alicia, lamento tener que admitirlo, pero no he sido honesto contigo en esta ocasión. Como ya te he dicho, lo mío con Phoebe no estaba planeado. No queríamos hacer daño y hemos intentado resistirnos, pero las cosas han salido así. No ha estado bien que

yo haya roto mi acuerdo contigo de esa forma. Te he hecho daño, además de que has pagado por un servicio que al final no has recibido. Te debo una disculpa y, desde luego, no merezco tu dinero.

—Quédate con una parte, al menos. La que te corresponde por las semanas que me has brindado.

Él negó con la cabeza.

—No sería justo.

—Es lo más justo, y lo sabes. Esta misma tarde te haré la transferencia.

—No quiero ese dinero.

—No me importa. Yo siempre pago mis deudas; ya lo sabes.

—Alicia...

—No pienso discutir —dijo tajante. Él suspiró, sabía que era inútil insistir—. Merezco una compensación, es cierto, pero yo tampoco me he comportado correctamente en todo este asunto; así que supongo que estamos en paz..., más o menos.

—Reaccionaste como era de esperar; cualquier mujer en tu situación se habría enfadado

—Sin embargo, tenías razón en algo de lo que me dijiste —le concedió y lo miró con tristeza—: «Tú y yo no mantenemos una relación». Yo reaccioné como una mujer celosa que pilla a su novio con otra. Me sentí traicionada y humillada no tanto por el hecho de que rompíes nuestro contrato, sino simplemente porque había otra mujer..., una que encima era más joven que ambos.

—Alicia, perdóname. Yo no pretendía herirte.

—Lo sé. Me parece que los dos hemos metido la pata en esto: tú, por hacer lo que has hecho y yo, por hacerme a la idea de que había más entre nosotros de lo que en realidad había. —Suspiró con pesar—. Lo nuestro es una relación comercial, por mucha amistad y placer que mezclamos en ella.

—No se trata solo de eso. Yo te aprecio y lo digo sinceramente; me pareces una mujer maravillosa y llena de cualidades. Alicia, cualquier hombre te querría como compañera.

—Cualquier hombre menos tú.

—Yo...

—No es una crítica —aclaró. A continuación, chasqueó la lengua—. ¿Sabes cuál es el problema? Que eres demasiado guapo y demasiado bueno en tu trabajo. Una ve esa cara y se olvida del mundo. Y sabes muy bien cómo hacer para que una mujer se sienta a gusto consigo misma. Haces que nos sintamos especiales. Y por sentirse así hay mucha gente dispuesta a pagar. Por eso es por lo que tu negocio va tan bien.

Patrick bajó la cabeza un momento y, segundos después, volvió a alzarla para mirarla a los ojos.

—No finjo, ¿sabes? No se trata de engañar a nadie.

—No, solo de crear una bonita ilusión. Una ilusión que *a priori* no hace daño a nadie, pero que sí te la crees demasiado, como hice yo. Acabas sufriendo por tu error.

—Esa no era mi intención. Lo siento.

—Ya estamos en paz. No tiene sentido hacer una montaña de esto. A partir de ahora, seré más precavida con la compañía que contrato. Y por favor, no te sientas mal. Ya está todo arreglado.

—Lamento que hayamos terminado así. —La miró con genuino pesar.

—Yo también, pero creo que era necesario. Esto me ha venido bien para abrir los ojos y darme cuenta de en qué me estaba equivocando. Me estaba aferrando a ti como un niño se aferra a un juguete; pensando que, mientras pagase, podría tenerte a mi antojo y que duraría para siempre. Pero tú no eres un juguete, Patrick; ni tampoco eres mío, nunca lo has sido. Mi error fue convencerme de lo contrario.

—Bueno, si te sirve de consuelo, no has sido la única.

—Sobre la base de mi experiencia, sé que eso es verdad. —Se lo quedó mirando con una mezcla de añoranza y tristeza, sin poder ocultar la admiración que le despertaba su belleza—. ¿Sabes lo que cuentan sobre Helena de Troya, que su hermosura hizo zarpar mil barcos? Siempre he pensado que era una exageración, pero ahora lo comprendo. La belleza es algo extraño: cuanto más la vemos, más la deseamos y más queremos poseerla. Es un oscuro objeto de deseo; ¿no es así como lo llaman?

Patrick asintió. Ella hizo una mueca.

—Empiezo a dudar de que sea un don. —Tras una pausa, prosiguió—: Te agradezco que hayas venido y que hayamos podido poner esto en claro. Por mi parte, no hay nada más que decir; está todo perdonado.

—Gracias.

—Me gustaría que zanjásemos este asunto por las buenas. —Le ofreció su mano, que él estrechó—. Espero que te vaya bien, Patrick. Hasta la vista.

—Adiós, Alicia. Ha sido un placer.

—Lo mismo digo.

Él se dio la vuelta para marcharse, y ella lo observó hasta que hubo desaparecido por la puerta. Sintió la pérdida pero, al mismo tiempo, sabía que estaba haciendo lo correcto. El rencor y los reclamos estaban fuera de lugar en aquella situación. Lo supo apenas tuvo algo de tiempo para pensar con claridad. Y el paso de los días, una vez superado el primer estallido de rabia y autocompasión, se lo había confirmado.

En esos momentos solo lamentaba una cosa —aparte de que sus relaciones con Patrick se habían acabado— y era que Phoebe, siendo la menos pecadora de las partes, también estaba pagando las consecuencias; Suzie le había hablado de la bronca que ambas habían mantenido y de cómo había echado a su amiga de casa.

Aquel era un hecho violento, sin duda, y mucho se temía —conociendo el carácter de su hija— que el perdón tardaría en llegar... Si es que algún día lo hacía. Suspiró.

Ojalá Suzie encontrase la manera de perdonar a Phoebe, porque por experiencia sabía que el rencor solo servía para una cosa: agriar la vida de las personas.

## Capítulo 26

Aquella era una de esas tardes en las que el tiempo avanza lento y perezoso.

En la última planta de un edificio de apartamentos del centro del pueblo, en un modesto *loft* propiedad de Gerry Fowler, Suzanne y su novio descansaban tendidos en la cama. Por toda la habitación, la ropa de ambos se esparcía en un reguero desordenado de prendas que conducía hasta el lecho.

—¿Y os habéis peleado? —preguntó el joven una vez que la rubia terminó de relatarle su problema.

—Tuvimos una discusión —declaró molesta—. Me ha sentado fatal lo que me dijo. ¡Se puso de parte de Phoebe y de ese tío! Se supone que es mi amiga y debería apoyarme.

—Estoy seguro de que lo hace, pero Becca tiene sus propias ideas —replicó mientras acariciaba con ternura su brazo desnudo.

—¿Sus propias ideas? —Suzanne se incorporó, hasta quedar sentada, y lo miró con el ceño fruncido—. Le dije que Phoebe se estaba acostando con ese tío a mis espaldas, que me había mentido sobre su relación con él y que se estaban viendo, a pesar de que ella sabía que él se acostaba con mi madre. ¡Y va y me suelta que no es para tanto! Que, en todo caso, es Patrick el que hizo algo malo al romper su acuerdo con mi madre. Y que, si él y Phoebe lo habían mantenido en secreto, era obviamente porque no querían causar problemas. ¡Me dijo que mi rencor hacia Patrick era infantil! —afirmó incrédula—. Y que me había pasado de la raya al echar a Phoebe de casa, que tendría que haber sido más comprensiva con ella.

—Bueno, en parte, tiene razón —coincidió. Al ver como ella lo miraba, rectificó—: Mira, entiendo que estés dolida por lo que hizo tu amiga. Pero, por



todo lo que me has contado, parece que esos dos simplemente tuvieron un desliz. Él tenía un compromiso con tu madre que rompió de mala manera y, en cuanto a ella, es obvio el motivo por el que te ha decepcionado, y tienes derecho a enfadarte. Aunque, en realidad, lo único que Phoebe hizo fue acostarse con alguien a quien tú aborreces y ocultártelo para que no te cabreases. ¿Qué habrías hecho tú en su lugar?

—No acostarme con él.

—¿Y si no hubieses podido evitarlo? —presionó y obtuvo el silencio por respuesta—. Piensa en ello.

Suzanne permaneció callada un rato, sopesándolo. No quería darle la razón..., y mucho menos quería dársela a Rebecca; había sido muy desconsiderada al decirle aquello. Tacharla de infantil... ¡Vamos, hombre! A saber cómo reaccionaría ella de saber que su perfecta madre era clienta asidua del tal Patrick y que había sido esa quien se lo había recomendado a su madre.

Observó a Gerry con el entrecejo fruncido; mientras, él la contemplaba haciendo gala de su infinita paciencia, entretanto le daba el espacio necesario para que pudiese pensar y sacar sus conclusiones.

—¿Crees que me estoy equivocando? —preguntó esperando una respuesta sincera.

—Creo que estás obcecada contra ese tío desde el primer día. Y es normal que te enfades por lo que pasó; esto os ha hecho daño a ti y a tu madre. Pero no me parece que alguno de los dos lo hiciese con mala intención. Si intentaron evitarlo y no pudieron... —Se encogió de hombros—. ¿Qué iban a hacer?, ¿gritarlo a los cuatro vientos? Sabían lo que ocurriría: tu madre reaccionaría mal y tú no lo aprobarías.

—Por supuesto que no. De todos los tíos que hay en el mundo, no entiendo por qué tenía que liarse con él. ¡Se estaba acostando con mi madre, por amor de Dios! Phoebe no podría haber escogido peor. Esto no acabará bien —vaticinó al tiempo que meneaba la cabeza.

—Bueno, no le quites la piel al oso antes de matarlo. Ya les ha salido mal, y no creo que les pueda ir peor. Estamos hablando de una relación de verano: se acabará en cuanto Phoebe tome el tren a Nueva York. ¿Acaso no es eso lo que

los dos han acordado?

Suzanne calló y desvió la vista. Gerry se incorporó en la cama y se inclinó para abrazarla, entretanto depositaba un cariñoso beso sobre sus cabellos.

—Cuando lo hayas pensado bien, habla con Phoebe y pídele disculpas si es necesario. —Ella se separó de él para mirarlo, contrariada por su consejo—. Habéis sido amigas durante tres años, Suzanne. No podéis perder una buena amistad por culpa de un tío que no va a durar más que un verano. Sería una estupidez y las dos os arrepentiríais. Además, ella ya te ha pedido perdón, ¿no?

La rubia asintió y apretó los labios. En su rostro se reflejó el disgusto que sentía ante la situación.

—No pienso pedir disculpas. Odio hacerlo.

—Pues no lo hagas, pero dile lo que sientes, al menos. Seguro que ella lo comprenderá.

—Ya veremos.

Ambos sabían que acabaría cediendo. Por más testaruda y rencorosa que fuese, la verdad era que quería mucho a Phoebe y, en el fondo, la mayor parte de su enfado provenía del rencor que le guardaba a Patrick y no tanto de la decepción que le había provocado su amiga.

Gerry aguardó unos minutos más antes de volver a abrazarla y besarla.

—Tengo que marcharme ya —anunció mientras se apartaba de ella para salir de la cama.

—¿No puedes quedarte un rato más? —inquirió Suzanne decepcionada. Esa tarde apenas habían podido pasar un par de horas juntos.

—Me encantaría, pero tengo que trabajar —dijo al tiempo que se ponía los pantalones—. Puedes quedarte si quieres. Cuando vuelva, podemos hacer juntos la cena.

—De acuerdo, pero antes pienso bajar al mercado a comprar algo de comida —declaró y le lanzó una mirada de desaprobación mientras él terminaba de vestirse—. Tu nevera está raquítica. Sabes que existen más alimentos, aparte del pan de molde y los huevos, ¿no?

Gerry sonrió a modo de disculpa.

—El trabajo me roba mucho tiempo.

—Sí, claro. Lo que pasa es que eres un vago —lo acusó en tono gruñón y salió de la cama para vestirse también.

Una vez ambos estuvieron listos, marcharon juntos hacia el ascensor. Una vez dentro de ese, Gerry rodeó a su novia con un brazo, por los hombros, y depositó un beso afectuoso en su frente cuando ella lo correspondió aferrándolo por la cintura.

La noche del sábado decidieron salir del pueblo.

Condujeron durante hora y media hasta Whorton, un pequeño municipio de unos ocho mil habitantes, ubicado entre la aldea de Elisabethtown y el pueblo de Moriah. Habían reservado mesa en un restaurante a las siete y comprado entradas para pasar una velada entretenida en el teatro local, a eso de las nueve.

Dejaron el coche en el aparcamiento del Bed&Breakfast, donde tenían una habitación reservada. Se trataba de una casa particular de estilo victoriano, no muy lejos del centro, donde se hallaban tanto el teatro como el restaurante, por lo que pudieron desplazarse tranquilamente, andando a todas partes.

El restaurante resultó ser un lugar encantador, a la par que elegante. Construido enteramente en madera, el olor a naturaleza y a la cera de abejas que usaban como limpiador se mezclaba en el aire con los sabrosos aromas del pescado y de otras comidas que se servían allí. Los dos quedaron encantados con el sitio, y mucho más con el menú; escogieron degustar las ostras, la trucha con almendras y guarnición de vegetales y un sabroso helado de postre, además de un estupendo vino blanco para acompañar.

El teatro, ubicado unas calles más abajo, los mantuvo entretenidos durante la siguiente hora y media; vieron una comedia de enredos ambientada en un edificio de apartamentos, con los inquilinos como protagonistas. La obra los hizo reír y despejarse, que era justo lo que necesitaban..., sobre todo Phoebe. El problema entre Patrick y Alicia ya se había resuelto, pero no así el que ella mantenía con Suze. Unas risas y una cita estupenda como aquella era lo que le hacía falta a la joven para olvidarse de los problemas que atravesaba la relación con su amiga.

Después del teatro, Patrick llevó a su compañera de vuelta al hotel. Caminaron cogidos de la mano, recogieron su llave en recepción y, al llegar a la

puerta de su habitación, ya se estaban besando. Atravesaron el umbral; él la abrazaba por la cintura mientras repartía pequeños besos por su cuello y estiraba la pierna para cerrar la puerta con el pie. Dejaron las llaves por ahí olvidadas, y el bolso de ella acabó cayendo sobre la cama, unos segundos antes de que ellos mismos lo hicieran.

Se desnudaron mutuamente entretanto intercambiaban besos y caricias. Llegado el momento, la chica hizo que ambos giraran para quedar ella encima, a horcajadas, en una postura propicia que dejaba libre el pene de su compañero para poder manejarlo a su antojo.

—Tengo algo para ti —le dijo esbozando una sonrisa a la que él no pudo evitar corresponder.

—¿Más lubricante? —preguntó, lo que la hizo reír.

—No, algo nuevo —declaró y, tomando su bolso, rebuscó en su interior hasta obtener lo que buscaba.

Sacó a la luz un pequeño anillo de material gelatinoso, incoloro y flexible. En la parte de arriba, se levantaban unos divertidos picos que semejaban la silueta de un diablillo y, a los lados, estaba el mecanismo para iniciar o detener la vibración.

Patrick la miró encantado.

—Es uno de mis juguetes favoritos —confesó ella—. Se puede usar muy bien entre dos.

—¿Tienes muchos juguetes más como este? —inquirió observándola con picardía—. Eres una mujer de recursos.

—Pocos recursos, en realidad: solo tengo cuatro juguetes.

—¿¡Solo cuatro!? —Meneó la cabeza al tiempo que chasqueaba la lengua—. Tengo que pervertirte más.

Phoebe rio y se inclinó para besar su cuello.

—Dame una oportunidad —susurró en su oído, en un tono lleno de promesas—. Antes de colocarte el anillo, tengo que prepararte.

—¿Y cómo has planeado hacerlo?

La respuesta llegó enseguida, cuando la muchacha se inclinó sobre él para acariciar su cuello con los labios, al mismo tiempo que deslizaba suavemente los

dedos por su miembro y se detenía para jugar con sus testículos.

Patrick jadeó.

—Oh, Phoebe...

Se rindió a ella desde ese preciso instante, y su compañera supo recompensarlo por su entrega. Recorrió su cuerpo usando hábilmente sus manos, sus labios y su lengua, sin dejar de estimularlo..., al igual que él solía hacerlo con ella. Cuando estuvo lo bastante excitado, le colocó el preservativo y, después, el anillo, que puso a vibrar justo en la base de su pene.

Patrick la reclamó enseguida con un gruñido impaciente, y ella lo complació al instante. Lo introdujo con una mano en su interior y comenzó a moverse arriba y abajo, estableciendo un ritmo que les gustaba a ambos. Cada roce y cada vibración eran una delicia, y pronto sus gargantas expresaron todo el placer que sentían sus cuerpos.

Phoebe tomó las manos de su compañero y enlazó sus dedos con los de él. El joven coordinaba sus movimientos para proporcionarle más placer y aguardó, hasta el momento adecuado, para detenerse y parar el vibrador. Ella respondió con un gemido de protesta.

—Solo un momento —musitó con voz ronca—. Quiero cambiar de postura.

Giraron y él quedó encima, arrodillado entre sus piernas. La tomó por los tobillos y colocó una pierna sobre cada uno de sus hombros, separándolas debidamente. Volvió a poner en marcha el anillo y reanudó la penetración; lenta al principio, más intensa después.

Gimieron al unísono, mientras él iba aumentando poco a poco el ritmo. Finalmente, no pudo aguantar más y liberó sus piernas para llegar hasta Phoebe, abrazarla y atacar a besos su garganta, conforme ambos se iban acercando más y más al placer.

Fue una noche muy larga.

## Capítulo 27

Descansaban plácidamente. Habían despertado hacía poco, pero ninguno de los dos quería abandonar su posición. Estaban tumbados en la cama, abrazados, con la cabeza de ella sobre el pecho de él. Se sentía tan bien...

—Echaré de menos esto cuando esté en Nueva York —confesó Phoebe con un suspiro.

Giró la cabeza para mirarla con una leve sonrisa. Le acarició el cabello y la joven alzó la vista para observarlo con sus brillantes ojos negros.

—¿Me vas a echar de menos? —le preguntó en un tono que intentaba ser bromista, pero revestía más seriedad de la que él mismo querría.

—Sospecho que sí. ¿Y tú? ¿Te acordarás de mí?

—Tal vez. —Sonrió y, correspondiendo a su sonrisa, ella se incorporó para besarlo con afecto en los labios.

Profundizó el beso y, cuando ese concluyó, volvió a estrecharla contra su pecho. Se abrazaron sin querer desprenderse el uno del otro. Les quedaba poco tiempo para separarse, tan solo unas semanas. Después de aquello, ¿quién sabía si volverían a verse? Nueva York era una ciudad enorme. Tal vez, podrían coincidir algún día y juntarse para rememorar viejos tiempos...

Era mejor no engañarse. Lo suyo no estaba destinado a durar, aunque él empezaba a desearlo. Pero ni siquiera tenían tiempo para una relación...

—¿De qué parte de Maryland eres? —preguntó Phoebe de repente.

—¿Por qué quieres saberlo? —inquirió extrañado.

—Curiosidad.

Dejó caer un beso sobre su pelo.

—Towncliffe. Es un pueblecito del condado de Carroll.

—Suenas encantador.

—Lo es. Está lleno de vacas.

Phoebe se rio. Se sentó en la cama y lo observó divertida.

—¿Esa es tu definición de «encantador»?

—Más o menos..., pero se le acerca bastante.

Ella volvió a reír y él la correspondió con una sonrisa.

—¿Echas de menos el lugar donde te criaste? —le preguntó tras una pausa, mirándolo con curiosidad.

—Sí.

—Entonces, serás feliz cada vez que vayas a visitar a tu madre.

—Lo soy. Siempre regreso a la ciudad con unos kilos más, pero me compensa.

Phoebe le dedicó una cariñosa sonrisa. Él la correspondió y alzó una mano para acariciarle el rostro que, a aquella hora de la mañana —con la melena alborotada, aquel brillo en los ojos y los últimos rastros de rubor en las mejillas —, le parecía el más hermoso del mundo. Sintió la creciente necesidad de besarla...

—Patrick —dijo, lo que lo sacó de sus pensamientos—. ¿Alguna vez has pensado en retomar tus estudios?

—¿Por qué lo preguntas? —Contrariado frunció el ceño.

—Porque sé que era lo que querías hacer cuando te mudaste a Nueva York. Y he visto las fotos que colgaste en la casita; son muy buenas. Podrías dedicarte a la fotografía sin ningún problema.

—Phoebe. —Suspiró, haciendo una mueca, mientras se incorporaba para sentarse en la cama—. No voy a negar que alguna vez lo he pensado, pero no puedo dejar mi profesión en estos momentos. Me quedan todavía algunos años por delante y quiero aprovecharlos. Necesito ahorros para asegurar el futuro y, además, tengo una vida que mantener; la ropa, la comida, las facturas... e, incluso, los estudios no se pagan solos.

—Lo sé, pero la profesión de acompañante no es la única que puede darte lo que deseas. Hace poco me dijiste que nunca habías dejado del todo el modelaje.

—Las empresas y las agencias buscan modelos jóvenes —replicó—. Tengo casi treinta años, y cada vez me llaman menos. Algún día dejarán de hacerlo.

Ella hizo una mueca.

—Patrick, yo...

—Sé que tienes buena intención —declaró al tiempo que tomaba su mano y la acariciaba suavemente—, pero esta es mi vida. No puedo ni quiero cambiarla, y te agradecería que tú tampoco intentases hacerlo, ¿de acuerdo?

—No estoy intentando cambiarte —alegó—, pero es que veo que aspiras a otras cosas y me gustaría que las consiguieras. Tú no entraste en esta profesión porque quisiste, sino porque te viste obligado. Después, supongo que te acomodaste, pero siempre has querido ser fotógrafo. Viniste desde Maryland para eso, ¿recuerdas?

—Esa parte de mi vida ha quedado atrás. —La miró con seriedad—. Mi profesión es lo que tengo ahora. Y sí, me he acomodado a ella —admitió—. No es tan mala; de hecho, me ha brindado un montón de cosas buenas.

—¿Como estabilidad económica, conocer a mucha gente y viajar? —inquirió con un leve tono irónico que lo molestó y le hizo fruncir el ceño.

—Sí, y no me arrepiento de ello. Vivo como quiero, sin privarme de nada, y por supuesto que me gusta viajar y conocer gente. He tratado con muchas personas interesantes en mis años como acompañante... Clientas, en su mayoría. —Vio como ella apretaba ligeramente los labios, pero lo ignoró—. Todo lo que tengo y todo lo que sé sobre mujeres lo he aprendido con ellas y guardo un estupendo recuerdo al respecto. De Charlotte, por ejemplo; era una anciana encantadora, una mujer maravillosa que solo quería que alguien le brindase la atención que sus hijos no le daban. Paseos por el parque y visitas al museo: eso era todo lo que pedía. Me trató como a un miembro más de su familia, y le debo mucho. No la habría conocido de no haber sido por mi profesión; por eso y por otras cosas, no puedo renegar ni arrepentirme de lo que soy.

—¿Y qué pasa con todas esas clientas que te ven como un objeto? Las que solo quieren a un niño bonito que lucir frente al mundo, esas que solo buscan cubrir sus necesidades y no ven más allá de la fachada ni les interesa hacerlo. O las que se pelean por ti, las que intentan chantajearte...

—Todas forman parte de mi trabajo, y ninguna es mejor ni peor que las otras —afirmó tajante. Estaba empezando a enfadarse—. No deberías ser tan



prejuiciosa.

Phoebe lo miró incrédula.

—¿¡Prejuiciosa!? ¿Yo?

—¿Qué idea tienes de mi profesión? —interrogó—. Crees que es denigrante porque ofrezco mi tiempo y mi cuerpo a otras personas por dinero. ¿Piensas que es un servicio exclusivo para mujeres desesperadas, viejas o solteras, tal vez? Atiendo a clientas de todas las edades, Phoebe. Cada una con sus necesidades; ¿las culpas por ello?

—Yo no...

—Resulta muy arrogante por tu parte.

—¿¡Así que ahora me he convertido en una arrogante!? —inquirió observándolo con enojada sorpresa.

—Phoebe, yo soy lo que soy. Espero que lo entiendas.

—Lo entiendo.

—Y aun así crees que debería cambiar. Muy bien, yo también lo pienso..., pero con el tiempo, cuando ya no pueda seguir como acompañante y le haya sacado todo el jugo a este trabajo, cuando tenga el futuro mínimamente asegurado.

—Se trata de eso, entonces; es una cuestión de dinero.

—De estabilidad —la corrigió— y de tener algo para el futuro.

—Puedes tenerlo de otras maneras.

—No quiero otras maneras.

Se quedaron en silencio, desafiándose mutuamente con la mirada.

—Perfecto —dijo Phoebe y, al cabo de un momento, apartó las sábanas para ponerse en pie y alejarse de él.

—¿A dónde vas?

—A darme una ducha. Son casi las nueve; deberíamos regresar a Munysporth.

Entró en el baño y cerró la puerta tras ella, sin decir una palabra más. Él suspiró y se pasó una mano por el pelo, se sentía tan frustrado como irritado. ¿Por qué tenían que pelearse cuando, apenas quince minutos antes, estaban tan bien? ¿Por qué ella no podía comprenderlo? ¿Por qué estropear un bonito

momento con tonterías?

Quizás, había sido demasiado cortante. Phoebe no tenía mala intención, tan solo... Volvió a suspirar. Cerró los ojos con fuerza y deseó poder echar el tiempo atrás y haber evitado aquella estúpida pelea. Había sido totalmente absurda e innecesaria.

El viaje de regreso a Munysporth lo hicieron en silencio.

No dejaba de darle vueltas en su cabeza a lo ocurrido, pero no se animaba a sacar el tema de nuevo. El ambiente dentro del coche fue tenso durante todo el camino, hasta que llegaron al pueblo y aparcaron en la casita de la playa.

Al salir del vehículo, Phoebe anunció que iría a dar un paseo. «Preciso despejarme», le dijo. Él quería seguirla, pero sabía que ella necesitaba su espacio y se lo dio. Entró apesadumbrado en la casa y, dejando las llaves sobre la mesita del café, se sentó en el sofá. Se levantó, para tomar un libro de la estantería más cercana, e intentó leer para distraerse.

En esas estaba cuando Phoebe regresó, una hora después. Se sentó a su lado, sintió como sus brazos lo rodeaban por la cintura y como su cabeza se apoyaba en su hombro y buscaba consuelo en él. Chasqueó la lengua, sabía que lo peor ya había pasado. Correspondió a su abrazo estrechándola y depositó un beso de reconciliación sobre su frente.

—Lo siento —se disculpó ella—. Lo siento, yo...

—Tranquila, no pasa nada. —Se separó para mirarla. Había arrepentimiento en sus ojos—. Oye, la gente discute de vez en cuando.

—Tenías razón: soy una prejuiciosa y una arrogante.

—No. —Negó muy serio con la cabeza,—. Me pasé al haberte dicho eso, no debería haberlo hecho. Te pido perdón.

—Yo debería haber sido más comprensiva. Tu profesión...

Suspiró.

—Mira, mi profesión es complicada; para la gente en general..., es prostitución. Incluso, algunas clientas se sienten incómodas con ella; piensan que hacen algo malo al contratar los servicios de un hombre para que las acompañe o para que tenga sexo con ellas. Tú piensas igual que los demás porque no tienes mucho conocimiento de a lo que me dedico, y no puedo culparte por ello.

—Pero yo tendría que mirar más allá, en vez de quedarme en la superficie.

—Tú has mirado más allá desde el principio, Phoebe —le recordó con una sonrisa agradecida. Había sido gracias a eso que los dos habían llegado a tener la relación que tenían, la complicidad y amistad de la que disfrutaban actualmente—. No te culpes por haber tenido un tropezón.

Ella se quedó callada unos instantes. Después, asintió.

—No quiero que te enfades por lo que voy a decir —dijo tras una pausa. Lo miró y él casi tragó saliva, pues sabía lo brutalmente honesta que podía ser a veces—. Pienso que es muy triste que haya personas que sientan esas carencias en su vida y que la única manera que tengan de satisfacerlas sea pagando. Me indigna la idea de que alguien se ofrezca a sí mismo, como si fuese un producto más, en el mercado; las personas no son mercancía.

—Yo jamás me he sentido como mercancía en mi trabajo, Phoebe.

—¿Y ninguna de tus clientas te ha tratado nunca como tal? ¿Qué me dices de Sylvia Ainsley y su chantaje? Ella realmente creía que tenía derecho a tratarte así porque, en sus propias palabras, podía hacerlo y tú no eras más que un *gigolo*. ¿Y la escena de celos que nos montó la señora Tindale? —añadió—. Dijo que había pagado por ti, en exclusiva, como quien paga por un plato de caviar y espera que se lo sirvan bien. —Resopló.

La miró con seriedad.

—Tienes que comprender que yo ofrezco un servicio a mis clientas... en exclusiva, sí. Y ellas pagan por ello, así que tienen todo el derecho a reclamar si no están satisfechas. Aun así —la interrumpió educadamente cuando ella hizo amago de hablar—, los ejemplos que has utilizado no son la norma. Son hechos aislados y me gustaría que te dices cuenta. Lo de Alicia fue un arrebato, comprensible en su situación y, en cuanto a Sylvia..., las clientas que chantajean no son aquellas con las que uno suele trabajar. La amplia mayoría son mujeres normales y encantadoras que solo buscan a alguien con quien pasar un rato agradable o que les preste atención, y para nada me hacen sentir como un objeto.

—Pero no puedo evitar pensar que, en el fondo, te ven como tal —dijo haciendo una mueca—. ¿Qué eres tú para ellas? Solo un desconocido. Eres ese chico guapo al que contratan para que las haga sentir a gusto o quedar bien,

como quien se compra un vestido bonito, se da un masaje en un *spa* o se come una delicia de chocolate. En más de un caso, no solo satisfaces sus necesidades, Patrick; satisfaces su ego. ¿Y cuántas de ellas ven más allá de eso? ¿Cuántas tienen en consideración al hombre que hay detrás del servicio?

—Más de las que te imaginas. Muchas sienten curiosidad por la persona que contratan. Pero no se trata de intimar con las clientas, sino de ofrecerles un servicio. Es por eso por lo que pagan.

—Dicho así, suena tan frío...

—Lo es menos de lo que crees —aseguró. Tomó la mano de ella entre las suyas y la acarició con cariño—. Pero no quiero que te preocupes por eso. Tú y yo tenemos una relación distinta y nos queda poco tiempo juntos, así que prefiero que no lo pasemos peleando ni discutiendo sobre los pormenores de mi profesión.

Ella suspiró.

—Es que quiero lo mejor para ti —confesó mirándolo a los ojos—. No deseo que nadie vuelva a tratarte como lo hicieron Sylvia Ainsley y la señora Tindale. Ni tampoco que dejes de lado tus sueños, al contrario. Quiero que consigas lo que desees, Patrick, y que seas feliz.

No pudo evitar una sonrisa. Se sentía conmovido por el cariño que le profesaba.

—En estos momentos —afirmó entretanto acariciaba su mejilla con ternura—, tú eres lo que me hace feliz.

Se inclinó para besarla y ella lo correspondió enseguida. Su mano acarició sus cabellos y los dos se abrazaron hasta que, en un momento dado, él la hizo tenderse en el sofá y se tumbó encima.

Continuaron besándose y acabaron haciendo el amor ahí mismo, en el sofá donde todo había empezado para ellos.

## Capítulo 28

Habían transcurrido varios días, y cada quien hacía honor a su rutina: algunos trabajaban, otros disfrutaban de sus vacaciones y la mayoría se dedicaba a pasar el tiempo con sus amigos, con sus parejas o con sus familias.

Con el paso del tiempo, la casita de invitados se había convertido en una casa muda. Suzanne había decidido quedarse allí por comodidad y para mantener su independencia, pero era la única ocupante y se le caían las paredes encima con tanta soledad. Llegar a casa y que nadie la saludase, no ver a Phoebe paseándose por el salón o preparando algo de comer en la cocina, no poder hablarle ni compartir con ella sus secretos y problemas...

La situación se había vuelto rara e insostenible. Gerry tenía razón: debía hablar con su amiga y solucionar aquello. Así que, un día, simplemente se armó de valor, cogió las llaves del coche y condujo directa hasta la casita de la playa. Sabía cuál era porque no tenía pérdida; todos conocían la casa del viejo Barnard.

Al aparcar en el patio, se permitió un solo segundo de duda porque temía acobardarse en el último momento y salir corriendo. No quería que eso pasara, así que se bajó del Nissan y, plantándose decidida frente a la puerta principal, llamó al timbre.

Fue él quien le abrió la puerta, y Suzanne tuvo que controlar su temperamento al verlo. Se envaró instintivamente y, con su ceño más fruncido, ignoró la expresión de sorpresa en el rostro del hombre y puso todo de su parte por ser amable.

—¿Está Phoebe en casa?

—Sí —respondió Patrick una vez pasado el momento de estupefacción—. ¿Quieres hablar con ella? —La rubia asintió y él le franqueó la entrada—. ¡Phoebe! ¡Phoebe, baja! ¡Suzanne ha venido a verte!

La joven morena tardó unos segundos en aparecer en la barandilla del piso superior. La rubia elevó la vista y se quedó observando a su amiga, que le devolvió la mirada en silencio. Era la primera vez que se veían tras la pelea, y Suzanne no pudo evitar aquella sensación extraña en su estómago que la hacía sentir vulnerable y no le gustaba en absoluto.

Phoebe bajó las escaleras para reunirse con ella, y Welsh las dejó a solas, farfullando algo sobre un grifo roto en el piso de arriba. Desapareció por las escaleras y, durante el periodo de silencio que se estableció tras su marcha, ambas jóvenes se miraron la una a la otra.

—¿Cómo estás? —preguntó al fin la rubia, tratando de romper la incomodidad que flotaba entre ellas.

—Bien, ¿y tú?

—Bien.

—¿Quieres sentarte? —le ofreció Phoebe entretanto señalaba con un gesto hacia el salón.

Suzanne asintió y caminaron juntas hasta el sofá.

—He venido a disculparme —anunció un segundo después de que se sentaran. Su amiga la observó en silencio—. Creo que he hecho las cosas mal —declaró avergonzada y bajó la mirada.

—En realidad, reaccionaste como era de esperar —dijo la morena—. Yo no debí mentirte. Sabía que te pondrías furiosa, por eso lo hice. No pretendía hacerte daño y tampoco quería tener problemas...

—Lo entiendo.

—¿De veras?

—Sí. Y creo que me pasé de la raya al echarte de casa. Es que estaba muy enfadada, me sentía traicionada...

—Era lógico. —Suspiró—. Eran precisamente ese tipo de cosas las que Patrick y yo pretendíamos evitar manteniendo lo nuestro en secreto..., pero no pudo ser.

Suzanne se la quedó mirando intrigada.

—¿De verdad te gusta ese tío?

—Si no me gustase, no estaría con él.

—Ya, pero... se acostaba con mi madre —señaló incómoda.

—Y lo ha hecho con muchas más. Yo también me he acostado con otros hombres. No pasa nada; no vivimos en la Edad Media.

—Pero él es un profesional, Phoebe. Se acostó con esas mujeres por dinero.

—No siempre —alegó. Tras una pausa, añadió—: Mira, a mí no me importa el pasado, me importa el presente. Patrick y yo estamos juntos porque queremos estarlo. Y él es un buen hombre, Suze. Cuando te molestas en conocerlo y miras más allá de su cara bonita o de su profesión, te encuentras con alguien que merece la pena. Es amable, cariñoso y divertido, además de considerado y muy comprensivo.

—Parece un dechado de virtudes cuando lo describes así. Algún defecto ha de tener.

—Los tiene, y yo también. Intentamos lidiar con ellos lo mejor que podemos. Suzanne resopló ligeramente, tratando de aceptar las palabras de su amiga.

—Bueno, pero ¿tú estás contenta? ¿Él te hace feliz?

—Sí.

—Entonces, supongo que está bien. —Suspiró resignada.

Phoebe la contempló y no pudo evitar una sonrisa entre feliz e incrédula. Una parte de ella no daba crédito al ver a su amiga actuando de semejante manera, y la otra se sentía orgullosa. También, conmovida porque sabía lo difícil que tuvo que haber sido para Suze haber llegado hasta ese punto y haber dejado a un lado su orgullo y sus prejuicios para perdonarla, olvidar el pasado y —más aún— aceptar que mantenía relaciones con un hombre al que ella aborrecía.

Suzanne la miró tras pasar unos segundos en silencio.

—Bueno, ¿me perdonas o no? —inquirió con un tono que, pese a la contención, no dejó de sonar brusco.

Phoebe sonrió aún más. Aquella era la Suze que ella conocía.

—Claro que sí. Siempre y cuando tú me perdones también.

—Pues claro que te perdono. Si no, ¿para qué he venido hasta aquí?

Por toda respuesta, la morena abrazó a su amiga y, tras los primeros segundos de incomodidad, Suzanne la correspondió.

—Siento que las cosas hayan sido así —confesó—. Te he echado de menos.

No quiero que estemos enfadadas.

—Yo tampoco. Y también te he echado de menos. —Se separaron y la rubia asintió comprensiva. Pasaron unos instantes hasta que volvió a hablar—. Dentro de dos semanas, es la fiesta de fin del verano en el club. Había pensado que, tal vez, querías venir conmigo y con los demás. Será divertido.

—Me encantaría. —Sonrió—. ¿Aún quedan entradas?

—Te conseguiré una. —Al cabo de un momento, hizo una mueca y su rostro reflejó tristeza—. Será la última noche que pasemos juntas, antes de que vuelvas a Nueva York. Considerando que puede que no nos veamos de nuevo, me gustaría que todo fuese perfecto y que no hubiese malos rollos entre nosotras.

—A mí también me gustaría.

—Si piensas llevarlo... —añadió. Hizo una pausa mientras se armaba de valor—. Bueno, la entrada es para dos. Por mi parte, no hay ningún problema en que él acuda contigo a la fiesta.

—Gracias. —Agradecida y aliviada, amplió su sonrisa. Aquello sí que era un gesto por su parte—. Se lo diré.

Suzanne asintió con sequedad. Tras un breve silencio, sabiendo que el tema ya había sido zanjado, Phoebe condujo la conversación para ponerse al día de las novedades que se había perdido mientras habían estado enfadadas. Su amiga le habló de su relación con Gerry, la cual marchaba viento en popa; también le contó sobre Rebecca y lo contenta que estaba por su inminente viaje a la India; y hablaron sobre Olga, que se había roto el pulgar del pie derecho al haberse lanzado imprudentemente desde el trampolín de la piscina de su casa. La joven iba a pasarse el resto del verano con el dedo inmovilizado.

Pasaron un buen rato charlando y, cuando los temas de conversación se agotaron, Suzanne decidió que tenía que volver a casa, y ambas se despidieron con la promesa de que la rubia le haría llegar la invitación a su amiga en unos días.

En cuanto Suzanne se fue, Phoebe subió al piso de arriba. No encontró a Patrick en el dormitorio, pero vio la puerta del baño cerrada y supo enseguida que él se habría retirado allí para darles mayor intimidad y evitar ser testigo involuntario de su conversación. No había paredes que separasen el dormitorio



del piso de abajo y, como consecuencia, podía oírse todo.

Llamó a la puerta y, cuando él abrió, supo —por su gran sonrisa— que el problema se había solucionado. Phoebe lo abrazó y él la estrechó entre sus brazos, contento, pues sabía lo importante que era aquello para ella; había recuperado a su amiga y él no podía menos que compartir su felicidad.

—¿Qué tal estoy? —le preguntó mientras daba una vuelta sobre sí misma.

En ese momento estaba en la cocina, tomándose una cerveza, y se quedó maravillado al verla. El cabello negro le caía en una coleta, sobre el hombro derecho, y exhibía una bonita cascada de ondas. Llevaba un maquillaje sutil que resaltaba sus mejores rasgos; su piel bronceada contrastaba —de manera muy atractiva— con el gris perla de su vestido, un palabra de honor de estilo años cincuenta que habían adquirido juntos, días atrás, en una *boutique* del centro del pueblo.

—Estás preciosa —declaró al tiempo que dejaba la cerveza a un lado para ir a por ella. La tomó por la cintura, le dio un beso y sonrió—. Y pensar que no querías comprarte el vestido para la fiesta...

—Ya te dije que no hacía falta —replicó. Acto seguido, sonrió—. Pero me alegro de que me convencieras.

—Te lo dije: los momentos especiales requieren una vestimenta especial.

—Tenías razón —admitió y lo besó con ternura.

—Pásatelo muy bien —le deseó al concluir el beso, al tiempo que apoyaba su frente sobre la de ella.

—Lo haré.

—Siento envidia de todos los que van a estar allí contigo esta noche.

—Tú también puedes venir. Aún estás a tiempo; la invitación es para dos.

—No. —Negó con la cabeza—. Este es tu momento; yo solo lo estropearía. Suzanne ha podido invitarme como gesto de buena voluntad, pero ambos sabemos que mi presencia la incomodaría. No quiero incordiar, quiero que esta noche todo sea perfecto para las dos.

Ella sonrió conmovida.

—En compensación por su bondad, señor, pienso comerlo a besos en cuanto regrese —prometió entretanto deslizaba ambas manos por su espalda y repartía

caricias que resultaban más que agradables—. Entraré directamente en su cama y lo atacaré sin piedad.

—¿¡Cómo!? ¿A traición? —inquirió fingiéndose escandalizado.

—Y con alevosía —aseguró sonriendo al estrechar su abrazo.

—Si es así, me veré obligado a defenderme.

—Puedes intentarlo —susurró contra sus labios, antes de volver a besarlo.

Esa vez el beso fue más largo y profundo. Tanto se abstraieron el uno en el otro que solo el sonido de un claxon en el patio pudo detenerlos.

Suspiraron al separarse.

—Esa es Suze. Me tengo que ir.

—Diviértete. Yo aguardaré tranquilamente a que me despiertes con uno de tus besos asesinos.

—Espérame, bello durmiente —se despidió en tono jocoso.

La vio marchar con una sonrisa. Al cerrarse la puerta a sus espaldas, esa sonrisa decayó y finalmente se perdió; en su lugar quedó una expresión de añoranza y tristeza.

## Capítulo 29

La fiesta de fin del verano en el club de campo fue espectacular, como todos los años.

Tras la sabrosa cena de gala, pudieron disfrutar de la pista de baile y de una barra de bebidas libre. En el precioso jardín había instalada una enorme y elegante carpa, con diminutos haces de luz que trepaban —cual enredaderas— por sus cuatro postes y por el techo e iluminaban los terrenos como una bandada de luciérnagas en plena noche.

Phoebe y ella pasaron la mayor parte del tiempo en compañía del grupo. Todos disfrutaron mucho de la fiesta y, cuando esa al fin concluyó, sobre las cuatro de la madrugada —con unos espléndidos fuegos artificiales y con el discurso de despedida de Oscar Fowler, dueño del club y padre de Gerry—, se despidieron todos con abrazos y parabienes para el resto del año, pues la mayoría no volvería a verse hasta Navidad... o hasta el verano siguiente.

Entonces ella llevó a Phoebe a casa y, durante el viaje, estuvieron hablando de la fiesta y de muchas cosas más. Cuando aparcó finalmente frente a la casita de la playa, permanecieron en silencio un largo rato; sabían que había llegado el momento.

—¿Mañana tomarás el tren en la estación? —le preguntó al tiempo que se volvía a mirarla.

—Sí, por la tarde.

—Patrick te acompañará, supongo.

—Sí. Él tiene que tomar otro tren, pero iremos juntos a la estación.

—Claro.

Se quedaron calladas y, de repente, ella se inclinó para abrazarla. El gesto pilló a Phoebe por sorpresa, pero la correspondió en cuanto pudo reaccionar.

Había mucha emoción contenida en aquel gesto, y estuvieron un rato abrazadas hasta que finalmente se separaron.

—Perdona —le dijo entretanto giraba la cabeza, para mirar por la ventanilla, en un intento de disimulo—. Me prometí a mí misma que no te haría una escena...

—Tranquila, a mí también me cuesta. Te voy a echar mucho de menos, Suze. Pero Nueva York no está tan lejos; quizá, no podamos vernos mucho, pero estaremos en contacto. Recuerda que tienes que invitarme a la inauguración de tu consulta —declaró risueña.

Ella sonrió y se volvió a mirarla.

—Por supuesto. El traspaso ya está apalabrado; el doctor Eckhard se jubila a finales de año, entonces, yo me haré cargo.

—Me alegro mucho por ti, Suze. Te irá genial, ya lo verás.

—Y tú no descuides tus estudios, ¿vale? Vas a ser la mejor cirujana del Bellevue.

Phoebe se rio.

—Primero, tienen que aceptarme en su programa, y apenas quince estudiantes lo consiguen cada año.

—Tú lo lograrás. Eres buena en tu trabajo y tus notas son de las mejores de la facultad.

—Aún me queda un año más, y habrá que esperar hasta julio para la entrevista. Pero no te preocupes; pienso seguir dándolo todo.

Sonrió segura de que lo haría. Se sentía orgullosa de su amiga, simplemente, por ser como era. Y sabía que cualquier cosa que se propusiera en el futuro lo conseguiría.

—Creo que debería entrar ya —dijo Phoebe tras una pausa—. Mañana será un día largo. Imagino que lo pasarás con Gerry, ¿no?

—Sí. El domingo se vuelve a Ithaca, así que hemos decidido aprovechar el tiempo que nos queda.

—Hacéis bien. —Asintió esbozando una sonrisa—. Espero que os vaya genial a los dos. Cuidaos mucho, ¿de acuerdo? Sobre todo tú.

—Tú también. —La abrazó al tiempo que sonreía y la estrechaba con fuerza

—. Adiós, Phoebe.

—Hasta la vista, Suze.

Se bajó del coche y ella permaneció allí hasta que la vio entrar. Su amiga se giró en el umbral para despedirla —por última vez— con la mano y, segundos después, desaparecía dentro de la casita.

En ese momento, encendió el motor y se alejó por donde habían venido. Por el camino no pudo evitar algunas lágrimas, pues con Phoebe se marchaban tres años de convivencia y de amistad sincera.

Se levantaron tarde al día siguiente.

En torno a la una y media, tras tomar un rápido almuerzo, introdujeron sus equipajes en el maletero del Chrysler y salieron hacia la estación de tren. Había quedado allí, sobre las dos, con el empleado de la casa de alquiler de coches, para devolver el vehículo alquilado.

Cuando llegaron, el hombre ya estaba esperándolos. El empleado le hizo firmar un formulario y, luego, le entregó un recibo a cambio de las llaves. Phoebe y él sacaron su equipaje del coche y se adentraron en la estación, mientras el empleado se alejaba con el Chrysler. Tomaron asiento en el andén nueve, ya que sus respectivos trenes saldrían de allí, con quince minutos exactos de diferencia entre uno y otro.

El tren con destino a Nueva York llegó primero. Se pusieron en pie, al tiempo que la máquina iba deteniéndose sobre las vías, y caminaron hacia él como lo hacían muchas personas más a su alrededor. Se congregaban a escasos metros del tren para aguardar a que saliesen los viajeros y, así, poder ocupar los vagones.

Phoebe se giró hacia él mientras apretaba la correa de la bolsa de viaje que llevaba colgada del hombro. Se miraron en silencio. Había llegado el momento.

Intentó permanecer indiferente, que no le afectara porque sabía que sería duro...; ya lo estaba siendo. Sin embargo, los dos eran conscientes de su situación y habían tomado una decisión, así que debían ser coherentes con ella.

—Cuídate mucho —le dijo entretanto se guardaba las manos en los bolsillos para reprimir el impulso de tocarla—. Tienes mi teléfono; mándame un mensaje, cuando llegues a casa, para saber que estás bien.

—Lo mismo te digo. —Esbozó una débil sonrisa—. Espero que tengas un buen año.

—Gracias, igualmente.

Se quedaron en silencio. Tras unos segundos, aprovechó para abrir su bolsa y sacó de ella un paquete de tamaño medio, con forma cuadrada. Lo había envuelto mientras Phoebe se duchaba pues, en el último momento, no había soportado la idea de dejarla marchar sin nada.

—He... —empezó. Carraspeó y se lo entregó incómodo—. Te he traído un regalo. Es un recuerdo del verano.

Phoebe se lo quedó mirando unos instantes, sin decir nada. En sus ojos se leía la sorpresa y, también, la emoción.

—No tenías que haberte molestado. Yo no te he traído nada...

—No seas tonta. Ábrelo, anda.

Lo abrió con cuidado, intentando no estropear demasiado el papel. Al ver lo que había debajo, una sonrisa iluminó su rostro. El regalo era una foto enmarcada en negro, que mostraba una panorámica del anochecer en la playa de Munysporth. La imagen retrataba fielmente la gama de dorados, rojos y morados del cielo y su contraste con el azul de las aguas, mientras el sol se sumergía en ellas como una bola de fuego.

—Me encanta esta foto —afirmó mirándolo emocionada—. Es mi favorita de todas las que hiciste.

—Lo sé. Siempre te parabas a contemplarla cuando pasabas por delante de ella. Quiero que la tengas, sé que es especial para ti.

—Gracias, Patrick.

Le dio un abrazo y él la correspondió. No pudo evitar dejar caer un sentido beso en la curvatura de su cuello, y atesoró su olor y la sensación de tenerla por última vez entre sus brazos.

—Los momentos que he pasado contigo han sido los mejores —le confesó al oído, incapaz de contenerse—. Me has dado un mes de tu vida, y creo que ese es el mejor regalo que me han hecho nunca. Me alegro de haberte conocido y no sabes cuánto lamento tener que dejarte...

Phoebe estrechó aún más el abrazo. Acarició sus cabellos y parecía que iba a

decirle algo cuando el altavoz de la estación la interrumpió anunciando la última llamada para los pasajeros del tren a Nueva York.

El peso de la realidad los aplastó a ambos como una pesada losa.

—Tienes que irte —declaró al tiempo que se separaba de ella—. Que te vaya bien en el viaje.

La joven lo miró, y al instante supo que la había decepcionado. Tal vez, esperaba que él dijese cualquier otra cosa; seguramente, que aprovecharse para cambiar de opinión a última hora..., pero no lo hizo. No le dejó a su compañera más remedio que recoger sus bolsas, como quien recoge su dignidad del suelo, y marcharse.

Phoebe entró en el tren y se dio la vuelta justo cuando las puertas se cerraban. Clavó sus ojos negros en él, con tristeza y con una indescriptible frustración. Tras dedicarle una última mirada, desapareció de su vista definitivamente.

La máquina se puso en marcha y se llevó a sus pasajeros con ella. Sintió el descabellado impulso de correr por el andén persiguiéndola; tal vez, incluso, abordarla para reunirse con Phoebe. Pero se dijo que aquel era un deseo ridículo. ¿Había tomado una decisión o no? ¿Acaso no había quedado claro para ambos por qué lo suyo no podía ser? Impotente apretó los puños.

En sus vidas existían obligaciones que los separaban, obligaciones que no podían ignorar y que hacían inviable una relación entre los dos. Mirando la situación desde un punto de vista objetivo, el que ella fuese a estar tremendamente ocupada con sus estudios era algo que podía superarse; pero que él dejase su profesión y cambiase de vida para estar con ella..., eso ya era más complicado.

Tragó saliva. Sentía que estaba cometiendo un acto de cobardía y se despreció por ello, pero ya le había dejado bien claro a Phoebe por qué no podía abandonar su empleo... No todavía, al menos. Dejar de ser acompañante no significaba, simplemente, cambiar de ocupación. Suponía abandonarlo todo: su trabajo, su hogar, su vida... Todo eso se perdería. Podía vivir de sus ahorros, claro, pero ¿cuánto tardaría en acabarse el dinero? Daba igual que fuesen meses o años; abandonar por amor el modo de vida estable que llevaba era lanzarse de

cabeza a lo desconocido. Y eso, como todo el mundo sabe, conlleva grandes riesgos y consecuencias.

¿Y si salía mal? ¿Qué pasaría entonces? ¿Volvería a su antigua vida, sin más? Otra vez con el corazón roto y con el rabo entre las piernas, como un perro. No le gustaba la idea.

Phoebe era una mujer maravillosa. La quería y sabía que merecía la pena, pero la merecía alguien que estuviese dispuesto a jugársela por ella. Y la triste realidad, por mucho que le doliese, era que él no estaba preparado para hacerlo.

Resopló, enfadado consigo mismo, y consultó su reloj de muñeca para comprobar que solo quedaban diez minutos para que su tren apareciese. Deseó fervientemente que lo hiciera, pues en ese momento quería abandonarlo todo. Quería dejar Munysporth atrás y, con él, las vivencias que había tenido en el pueblo.

Había renunciado a Phoebe y se aborrecía por ello, pero ya no había nada que hacer; estaba todo más que dicho y hecho. En esos momentos lo único que le restaba era subir a su tren y partir rumbo a Maryland, donde disfrutaría —por un mes— de la afectuosa compañía de su madre, quien sin duda sabría cómo hacerle olvidar el vacío que sentía en su interior.

En octubre regresaría a Nueva York, y la vida seguiría... tal y como lo había hecho siempre.



## Epílogo

### *Hospital Bellevue, Nueva York, un año después*

La enfermera sentada tras el mostrador volvió a clavar sus ojos en él.

Llevaba casi una hora sentado en la sala de espera, con su mejor traje —el azul oscuro— y con una rosa roja en el regazo. Durante todo aquel tiempo, el equipo de enfermería al completo y varios doctores habían pasado por delante de él, al menos, dos veces. Él ni se había inmutado, pues estaba acostumbrado a que su belleza llamase la atención...

Una doctora vestida con su atuendo de cirujano pasó, en ese momento, por delante del mostrador, con la vista fija en el historial médico que iba leyendo.

—Doctora Dillan —llamó la enfermera y, al oírla, la mujer se detuvo y la miró con curiosidad—. El señor Welsh ha venido a verla.

Él se puso en pie nada más oír mencionar el apellido. Cuando la enfermera se lo señaló, Phoebe se giró, y fue evidente su sorpresa por la forma en que tensó el cuerpo. La enfermera volvió, como si nada, a la revista que estaba leyendo, pero podía sentirse su mirada inquisitiva sobre ellos.

La ignoró al tiempo que enarbolaba la rosa como si fuese un escudo... o una ofrenda de paz. Dejó que el arrepentimiento se le reflejase en el rostro, mientras sus ojos se recreaban en Phoebe. Su expresión dejaba claro que no estaba muy contenta de verlo. Era lógico, teniendo en cuenta lo sucedido la última vez que se habían visto. Además, estaba el hecho de que, durante aquellos doce meses, apenas habían mantenido contacto, y no solo porque los dos habían estado muy ocupados.

La había decepcionado. La había dejado marchar sin haberse atrevido a hacer nada por conservarla; sabía que era ingenuo por su parte presentarse en su lugar de trabajo y pensar que ella, una mujer adulta con orgullo y con dos dedos de

frente, podía perdonarlo simplemente porque había ido hasta allí armado con sus disculpas y con una bonita flor...

—Acompáñame a la sala de médicos —le indicó al acercarse a él con cara de pocos amigos.

La siguió dócilmente. Phoebe llamó a la puerta de la sala, antes de entrar, para cerciorarse de que ningún compañero estuviese dentro. Tras comprobar que así era, lo hizo pasar con un gesto; entró tras él y cerró la puerta.

La habitación era amplia, de planta rectangular y estaba totalmente pintada de blanco. El techo era alto, con luces acopladas. A la derecha había una enorme mesa de madera, rodeada por sillas plegables y colocada frente a una pizarra blanca, donde Patrick supuso que los médicos debían de celebrar sus reuniones. A la izquierda había una pareja de sofás color berenjena con aspecto muy cómodo que, sin duda alguna, serían utilizados para echarse una siesta muy a menudo. En la pared del fondo, se encontraban varias máquinas expendedoras de agua, café, sándwiches y bebidas ligeras.

Phoebe le señaló uno de los sofás, y fueron a sentarse allí.

—No esperaba que vinieras —declaró con semblante serio.

—Decidí presentarme. Te llamé, pero no cogiste el teléfono...

—He estado ocupada, y parece que tú también. —Al ver que la miraba extrañado, se explicó—. Hace poco te llamé, pero me temo que me contestó una de tus clientas, una mujer francesa.

La vio apretar los labios y la observó con sorpresa.

—Phoebe, no es lo que piensas...

—Por favor, Patrick, no tienes que darme explicaciones.

—La mujer que te contestó era Lorraine Michon —informó—. En efecto, es francesa, pero desde hace años vive en Nueva York y es profesora en la escuela de fotografía. Ha visto algunos de mis trabajos y le han gustado. Cree que podría llevar a cabo una exposición con mi obra y con la de otros artistas noveles en el Soho. Por ese motivo estaba en mi casa cuando llamaste: vino a hablarme de eso.

Ella lo miró incrédula.

—¿Una exposición? ¿Escuela de fotografía? ¿De qué estás hablando?

—He dejado mi trabajo, Phoebe..., hace dos meses. Vendí el apartamento y

el Porsche, me mudé al bajo Manhattan para estar más cerca de la escuela y me inscribí en el programa de formación que ofrecen. —Esbozó una sonrisa—. Dura dos años pero, como me convalidaron las asignaturas del año que había cursado, solo tendré que estudiar otro año más para graduarme. Mira. —Sacó la cartera del bolsillo y la abrió para enseñársela—. ¿Ves? Ahí tienes mi carné de estudiante.

Phoebe se inclinó para observarlo.

—Lo hiciste —susurró y lo miró estupefacta—. Finalmente, lo hiciste.

—Sí.

Viendo su escueta sonrisa, los labios de Phoebe se fueron apretando cada vez más, y al final estalló descargando toda su frustración.

—¿¡Y tenías que esperar tanto para hacerlo!? ¿¡Por qué no lo hiciste cuando aún estábamos a tiempo...!?

—Tú sabes por qué. —Posó una mano sobre la suya, para intentar tranquilizarla, y la miró con solemnidad—. Phoebe, lo siento muchísimo, me porté como un cobarde contigo. Debería haberte escogido entonces y no lo hice. Lo siento... más de lo que puedas imaginar. Me hizo falta casi un año para darme cuenta de que esto era en verdad lo que debía hacer, lo que tendría que haber hecho hace tiempo, incluso antes de conocerte.

—Y no lo hiciste por miedo —concluyó disgustada.

—Exactamente. —Hizo una mueca que reflejaba su vergüenza—. Adelante, puedes despreciarme todo lo que quieras por ello. Yo lo hago.

Phoebe se rebulló. Parecía irritada, vulnerable y confusa a la vez.

—Patrick, yo solo...

—Lo sé. Sé que querías lo mejor para mí. Querías estar conmigo y que yo fuese feliz, y no te hice caso. Lo siento. Suena fatal, pero es lo único que puedo decir. —Apretó su mano arrepentido—. No me lo merezco. No me merezco que me aceptes de nuevo y no he venido aquí pensando que voy a conseguir algo. Si quieres rechazarme, estás en todo tu derecho, y lo entenderé. Ninguna mujer debería aceptar al cobarde que la dejó tirada y que no estuvo dispuesto a jugársela por ella cuando hizo falta. Phoebe, tú me lo diste todo, y yo apenas te di nada. Fui sumamente injusto contigo. Te arriesgaste por mí cuando más lo

necesitaba, y no supe corresponderte...

—¿Y has traído una rosa para intentar arreglarlo? —inquirió mientras observaba la flor con escepticismo.

En ese momento reparó en ella, la alzó e hizo una mueca al contemplarla.

—Una rosa no compensa; ya lo sé. La he traído porque..., bueno, porque no sabía cómo disculparme y pensé que... —Suspiró—. Creí que sería un detalle.

—Lo es —dijo Phoebe y tomó la rosa. Él la miró esperanzado—. No puedo negar que aún sigo enfadada contigo por lo que pasó, pero a la vista está que las circunstancias y nosotros mismos hemos cambiado mucho durante este último año. Es bueno darse cuenta de los errores aunque sea tarde.

—Sé que lo hecho ya no se puede arreglar, pero...

—No voy a echarme en tus brazos, Patrick —le advirtió mirándolo muy seria—. Sin embargo, puedo aceptar tu rosa y tus disculpas..., y a ti —declaró de una forma que casi hizo volar su corazón—. Aunque, desde ya, te digo que no será fácil. Ahora mismo no tengo tiempo para relaciones, ni siquiera para romances, y no estoy dispuesta a tropezar dos veces con la misma piedra.

—Tranquila, esta vez pienso poner todo mi empeño. Te compensaré, lo prometo.

—No es necesario. Lo pasado no importa; el presente es lo único que podemos manejar... y cambiar.

—Pues cambiémoslo para mejor ahora mismo.

Se inclinó hacia ella con intención de besarla, pero Phoebe se le adelantó. Sus labios se encontraron y despertaron una pasión que había estado dormida —no extinta— durante todo el tiempo que habían pasado separados.

—Te he echado de menos... —Suspiró contra sus labios, casi sin aliento.

—Calla y bésame —lo cortó ella y no tuvo que repetirlo dos veces.

Perdieron de vista cualquier otra cosa que no fueran ellos mismos y les daba igual que alguien pudiera entrar y sorprenderlos. Estaba uno en los brazos del otro después de un largo tiempo. Había mucho que decir sin palabras, y eso era lo único que importaba.

Si te ha gustado  
*Bajo la maldición de Adonis*  
te recomendamos comenzar a leer  
*Un amor tras la tormenta*  
de Maritza G.



Capítulo 1

Lucía se dirigía a casa cuando una tormenta los tomó de improviso. Su esposo se encontraba frente al volante, mientras que su único hijo estaba en la parte trasera de la Chevy Tahoe; aunque era un vehículo alto, Lucía tenía temor de toparse con calles inundadas.

No era ningún secreto que en Houston aquello sucedía en época de lluvias, sobre todo después del huracán que había azotado la ciudad un año atrás. Cada vez que se pronosticaba una tormenta, la gente temía lo peor. A cada milla que avanzaban, la lluvia se intensificaba y, si eso no fuera poco, la oscuridad de la noche no ayudaba a calmar los nervios de Lucía.

La visibilidad era nula; la carretera, prácticamente, se encontraba vacía. Eran las dos de la madrugada cuando regresaban de una fiesta. Lucía le había suplicado a Carlos volver antes pero, las tres veces que ella se lo había pedido, él se había negado alegando que la estaba pasando muy bien en compañía de sus amigos.

Había estado bebiendo desde que habían llegado a la fiesta, alrededor de las ocho de la noche. Al momento de irse a casa, él insistió en manejar diciendo que se encontraba en perfecto estado. Lucía trató de disuadirlo, pero fue inútil; una vez que él tomaba, se portaba intransigente.

Sumida en sus pensamientos no era consciente de lo que pasaba en la carretera; la relación entre ellos ya no era la misma de siempre. Se habían casado muy jóvenes, después de que ella se había quedado embarazada. Querían darle un hogar a su hijo; por lo tanto, habían decidido hacer más formal su relación. De eso ya habían pasado ocho largos años.

Su hijo Sebastián era el amor de su vida. Un niño muy tranquilo, noble, cariñoso e inteligente. Tenía siete años, cursaba el segundo año de primaria. Las maestras que tenía en el colegio estaban encantadas con él, pues era muy aplicado y siempre prestaba ayuda a los demás.

Era muy querido por muchos y Lucía estaba orgullosa de ser su mamá. Algunas veces Sebas, como lo llamaba de cariño, le había pedido un hermanito, diciendo que se sentía solo en esa gran mansión. Su madre hubiera querido concederle ese deseo, pero eso era imposible.

El día que él había nacido, el parto se había complicado y se había prolongado más horas de las deseadas. Al final, no había podido tenerlo de manera natural; por lo que los médicos habían decidido que debía ser sometida a una cesárea de emergencia, consecuencia de una hemorragia interna.

Por precaución y —sobre todo— pensando en su bienestar, le habían tenido que realizar una histerectomía total, lo cual la imposibilitaba de concebir en el futuro. En medio del caos del quirófano, su único pensamiento era que su hijo estuviera bien; por eso, la noticia de que jamás volvería a ser madre la había asimilado horas después. Lucía había llorado desconsoladamente, pero al mismo tiempo había agradecido a Dios por su bebé, y había prometido cuidarlo y llenarlo de mucho amor.

Todo pasó en un abrir y cerrar de ojos. De repente, Carlos perdió el control del vehículo. Lucía y Sebas gritaron asustados; el auto comenzó a dar vueltas sobre su eje, para al final terminar con las llantas hacia arriba.

Lucía se golpeó la cabeza y sangraba profusamente; la cara se le cubrió de sangre en apenas segundos, tanto que no podía distinguir a Carlos. Quiso voltear hacia atrás para ver cómo se encontraba Sebas, pero un terrible dolor de cuello se lo impidió.

\*\*\*

Horas después despertaba en la cama de un hospital. Un apósito le cubría la cabeza, en su brazo tenía una intravenosa y le habían inmovilizado el cuello. Se sentía aturdida; por un momento olvidó lo que había pasado, hasta que un flash cruzó por su mente y le hizo recordar el accidente. En ese instante surgió, desde las entrañas, un grito desgarrador que llamaba a su hijo.

Una enfermera entró a la habitación. Era una mujer de unos cuarenta años, de cabello castaño y de ojos verdes, los cuales miraban con infinita ternura a la paciente del cuarto 307. Se presentó como Neyda. Lucía estaba histérica y trataba de quitarse la intravenosa sin éxito alguno, ya que se encontraba débil, pues había perdido mucha sangre.

—Señora, cálmese, por favor. Deje de hacer eso o se hará daño.

La enfermera le habló con cariño. Le daba lástima la situación de esa paciente. Los habían llevado en la madrugada, víctimas de un accidente de auto.

Tenía entendido que la paciente viajaba al lado de su hijo y su esposo. Por desgracia, el hijo no había llegado con vida. Su esposo sí; aunque, al igual que ella, se encontraba con golpes en todo su cuerpo.

—Mi hijo. —Su voz apenas fue un susurro—. ¿Dónde está mi hijo?

La enfermera se la quedó mirando, pero parecía que no tenía el valor de decirle la verdad.

—Su hijo está bien, se encuentra en otra habitación, al igual que su esposo.

Se trató de levantar y le dijo a la enfermera:

—Lléveme con mi hijo. Se lo suplico.

—Eso no puede ser posible. Usted necesita descansar. Ha perdido mucha sangre, está débil y tiene que reposar. Órdenes del médico —respondió la enfermera firmemente.

Lucía, muy enojada, le contestó:

—¡A mí me importan muy poco las órdenes del médico!, ¡yo quiero ver a mi hijo! —Lucía estaba al borde de la histeria, pero un presentimiento dentro de ella le hacía sentir que algo no estaba bien.

La enfermera, viendo que la paciente se estaba exaltando, no tuvo más remedio que inyectarle un calmante en el suero. Poco a poco, los párpados de Lucía comenzaron a cerrarse. En cuestión de minutos, cayó en un profundo sueño y percibió una impotencia enorme al ver como su cuerpo empezaba a ceder al tranquilizante.

\*\*\*

Lucía despertó cuando sintió que alguien acariciaba su mejilla. Al abrir los ojos, vio a su hermana al lado de ella. Se llevaban diez años de diferencia.

Tita era de estatura baja, de cabello castaño, de ojos color miel y de unas curvas de infarto. A pesar de tener cuarenta años, se conservaba muy bien, tenía un cutis suave y terso. Casi no tenía arrugas de expresión, pues se la pasaba comprándose cremas y mascarillas, además de visitar con regularidad un *spa* de belleza.

Estaba casada con Javier Peñaverde, el dueño de un concesionario de autos. No podía quejarse: le iba muy bien y la trataba como a una reina. Tenían dos hijos, Javier y Kimberly. Ambos ya casados, pero sin descendencia. Tita vivía



diciéndoles a ellos que era muy joven para ser abuela y se horrorizaba solo de pensarlo. Por suerte, ellos le respondían que no se preocupara, ya que ninguno de los dos tenía planes de momento.

—¿Cómo te sientes, pequeña? ¿Te duele algo? —Lucía asintió—. ¿Quieres que lo mande hablar al doctor? —Lucía negó con la cabeza.

—Quiero ver a mi hijo. Diles que me lleven con él, por favor. —Una lágrima rodó por su rostro y su hermana, tiernamente, la secó con el dorso de su mano.

—Ahora no se puede, pero pronto lo verás. —Lucía tenía un presentimiento, sabía que algo no iba bien. El corazón de una madre jamás se equivoca.

—Por favor, Tita, dime la verdad. ¿Qué me están ocultando? ¿Por qué no puedo ver a mi Sebas? —Más lágrimas rodaron por su cara. Su hermana le tomó la mano. Sabía que lo peor estaba por venir, lo intuyó en cuanto los ojos de Tita se posaron sobre los suyos.

—Lucía. —Hizo una pausa—. Tienes que ser fuerte. Sebas no lo logró. —Se quedó en blanco. Su cerebro no registraba la magnitud de esas palabras, no las comprendía o tal vez no las quería comprender.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que no logró qué?

Su hermana tomó aire y, bajando la voz, contestó:

—Sebastián murió.

—¡¡¡No!!!

El grito desgarrador se debió escuchar por todo el hospital, porque llamó la atención de las enfermeras de planta y la del doctor, quienes se apresuraron a entrar al cuarto para ver lo que pasaba.

La imagen tan desgarradora de una madre al enterarse de la muerte de su hijo fue impresionante. Inmediatamente, el doctor ordenó un tranquilizante fuerte. Lucía, de nuevo, se sumergió en un profundo sueño. O tal vez, en una terrible y maldita pesadilla.

\*\*\*

Horas después, al despertarse, se sorprendió al ver a Carlos a su lado. Giró su cabeza, buscando a su hermana, pero ella no se encontraba ahí. Había salido unos minutos para informar a la familia del estado de salud de Lucía.

Eran una familia numerosa y muy unida. Lucía era la más pequeña de tres

hermanas, Tita y Nelly, la cual vivía con su mamá y su hijo Alexander. Recia al matrimonio, había decidido ser madre soltera; lidiar con hombres no estaba en sus planes. Gracias a la inseminación artificial, había podido convertirse en mamá.

Tenía treinta y cinco años, era alta y delgada, de ojos verdes color esmeralda y de cabello dorado. Ninguna de las tres se parecía a la otra, ya que Lucía medía un metro setenta, conservaba caderas pronunciadas; sus ojos eran grises y su cabellera, tan negra como la noche. Lo único que tenían en común era un lunar en la parte de la espalda; las tres lo poseían en el mismo sitio.

Nelly vivía en el centro de la ciudad; para ella era muy conveniente debido a su trabajo. Era agente de bienes raíces; le gustaba mucho su empleo, aunque odiaba tener que lidiar con el tráfico.

El padre de ellas había perdido la batalla contra el cáncer hacía tres años. Había sido muy duro para todas, ya que se turnaban para hacerle compañía en el hospital. Su madre padecía alzhéimer; era una bendición esa enfermedad, pues ignoraba que el amor de su vida había partido para nunca volver.

La madre tenía dos hermanas, y cada una de ellas contaba con cuatro hijos, los cuales ya estaban casados y con descendencia. Cada vez que se reunían para una carne asada, la casa se llenaba. Todos se llevaban muy bien, gozaban de una bonita relación. Entre ellos no existía la envidia ni malas vibras. Eran una gran familia y ellos estaban muy preocupados por Lucía, ya que temían que no fuera a superar lo que pasaba a su alrededor.

Lucía habló con un deje de amargura.

—Ya estarás contento, Carlos. —Él bajó la mirada y calló—. Te dije varias veces que me dejaras a mí manejar. Te lo imploré y tú, como siempre, me ignoraste. Dijiste que te encontrabas en perfecto estado y ahora, por tu estupidez, yo estoy pagando por tu error. Eres el responsable de la muerte de mi hijo, y eso jamás te lo perdonaré.

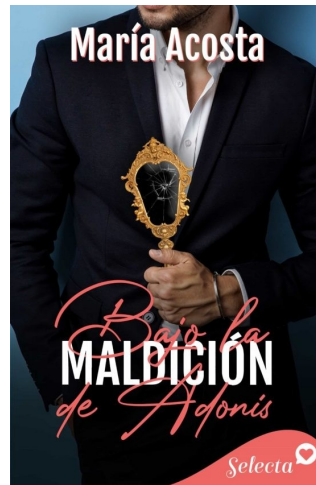
Carlos guardó silencio, no dijo palabra alguna; sus labios estaban sellados. Sabía que ella tenía razón; por su estúpida imprudencia, había perdido al hijo, al que tanto quería.

Lloró y lloró como nunca lo había hecho. Su campeón ya no lo recibiría al

llegar del trabajo. Tampoco volvería a jugar con él, ni saldrían de pesca como tanto le gustaba.

Lloró por todos esos sueños que su hijo tenía y ya no podía cumplir. Lloró por esos bracitos, que jamás se enredarían en su cuello, y por esos labios, que nunca volverían a decir: «Te quiero, papá».

## El verano es tiempo de romance, pero... ¿qué pasa cuando decides vivirlo con un chico de compañía?



Phoebe esperaba unas idílicas vacaciones de verano en casa de su mejor amiga, pero se encuentra con un conflicto inevitable cuando la madre de Suze les presenta al joven y guapo acompañante que ha traído consigo desde Nueva York. Patrick pensaba que aquel sería un verano más de trabajo, disfrutando del lujo y la compañía de la encantadora Alicia. Pero cuando la situación en Tindale House se vuelve insostenible, su único refugio será la amistad de esa joven invitada a la que apenas conoce.

¿Se atreverá Phoebe a conocer al verdadero hombre que hay detrás de la fachada que muestra Patrick?

**María Acosta** nació el 28 de enero de 1985 en Cádiz, España. Diplomada en Trabajo Social, comenzó a escribir sus primeros relatos en la adolescencia.

Su primera novela con la editorial Selecta fue *Un placer culpable*, romance erótico con un toque diferente, que vio la luz el 16 de mayo de 2019. A esta obra la siguieron la comedia romántica *Gladis*, el romance histórico de highlanders *Mi decisión* y *Tu Perfume*, una historia de amor con aroma provenzal.

Actualmente, María reside en la ciudad de Sanlúcar y reparte su tiempo entre la búsqueda de empleo, la escritura, la lectura y su afición a las series de crímenes francesas.

Para más información sobre la autora, y su obra se pueden visitar sus redes sociales: Facebook, Twitter e Instagram.



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

Edición en formato digital: junio de 2021

© 2021, María Acosta

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Proveedor de imágenes: iStock / Depositphotos

Créditos: Kiukson / Ajafoto

Diseñadora: Victoria Aihar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18295-63-8

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinbooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores  
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



**Penguinlibros.club**



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

   Penguinlibros

# Índice

Bajo la maldición de Adonis

Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Epílogo



[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre María Acosta](#)

[Créditos](#)